EL DIABLO QUIERE SER BUENO

cuentos

Rodolfo Torres

A la memoria de mi padre,
el mejor cuentista del mundo

INDICE

-La gracia en el parque----------4
-Del cielo vienen los creadores----------13
-La chancleta electrónica----------25
-Autodespedida intolerante----------34
-Batalla entre ángeles ----------42
-El personaje de novela----------57
-Consejos maduros para viejos verdes----------67
-El camino del infierno----------69
-El gallo sensato----------76
-La imagen de Esther----------82
-Recado a un muerto----------88
-Un hombre ha muerto----------90
-La soledad comienza temprano----------96
-Domingo apea a dios del cielo----------102
-El diablo quiere ser bueno----------126
-El último cuento----------136

LA GRACIA EN EL PARQUE

Jacinto y Rosario se habían separado varias veces. Hacía tanto tiempo desde la última vez que seis de los siete hijos concebidos fuera del matrimonio ya tenían hijos que eran hombres y mujeres y a punto estos otros de tener sus propios hijos. Significa que Jacinto y Rosario habían seguido disfrutándose, físicamente, luego de las múltiples rupturas matrimoniales, pero siempre bajo la condición única y mutua que fue aparearse con las bocas cerradas. El día que uno de los dos la abría ahí mismo empezaba la guerra y la desunión inmediata. Por eso, ellos vivían bajo techos diferentes. Y al cabo de medio

siglo de los frecuentes desencuentros acordaron la trascendental celebración del “Divorcio de Oro”. Hicieron el pacto mediante los mismos lacónicos mensajes escritos que usaban para las entregas corporales mudas, dejados en escondrijos conocidos sólo por ellos dos.

Invitaron al festejo a hijos, nietos, familiares, amigos y vecinos. Querían hacer algo único y, entre las tantas golosinas del convite, empezaron por preparar las exquisitas croquetas cuya receta Rosario atesoraba de la abuela medio griega, medio italiana, con carnes variadas, raíces y granos, todo molido y unido a hierbas diversas. Y taciturnos, sin mirarse siquiera, amasaron y amasaron hasta que el sudor de sus rostros fue uniéndose al de brazos y manos en las mezclas pegajosas sobre las dos mesas. Luego, encima de cada mueble, cama y piso de la gran casa vivida únicamente por Rosario organizaron largas filas cuales fichas de dominó prontas a ser empujadas para caer en cadena sin freno. Parecían relucientes ladrillos blancos salpicados de rojo, verde y amarillo.

Y silenciosos como habían empezado, sin decirse un “pi” siquiera, enchufaron las dos freideras. Eran porfiados y tenían metidos en sus cabezas que debían ser capaces alguna vez de concluir juntos lo que empezaran juntos, como mismo engendraran a todos sus hijos, por ejemplo, expresaban tozudos en insonoro diálogo. De esta manera, calladitos, fueron alineando croquetas ya fritas en el mismo orden que las tomaban sin freír. Al final, luego de horas de extenuante labor, Rosario colocó sus manos a la cintura para dirigirse a nadie:

-Este orden en bloque hace recordar a cierto ejército de miserables…

-¡Ya ofenden al gobierno…! --ladró Jacinto mirando la pared, sin dirigirse a nadie.

-Pues todos esos mandamases y sus aduladores son iguales a alguien...

-¡Ya decía alguien que a falta de acuerdo, tampoco habría festejo! --exclamó él recogiendo su sombrero y dirigiéndose a la salida.

-¡Quién salga por esa puerta podría luego arrepentirse, pero no sería perdonado!

Aun así, Jacinto propinó el consabido portazo. Y Rosario puso manos a la obra durante la noche. El resultado inmediato fue la ciudad entera despertando bajo los efectos del estallido de una señora bomba. No se supo entonces de ninguna víctima pero los analistas opinaban que ya aparecería

alguna como ha ocurrido siempre en todo tipo de explosiones, principalmente en una con las características de esta. Se trataba de algo en extremo agresivo. Estaba en el parque, a un costado de los bancos frente a la iglesia y a la sede del gobierno. Era una colosal montaña de excrementos de perro.

El viejo guarda parque, precisamente Jacinto Rodríguez, dijo escandalizado que el autor de tan bestial acto debió de ser un sabueso de proporciones incalculables, no tanto por la cantidad del “asunto” (aunque era algo a tener en cuenta) sino por la calidad y sobre todo por la altura a la que llegó. Indicó además, y se le notó cierto temblor en la voz, que quien alimenta a un animal de forma tan grosera debería terminar sus días tras las rejas.

-La estupidez no tiene fin, señores míos. Toda aquella maloliente cúspide que ustedes ven allá fueron setecientas noventaiocho croquetas de a media libra cada una, que yo amasé y hasta freí muchas de ellas, señores míos --dijo señalando el excremento piramidal. Luego comentó en voz baja y casi para sí mismo la tristeza que le embargaba al no poder celebrar ya su “Divorcio de Oro”, los felices cincuenta años que llevaba oficialmente separado de Rosario. Y concluyó--: Soy un caballero y para mi deshonra admito que esta única vez la culpa la tiene toda ella, como siempre.

Luego no prestó mayor importancia al “asunto”, pensando que de seguro traerían a los bomberos para deshacer la suciedad con potentes chorros de agua. Pero nadie sabía, y el guarda parque mucho menos, que estaba a punto de desencadenarse la tercera guerra mundial a causa de una simple cagadita. Muy cierto. La alarma corrió de boca en boca y miles de curiosos pasaron para verla con sus propios ojos. Algunos atrevidos colocaron sus pies a cincuenta metros de distancia, sin dejar de apretarse las narices, y quedaron estupefactos ante el sólido promontorio que de seguro no se movería ni con terremotos.

Los habitantes del pequeño pueblo eran testigos de cómo su linda monotonía estaba siendo destrozada por el desacostumbrado suceso. Pero, aferrándose a la raigal costumbre, pretendían que de ninguna manera la nauseabunda atmósfera les sacara de la rutina. Por eso, estiraban los cuellos, levantaban las narices y volvían las caras para seguir adelante. Como si la cochinada no existiera.

El sol, en cambio, calentó la plasta sólo medio día y entonces sí que cundió el pánico. La gente cruzaba asustada por las aceras opuestas al parque.

Algunos científicos pueblerinos vaticinaban marejadas que sumergirían las casas: sacaban a la memoria colectiva las epidemias de 1847 y 1860. El miedo empezaba a ser incontrolable.

El primero en ser señalado como causante del extraordinario fenómeno gastronómico fue el mismo guarda parque Jacinto Rodríguez, aunque no por haber amasado y freído muchas de las croquetas. Fueron las señoras chaperonas las que en un arranque de histeria dijeron horrores del viejo: “Es un vago”; “Gana su sueldo sin trabajar”; “Debe limpiar el parque con sus propias manos, sin escobillón”; “Cultiva flores en esos terrenos para regalarlas a dos ancianas de la acera de enfrente”. Esos y muchos otros comentarios propalaban aquellas señoras sin esposos conocidos ni reconocidos. Se les acababa el único sitio de genuina distracción en toda la ciudad, sin que perdieran ante los demás la condición de castas y así poder hablar de otras chaperonas. Aún así pasaban a una cuadra de distancia y de todas maneras estaban obligadas a empapar pañuelos de encajes con las más penetrantes colonias. En par de días todos los pomos desaparecieron del comercio. Jamás los vendedores recaudaron tanto por una simple mierdecita. Pero ni los mejores perfumes protegieron a los jóvenes enamorados y los ancianos ya jubilados. Unos iban a sentarse en los bancos para susurrarse ternuras en vuelo eterno; los otros, a contarse proezas más propias que ajenas, aunque en verdad fuesen más ajenas que propias. Sólo que el amor y los recuerdos son enemigos acérrimos de las pestes.

Al segundo día de tan desaseada situación circularon rumores que arrastraban algo de verdad: el guarda parque Jacinto Rodríguez renunciaba a su trabajo. Zacarías Toledo, el barrendero de las calles aledañas al parque, también presentaba un papel escrito exigiendo sus derechos o abandonaba esa labor. Se negaban a limpiar el área del pleito. Apelaban a lo estipulado en el contenido de trabajo de sus contratos respectivos.

El guarda parque decía que a él le pagaban por evitar que los muchachos malcriados rayaran los bancos, pusieran sus zapatos en ellos, caminaran sobre el césped, arrancaran flores, marcaran los árboles, montaran bicicletas o patinaran...

-Como ven --finalizó--, esa mierda no me corresponde.

El barrendero por su parte argumentó que el sueldo le llegaba por

prenderse con un escobillón desde las cuatro de la madrugada para barrer y recoger cuantas basuras y hasta mierdas hubiera en las calles o en las aceras...

-Ésa está en el parque --dijo elevando el brazo para señalarla--. Tampoco es mía.

La tercera jornada transcurrió bajo rabia sorda. El tema de todos era la tremenda multa que impondrían a Rosario Sánchez por la manía de dar exagerada cantidad de comida a los animales callejeros; de que el guarda parque iría a la cárcel; de que se llevarían preso al barrendero; de que pedirían cuentas a quienes recogen canes en carros especiales y últimamente se hacían de la vista gorda. Hubo incluso un guasón que comentó: “Si siguen así le celebran juicio al perro y el pobre va a tener que limpiar.” Eran simples rumores.

Mientras, la pestilencia iba en aumento. Y las críticas también. Las dos se radicalizaban a velocidad prodigiosa. Las últimas tomaban nombres y apellidos concretos, de responsables conocidos que debían velar por el orden y la higiene y andaban en otras operaciones. Todavía eran rumores.

Al cuarto día el hedor era insoportable. El jefe del gobierno local citó para una apresurada reunión a quienes estaban al frente de las carteras de salud, higiene, administración, comunicaciones, construcción, transporte, economía, sociales. Estuvieron reunidos sin parar once horas. La mierda fue el único punto en la agenda del día.

Discutieron hasta que el dolor de garganta, el hambre, la sed, el cansancio y la incomunicación los abatió. Habían propuesto regarle petróleo encima y darle candela, deshacerla con agua a presión, dinamitarla, estirarla, encogerla... No se ponían de acuerdo, no podían. La montaña era incombustible, maciza, granítica, impermeable...

Al quinto día ya no había perfume en el comercio. La situación era desalentadora para los viejos jubilados y los jóvenes enamorados. Las chaperonas estaban decididas a continuar en sus intrigas y prescindían del parque.

Pero que al atardecer del sexto día llegó un telegrama urgente al gobierno local. Anunciaban la inspección a varios frentes de trabajo. Un ministro encabezaría el grupo. Sería la hecatombe, había que hacer algo, peligraban muchísimos intereses...

Con mayor premura que la vez anterior fueron citados los responsables a otra reunión. A las doce de la noche concluyeron con un acuerdo único y de rápida ejecución: construir una urna encima y alrededor de los excrementos. La tarea debía realizarla Michel Pantaleón, el arquitecto que había estudiado en Italia el estilo clásico. Al principio se encolerizó porque consideró ingrata semejante obra, pero cuando le dijeron que podía erigir lo que quisiera, de la manera que más le gustara, se llenó de gozo. ¡Por fin haría algo de estilo clásico!

Y en el parque bajaron cabillas, cemento, ladrillos, arena, piedras, tanques con agua... Fue un hervidero. Trabajaron treinta y cuatro horas seguidas, a la luz de potentes reflectores que estampaban en las fachadas la sinuosa montaña. Era lastimoso ver a los albañiles laborar con el rostro de lado, sudando a mares, envueltos en la nauseabunda atmósfera.

A las 6: 13 a.m. del octavo día pintaban de color azul aqua la preciosa urna, que se elevaba majestuosa a una treintena de metros. Tenía un respiradero con un gallito como veleta, y hasta habían aprovechado su altura para colocar una antena de radiocomunicaciones.

No había un solo responsable que no viviera emocionado y satisfecho de la obra. Todos recordaban haber sido, cada uno a su manera, progenitores de una idea tan genial. Algunos, incluso, reclamaban el honor único para sí.

Hubo discursos, fotos y escritos en el periódico local cuando la inauguración, que la hicieron con risas floridas y cintas picadas. La máxima figura del gobierno en el pueblo subrayó en sus palabras que "no cuenta el volumen y su tufo, sino la voluntad para cubrir ambos". Las segundas figuras por detrás del alto dirigente aplaudían con delirio.

En cambio, la gran masa oía el discurso de brazos cruzados.

-¡Lo único que hacen es esconderla! --gritaban a coro ante la tribuna, pero la tremenda potencia de los amplificadores impedía que las voces fuesen escuchadas.

Desde el primer momento, en el reportaje con iniciales apariencias de reconocimiento y apoyo a los hombres públicos, el periódico local arremetió contra "semejante adefesio, que contiene la negligencia de varios". El periodista, el fotógrafo y el director del órgano de prensa sabían que en la sutil crítica podía finalizarles la vida laboral allí, y quién sabía qué más. "Pero de

esta mierda tiene que quedar constancia", habían dicho en reunión privada y acordaron hacer frente común. Y, detalle curioso, nadie les llamó para un halón de orejas. Tampoco ningún responsable pudo criticar a los criticones porque el mismo día de la publicación llegó la comitiva visitante. Eso ocurrió durante la novena jornada y programaron salidas a los lugares más importantes de la región, donde el agua de pozo es la más dulce y fría; donde se bebe la más helada cerveza; donde el pellejo de cerdo cruje más y mejor que en ningún otro sitio, donde las jacarandosas muchachas caminan rítmicamente y muestran apetitosas masas sobre bandejas... De centros económico-productivos y sus resultados, ni hablar; de la urna, muchísimo menos.

Al parecer, nadie destaparía el gran zurullo. El ministro regresaría a la capital sin que a su nariz ascendiera ni un poquito de la tremenda hediondez. Pero de alguna manera el jefe de la brigada de constructores, quienes querían ir en masa para explicar como fuera la historia de la mierda, traspasó la barrera de los políticos locales y colocó un ejemplar del diario en manos del hombre. Él no sabía nada, todavía, y estando en la sede del gobierno se acercó a un gran ventanal para disfrutar de la preciosa vista del parque con sus numerosos jardines coloridos, los álamos siempre verdes y hasta una elegante edificación de estilo clásico muy cerca de los bancos. Tenía algo raro y no sabía por qué…

Estando allí hojeaba el diario, distraído, y levantando de cuando en cuando la vista para pasarla por todo el parque y sobre la urna, hasta que algunas palabras resplandecieron en medio del papel blanco:

…escamotear la porquería,
todo un arte que viene de arriba...

Los responsables se movían alrededor del hombre, diciendo nerviosos: ¡Cómo hemos trabajado este año! ¡Ya se verán los resultados! ¡Todos confían en nosotros! ¡El pueblo nos apoya! ¡Aquí hay unidad de pensamiento y de acción! ¡Mire la realidad directamente y no a través del periódico!

Pero el ministro no soltaba las hojas impresas. Se volvió y ejerció tal presión sobre el grupo alrededor, para conocer el verdadero sentido de aquellas palabras, que el jefe de la sección de comunicaciones estrujó su cara con tal fuerza que se la cambió desde adentro y dijo así:

-Pues que debajo de aquellos estilizados muros hay una gran caca.

A partir de ahí comenzó un profundo análisis. Todos rechazaban haber

ideado la construcción, ni siquiera la habían apoyado. Es más, estuvieron en desacuerdo desde el mismo inicio pero como se trataba de voces sin el peso necesario pues prefirieron callar, aunque eso sí y que quedara claro, jamás apoyaron ideas tan desastradas.

El responsable de salud e higiene, por ejemplo, argumentó que siempre se opuso a "ocultar semejante deyección".

-Señores míos --expresó el de la economía--, no hay nada más apestoso que la mierda escondida.

Y tal como afirmó este último, aún cuando el hedor ya no existía, la gente seguía quejándose de que algo olía mal. Fueron momentos de increíble tensión porque en un instante dejaron a un lado lo que les costó años lograr: en apenas minutos abandonaron la gozosa práctica de llevarse los carros estatales a la playa; no siguieron amontonando secretarias de nalgas voluminosas y nada más; se abstuvieron de poner a laborar a familiares en cargos de poca importancia y mucho salario... Pensaban que la mala racha concluiría, felizmente, el día menos pensado, en par de semanas o antes, como siempre. Porque la verdad es que fríen en aceite hirviendo al primero, al segundo lo dejar pasar como si fuera invisible y al tercero lo felicitan por audaz en la gestión empresarial, económica, política, ideológica y social.

Mas, el ministro no era de los que soltaba fácil un problema difícil. Y llamó al arquitecto Michel Pantaleón para un breve diálogo. El profesional dijo así mirando la urna a través de la ventana:

-Ess míía, ssí, muy míía. La consstruí con amor yy esstoy orgullosso de elllla.

Algunos comentaron entonces la rareza, pues de dónde el arquitecto sacaba ese ángulo desconocido y rudo en extremo. Pero el ministro exclamó airado:

-¡Carajo, este trabajador es el único con virilidad aquí!

Después refutó a Pantaleón cuantas razones adujo para erigir la urna y concluyó con una estocada profunda:

-Yo lo respeto a usted porque en la obra se ve su elevada profesionalidad, además de que cumplió bien con la orden del gobierno... Pero véalo desde mi punto de vista, búsquele el sentido común a la obra, ¿para qué fue realizada?, sin añadir que no encaja en el entorno arquitectónico, ¿cierto o

no?

Pantaleón replicó:

-Aun assí le digo a ussted que essa urna ess el ressultado de mi essfuerzzo intelectual y esstoy disspuessto a defenderla como ssea.

El ministro bajó del segundo piso del gobierno local y paseó alrededor del arca, en el parque. Golpeaba la sólida construcción con el puño cerrado, sacaba cuentas del gasto, convertía los materiales y la mano de obra en cualquier otra cosa más beneficiosa, en su imaginación... Hasta que apretó sus labios, se puso lívido, llevó las manos a la parte izquierda del pecho y cayó al suelo:

-Si salgo vivo de esta, no quedará uno solo en el gobierno…

Y si rápido trasladaron al hombre al cuerpo de guardia del hospital, con mayor velocidad aún corrieron al parque para echar abajo la noble urna. Michel Pantaleón abría los brazos de piel blanquísima ante la obra y exclamaba llorando que no que no que no que no que no la derribaran, que su corazón latía en lo alto de aquel sitio. A ninguno de los funcionarios importaba los sentimientos artísticos ni patrimoniales del arquitecto. Y arremetían con mandarrias y barretas. Por último, el responsable de los barrenderos preguntó qué harían con los ladrillos y como nadie respondió pues ordenó a los subordinados que llevaran los materiales ya usados al patio de su casa.

-Ya no los quieren y a mí me sirven para fabricarles un corral a los cerdos.

Entonces, un camión de volteo se acercó dando marcha atrás a la piramidal montaña y descargó en su base varias toneladas de aserrín de pino. Los más de cien empleados del gobierno municipal corrieron a empuñar grandes escobillones al tiempo que cantaban con alegría sincera el conocido himno que habla de la defensa del salario de cada cual. También los jefes se tomaron fotos en la realización del "trabajo voluntario y desinteresado".

Al concluir, todos fueron de visita al hospital. Deseaban testimoniarle al ministro la adhesión colectiva. Durante el camino de ida hablaban de que en adelante serían exigentes y rigurosos de verdad. Nos les importaba perder la amistad de nadie por las medidas que tomarían. Se revestían de durísimas corazas para que ninguna espada penetrara en sus sentimientos; empuñaban espadas afiladísimas para atravesar todo tipo de corazas.

¡Mas, cuánta congoja sintieron al conocer que el ministro debía permanecer en el hospital!

-Por desgracia --gimoteaban todos--, no estará con nosotros para exigirnos por un buen trabajo con su magnífico método de dirección; lo respetamos y lo queremos sinceramente.

Pero el hombre no era tonto y les dejaba dos puntos de obligatorio cumplimiento y en los que él no intervendría de ninguna manera. Ni que supiera lo que iba a pasar allí.

1) Hacer una reunión con todos.

2) No concluirla hasta encontrar al culpable.

Desde entonces no acometieron nada más. Y el perro siguió haciendo lo suyo en cualquier sitio pues Rosario Sánchez --apoyada por Jacinto, sin contradicciones esta vez-- no dejó de suministrarle croquetas cada vez más grandes y condimentadas. Vino a agacharse incluso encima del edificio de la reunión, aunque no le había apuntado como debiera. Ninguno lo imaginaba pero todos morirían sepultados.

DEL CIELO VIENEN LOS CREADORES

Al principio es Pepe. Y nadie más. Que no es padre todavía y se cuenta siempre la misma historia como el loco feliz: Yo me lo hago todo. Con esta mano. Así vive Pepe, vive aburrido. Vive mal. La soledad le pone de mal humor y deja de pelarse-afeitarse-bañarse. Anda barbudo-melenudo-apestudo. Las cosas le van mal, es la verdad. Necesita alguien para llorarle encima y culparle de errores que a nadie puede atribuir estando ÉL solo. También para exonerarle de culpas cuando desee mostrarse bondadoso. Por eso planifica el futuro en el jardín de su casa. Y sin tener en cuenta para nada a la esposa, crea Pepe a su hija Yusimí. La crea entre árboles frutales, cánticos angelicales y armoniosos piares. Ya convertido en padre, sin tener en cuenta para nada a la esposa como es costumbre en ÉL, Pepe encamina a Yusimí por la Tierra y por el Cielo. ÉL es piloto y tiene un auto. Puede pasearla por la tierra y por el cielo. Yusimí está confusa y vacía y las tinieblas cubren sus ojos. Mas el fuerte espíritu de Pepe el padre se cierne sobre toda la muchacha. Por tanto, dice así: Haya luz en la cabeza de mi hija. Y hay luz cuando ÉL explica que se levanta

antes del amanecer, se eleva al cielo y ve la separación de las tinieblas y la luz. Y para no confundirse como otros llama Noche a las tinieblas y Día a la luz, hermoso regalo que da a la hija hembra Yusimí. Así concluye Pepe el padre la primera lección. Dice luego que gracias al estabilizador giroscópico del avión no confunde la mar y el firmamento. Arriba está el cielo y abajo las aguas, lo cual es bueno para que la hija hembra Yusimí sepa dónde es el arriba y dónde el abajo. Porque no es lo mismo estar arriba que abajo, dice con mirada bondadosa al entregarle la dádiva a su hija. Así concluye la segunda lección. Dice luego Pepe que al volar por sobre la supeficie marina ve sólo agua y le entran ganas de gritar en su soledad celestial: ¡Que aparezca lo seco! Y como aumenta la velocidad del avión ve con alegría que la tierra se acerca en el horizonte. Por eso ÉL expresa a su hija: No lo olvides, Yusimí: al final de las aguas siempre hay tierra. Y al final de la tierra siempre hay aguas. Y sonríe a la hija por el nuevo obsequio. Así concluye la tercera lección. Dice luego Pepe que la tierra es preciosa desde lo alto cuando hay sol y es de día porque los campos se ven cuadriculados y de tonalidades diferentes. La noche también es linda cuando se ven la luna y las estrellas en el firmamento de los cielos. Que ÉL ve desde lo alto el día y la noche juntándose y separándose y ÉL es conocedor del momento en el que la luz se separa de las tinieblas. Y a tí, Yusimí de mi alma, te entrego el amanecer y el anochecer para que el cuerpo trabaje y el espíritu se alimente. Así concluye la cuarta lección. Dice luego Pepe que impresiona mirar desde arriba cómo las aguas hierven de animales, sobre la tierra andan otros y bajo los cielos vuelan aves aladas, y todos procrean y se multiplican y henchen aguas y tierra. Debes conocer, hija mía, cuáles de todos esos animales se comen con la boca, cuáles con los ojos y cuáles con los oidos, dice mirándole enternecido por la merced. Así concluye la quinta lección, persuadido de que su hija Yusimí deja de estar confusa y vacía. Y la bendice viéndose ÉL ser bueno. Dice luego Pepe con otras palabras, pues prepara una sorpresa a Yusimí, que sobre la tierra brotan seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias según su especie. Y dice más, dice así: Algunas bestias suelen tener cuatro patas y dos orejas y ladran por su boca. Pepe mete la mano derecha en una bolsa de donde saca la perrita de pelo blanco ensortijado. Así llega la luz de la risa al rostro de Yusimí. Id juntas, corred y jugad, dice Pepe riendo feliz y también llorando de

tristeza al recordar su semisoledad en el vasto confín. Anaelena, la madre de Yusimí, ya no vive en el hogar. Anaelena es hermana gemela de Magdalena y Pepe las confunde por el gran parecido físico. Un suceso desgraciado ha venido a poner dudas en el alma del bondadoso Pepe. Así ocurre la desagradable historia: ÉL anda por cierto lugar de la ciudad y ve cabizbaja a una de las hermanas. Cabizbaja la ve entrar acompañada en el hotelucho llamado Posada. Y reidora la ve salir dos horas después. ¿Efectuaría el acto que permite la procreación mas sin procreación?, se interroga Pepe. Quiere preguntarle a ella, a la mujer, qué acción ha realizado. Pero Magdalena (¿o es Anaelena?) lo mira como al ganado menor, por encima del hombro lo mira. Luego se encamina a una cafetería y pide agua. Pepe el padre también tiene sed. Se la traen caliente media hora después. Pepe la mira a ella (a la mujer, no al agua) y piensa con amargura. ¿Es Magdalena o Anaelena? La mujer vierte el líquido sobre manos y rostro. El agua, antes libre de pecados, arrastra orgasmos furibundos, movimientos sin freno, besos apasionados, suspiros entrecortados, resuellos desaforados..., pecados todos que chocan en el contén de la acera y corren imparables al tragante de la ciudad para unirse a sus semejantes en desagüe incontenible rumbo al mar de la lujuria. ¿Es Magdalena o Anaelena? Pepe sufre lo indecible. Y decide que como la duda hiere igual de profundo que la verdad debe cada uno tomar su rumbo. Con ÉL, creador desde arriba de Yusimí, ésta seguirá el camino recto y jamás se relacionará con gente de Sodomatanzas ni Gomorrantánamo. Que en esas ciudades Yusimí tiene tíos y abuelos. Faranduleros a más no poder. Individuos que no pueden ni quieren dejar quietas las manos, las lenguas ni las caderas. Mas, nada de eso recuerda Pepe el padre porque es pasado y Yusimí es el presente. Para esta hija hembra ÉL trae la perrita lanuda que llama Fanny. Y Pepe ríe mansamente, viéndose ÉL ser bueno. Dice entonces, continuando las lecciones a su hija, que “el hombre varón es igual a mi imagen y semejanza”. Luego añade que no todos los varones son buenos. Así dice ÉL: Como yo son todos, pero todos no son iguales a mí. Y no agrega las palabras procread y multiplicaos porque hasta ahí no van sus lecciones. Por tanto, jamás habla a Yusimí de que del hombre dormido surgió una mujer hembra soñada que se hizo realidad cuando el hombre despertó del sueño. Y así es. Jamás dice a Yusimí una palabra sobre manzanas y mordidas y tampoco habla de prohibiciones, porque no ha dicho

una palabra sobre manzanas y mordidas. Y así es. Jamás dice a la hija hembra Yusimí que esto es bueno y eso otro es bueno y aquello otro es bueno. En realidad siempre dice a la hija hembra Yusimí que esto es malo y eso otro es malo y aquello otro es malo. Por tanto, cuando la hembra Yusimí conoce al varón Gipsy, lo ve a él vestido y ella se ve vestida sin avergonzarse de ello. Se miran y se miran y sin saberlo se aman con miradas aunque no sepan que ya se aman. Yusimí ama a Gipsy por los ojos y luego por las palabras. Nada saben ellos de amarguras de la vida. Los pajarillos pian y comen de las manos de la gente que ríe. Todo es felicidad alrededor de la muchacha hembra Yusimí y del muchacho varón Gipsy, quien tiene cabellos aúreos, ojos claros y labios finos. Se parece a Angel Rubio, el lechero espigado y buen mozo, como recién llegado del cielo cuando toca a la puerta y la morena Mary, madre del muchacho varón Gipsy, la abre en las mañanas tempraneras para comprar el litro de leche. Joseph, el padre del muchacho varón Gipsy, que de toda la vida se va tempranísimo a su trabajo en la carpintería, también es moreno y muestra un bigote intensamente negro debajo de la nariz aguileña y sobre el grueso labio superior. De sus padres Joseph y Mary, el muchacho rubio Gipsy nada indecente aprende. Mas, la sangre de macho corre impetuosa por sus venas cuando mira a la muchacha hembra Yusimí. La sangre de la muchacha hembra Yusimí corre impetuosa cuando mira al muchacho varón Gipsy. Sólo la perra lanuda de pelo blanco ensortijado ladra cuando las manos juguetonas del muchacho varón y de la muchacha hembra traspasan los límites establecidos por Pepe el padre sobre la tierra. Ladra la perra Fanny y frena los ímpetus amatorios de los jóvenes inocentes. Mas, antes de iniciar Pepe el padre la sexta lección a su hija hembra Yusimí, el rubio varón Gipsy trae a su perro rabimocho blanquinegro Mantequilla. Lo trae para compañía de la poodle de pelo blanco ensortijado Fanny. Así ella también tiene su entretenimiento y deja tranquilos en el dulce remolino amatorio al muchacho varón Gipsy y a la muchacha hembra Yusimí. Y así es: las bestias ladradoras dejan de ladrar hacia los dos jóvenes y se deican a cumplir la mejor de las órdenes que dice así: Procread y multiplicaos. Y ellos, el muchacho varón Gipsy y la muchacha hembra Yusími, observan boquiabiertos las acciones instintivas del ganado menor que son Mantequilla y Fanny. Asombrados las observan. Ve cómo retozan las bestias, que se muerden mutuamente y terminan repartiéndose un

apetitoso plato de leche sin quitarse las pieles de sus vestidos, aunque desnudos están los animales y así los ven sin avergonzarse de ello el varón Gipsy y la hembra Yusimí. Y todo gracias a que Pepe el padre está en el trabajo. Anda por allá arriba. Vuela Pepe el padre bajo el firmamento de los cielos. Y desde lo alto lo ve casi todo. El tiene confianza en la inocencia de su hija hembra Yusimí y en el amiguito varón Gipsy. También les dice que hablen y jueguen, mas no abran el refrigerador porque hay ciertos dulces y es malo morderlos y llenarse los estómagos del mucho azúcar. Que no dén a beber leche a la perra. Que se porten bien. Que ÉL los ve desde lo alto. Por eso reina la paz, aunque sólo aquellos animales lanudos indiquen la necesidad de abrir el refrigerador. Quieren beber más leche y ladran señalando el aparato. Ladran mirando a la muchacha hembra Yusimí y al muchacho varón Gipsy. Y así es: los cansados muchachos no soportan más los ladridos de las bestias y abren la nevera. ¡Oh sorpresa! Hay una cesta llena de mangos. Los ojos de Yusimí se amangan muchísimo y, sin tomar ninguno, cierra la puerta de la nevera para recostarse de espaldas, suspirante. Cierra mas ya no piensa en otra cosa. ¡Oh dios, esos mangos!, dice la muchacha hembra Yusimí con los ardientes deseos en las entrañas. Mas, la velocidad de la perra ladradora Fanny es tal que le basta el breve instante en el que la muchacha hembra ha abierto aquella puerta para cambiar su deseo de leche por fruta y roba un mango ante las mismas narices de Yusimí. Antes de que la muchacha hembra cierre la susodicha puerta de la nevera ya la perra veloz ha tomado la fruta. Y ella, la muchacha pelilarga no lo sabe entonces pero siente iguales ansias de morder un mango dulce y jugoso. Que el jugo de la fruta le corra y le penetre bien adentro. Mas, la pobre muchacha hembra debe esperar la orden de Pepe el padre. ¡No es capaz Yusimí de tragar nada sin el consentimiento de su creador! Mientras, la perra hembra ladradora Fanny corre con el perro macho ladrador Mantequilla hacia la cama. Se meten debajo de la cama y se reparten entusiasmados la fruta. Con ladridos alegres se la reparten. Así es después: la perra ladradora Fanny, vigilante de una línea divisoria establecida por Pepe el padre entre Gipsy y Yusimí, ladra a la muchacha hembra cuando ha terminado con el perro ladrador Mantequilla. Cuando ambos han terminado con la fruta. Y con saltos y ladridos la bestezuela dice que es bueno comer mango, beber su jugo, engullir las hojas, el tronco y hasta las mismas raíces del árbol. Al principio no

entienden el varón Gipsy y la hembra Yusimí el significado de los ladridos y los saltos. Pero ven la radiante contentura de las bestias y deciden probar. Se decide primero la muchacha hembra Yusimí, que para eso ella se encuentra en su casa y además Pepe el padre ha traído las frutas para ella. Yusimí abre el refrigerador. Lo abre asustada y saca un mango que muerde de ojos cerrados hasta el fondo de la fruta. Corriéndole el jugo amarillo por las comisuras de los labios. Y del fondo del estómago el pedazo de fruta viaja a los ojos para iluminárselos. Comprende entonces Yusimí que ha sido una tonta haber perdido hasta ese momento el placer de las mordidas al mango. Y el muchacho varón Gipsy debe probar su fruta. Lo invita a morder. Y le dice así: Ven, ven y muerde. Muerde y chupa, chupa mucho. Y así lo hace el varón Gipsy. Es un festín de mordidas. Comen mangos en trozos, puré, pastel, almíbar, lo beben en jugo y se lo echan por encima. Tan manchados de mango están los jóvenes que se despojan de ropas y de zapatos. Desnudos están ambos, la hembra Yusimí y el varón Gipsy y no sienten vergüenza. Sienten alegría infinita porque de sus ojos se descorren velos, se apartan tinieblas. Y nunca más cubren sus pieles con vestidos. Nunca más. Los días pasan y Pepe el padre vuela bajo el firmamento de los cielos y sobre la tierra. Y desde arriba ve y conoce casi todo. Lo que hoy le resulta desconocido a sus espaldas, mañana lo tiene conocido al frente. No hay nada oculto bajo el sol, suele repetirse cual frase preferida. Pero allá abajo la bestezuela blanca lanuda Fanny se arrincona y no quiere más frutas, lo contrario de la muchacha hembra Yusimí y el muchacho varón Gipsy que andan desnudos sin vergüenza alguna y engullen canastos enteros de naranjas, plátanos y... hasta yucas peladas y sin hervir. Los mangos se les han terminado. Y todo gracias a la poodle de pelo blanco ensortijado que señaló las frutas con la cabeza erguida. Muérdelas, dijo la perra. Muérdelas y disfrútalas. Los días pasan y Pepe el padre aterriza al fin. Que no por siempre jamás va ÉL a andar por allá arriba y es bueno pisar la tierra con los pies propios y ver con los ojos cuánto de bueno (y de malo) ha crecido sobre los suelos y henchido las aguas. Y así es. Aterriza. Monta en su auto. Corriendo lo hace, con la lengua afuera. Llega pues al hogar y lanza una fuerte exclamación sin todavía haber visto a la muchacha hembra Yusimí y a su amiguito varón Gipsy, que continúan desnudos por allá atrás. La exclamación es por el increible reguero de cáscaras de todo tipo. Los jóvenes

escuchan a Pepe el padre. Con sus oidos lo escuchan. Desean venir corriendo a saludarlo, mas prefieren tapar sus pieles desnudas por respeto al que ha venido de lo alto. Aunque la inocencia protege a los jóvenes. Pero algo les dice: Cubran sus pieles para evitar sospechas. Que todas las tragedias comienzan por una simple sospecha. ¡¿Quieren pastel del que les traje?!, pregunta ÉL a pesar de estar viendo las cáscaras de los frutos por los suelos. Las miradas de la hembra Yusimí y del varón Gipsy, ahora felices y llenos de la inocencia de siempre, no trasmiten nada especial a Pepe el padre. Ni siquiera hambre física. ÉL mira luego el abultado vientre de la bestezuela lanuda Fanny y los sospechosos mareos y vómitos de su hija hembra Yusimí y pregunta: ¿Se hartaron de algún dulce? Y ÉL, que lo ve casi todo desde allá arriba, se da cuenta de que no ha visto casi nada acá abajo. Por eso, Fanny mira interrogante a Mantequilla y éstos dos miran interrogantes a Yusimí y a Gipsy, quienes se interrogan con miradas: ¿Es bueno o es malo haber comido mangos y demás frutas y viandas? Así, no hay más preguntas y ninguna respuesta. Y a Pepe el padre le parece que su jardín es un Paraíso perdido. Los días pasan y el muchacho varón Gipsy se lleva al rabimocho blanquinegro Mantequilla para su casa en la esquina. Luego dice a Yusimí que los machos no son culpables de los desafueros de las hembras. Así dice Gipsy: Culpables son las hembras por morder primero y ofrecer un pedazo a los machos después. La muchacha hembra Yusimí se enoja por las palabras del muchacho varón Gipsy. Y dice: Ustedes mordieron después, es cierto, pero mordieron hasta el fondo. Ambos establecen diferencias de pareceres y se separan. Mas ya los verbos procread y multiplicaos dejan de ser palabras vacías. Para entonces Pepe el padre, sin haber empezado la sexta lección y mucho menos descansado en la séptima, dase cuenta de los abultados vientres. Con ojos de terror ve las barrigas crecidas. Después de verlas desea con viveza expulsar del hogar al ganado menor Fanny y a la hija hembra Yusimí. Desea lanzarlas a la calle. Pero comprende que por machismo senil cometió errores en las lecciones impartidas. Y se dice autocrítico: Eliminé aspectos importantes en las enseñanzas a mi hija hembra Yusimí. No debo ahora repetir los errores y hacerlos más grandes e imperdonables. No ordena entonces Pepe el padre a su hija hembra Yusimí salir de la casa para multiplicar los trabajos de su preñez. Tampoco ordena salir de la casa a la bestezuela hembra ladradora Fanny para

que sea maldita entre todos los perros. Y no quiere por tanto que haya perpetua enemistad entre Yusimí y Fanny. No quiere Pepe el padre que en lo adelante la perra Fanny muerda la pantorrilla de su hija Yusimí cuando su hija Yusimí pise la cola de la perra Fanny. Y así no es. Dice luego Pepe que esperará el tiempo natural reglamentario. Y espera. Mientras, el muchacho varón Gipsy jura a Joseph y a Mary, sus padres, que su pelea con Yusimí es por una simple incomprensión pasajera y no escuchen quejas, ni siquiera de alquien que jure haber llegado del cielo. Y dice: Esa es la verdad. Joseph y Mary, sus padres, no calman las angustias en sus pechos pues el hijo concebido por ella sin la ayuda de Joseph se la pasa arrinconado sin ir a la escuela. Y así es. Mary se acerca a la carne de su carne que es el hijo varón Gipsy y le dice: Di la verdad a tu madre, hijo mío. Cuenta entonces el muchacho varón Gipsy que el rabimocho blanquinegro Mantequilla se multiplicó en la multiplicación interna de la poodle de pelo blanco ensortijado Fanny. Y por último dice Gipsy: Esa es toda la verdad, mamá. Entonces Mary, comprensible para los demás como lo ha sido consigo misma, besa al hijo amado. Y añade que las bestezuelas ladradoras hembras traen siempre una cohorte de machos ladradores detrás cuando están en celo. Y dice así al hijo: El ganado menor no tiene padre, no te preocupes. Y así es: el varón Gipsy aparenta despreocupación. La apariencia es lo único visible. Mientras, el hogar de Pepe se trastoca en clínica llena de pastillas. Los pajarillos no pian alegres. Ha dejado de ser un jardín feliz. Los días pasan y la ladradora Fanny expulsa a la luz por la vía natural, en el tiempo reglamentario, cinco copias originales del progenitor rabimocho blanquinegro Mantequilla. Y dice luego Pepe el padre que ha llegado el momento esperado. Toma los cinco Mantequillas multiplicados y los mete babosos y calientes en una caja de zapatos. Al río los va a tirar. No puede ÉL sostener ocho bocas hambrientas. Y con la caja de zapatos encamínase decidido al río. Por allí precisamente deberá irse apartando las aguas en la parte más baja para no mojarse los pantalones, porque está obligado a mudar su hogar. ¡Su hija ha perdido ese apreciado don que es la virginidad y ÉL ha perdido el honor con las inocencias desvanecidas! Debe mudar su casa hacia el Norte. Allá la virginidad carece de capacidad de compra. Sólo aquí vale algo pues significa inocencia. Y a quien le falte la inocencia mejor que se vaya de este Paraíso. Entonces, para probarse a si mismo su integridad de hombre cabal, prefiere

extraviarlo todo: casa, muebles, auto, hasta la crecida cuenta de ahorro en el banco y a la preciosa hija hembra Yusimí. ¡ÉL es culpable de su propia desgracia! Carece de fe en si mismo, en que no puede frenar la amargura que se cierne sobre su azarosa vida. Pero encontrará la fe perdida y recobrará las riquezas materiales. Que con estas últimas conseguirá las riquezas espirituales. Bastante ha trabajado para el colectivo, aunque muchos le critiquen labores inacabadas y visiones contemplativas. Pero ajeno a esas exigencias pedestres, Pepe el padre tiene fe en la solidaridad humana aunque no la tenga en si mismo. ¡Juventud no le falta al padre Pepe! Así piensa camino del río con la caja de zapatos debajo del brazo derecho, cuando de pronto concibe nuevos pensamientos: se detendrá ante el hogar de Joseph y Mary, en el sitio donde estuvo aquel pesebre de adorno, a la derecha de la casa. Y recordará a los vecinos buenazos y solterones que se fueron con sus números de circo. Hombres mágicos que de sus bolsas elásticas sacaban estrellas encendidas y dulces para repartir con risas y asombros después de nacer los niños del barrio. No se detiene Pepe a pensar en el hombre negro y en los dos hombres blancos, coronados con relucientes sombreros de macheteros y nombrados Chórmel, Pargas y Tarzábal, sino que toca a la puerta de la casa. Debe ser rápido Pepe el padre dándole la buena nueva que es el mensaje de la venida al mundo de estas inocentes criaturas para entonces lanzar la caja al río. A más tiempo que pasa más doloroso para su corazón de hombre bueno. A más tiempo más se encariña con las criaturitas acabadas de nacer. Mary acude solícita. Y Pepe el padre dice así: Usted es mujer, comprensible y buena. Ayúdeme a resolver la situación de mi hogar. Pepe no dice más. Supone que ella le comprenda. Debe de saber que su hijo varón Gipsy llevó al rabimocho Mantequilla al jardín que Pepe llamaba el Edén y permitió que allí se apareara con la poodle de pelo blanco ensortijado Fanny. Mary se adelanta con otras intenciones a las palabras del recién llegado. Así dice Mary: Los hijos de ese tipo de hembras no tienen padres reconocidos. Son hijos sin las marcas de los progenitores y cualquiera puede ser el padre de esos hijos. Pepe atisba un rayito de luz para una nueva comprensión del asunto y piensa que debe cambiar el destino de la caja de zapatos. Mary añade nuevas miras a las palabras que al parecer dice con inocencia tonta: Mi hijo varón Gipsy tiene por ejemplo un lunar de canas en la frente. Sus hijos deben de tener ese lunar. Y, ligera, comprensible, ríe

condescendientemente a Pepe para que ÉL entienda que la vida no puede ser tomada con tanta rectitud a causa de una bestezuela menor. Pepe aprieta la caja de zapatos y, con amargura en la voz, dice a Mary que ella lo ayudará por las buenas o por las malas. Dice así: Usted, Mary, me ayudará a encontrar una solución porque de lo contrario haré que lluevan piedras sobre el techo de su hogar durante cuarenta noches y cuarenta días seguidos. Mary replica así, rabiosa entonces: No le daré a usted mi ayuda. Y Pepe el padre dice: Usted, Mary, me ayudará porque de lo contrario haré que su hijo y el perro se vayan de esta casa y regresen los bisnietos después del doloroso recorrido de generaciones. Mary replica así: Los hijos de ese tipo de hembras no tienen padres reconocidos. No le daré a usted mi ayuda. Y empezando a malhumorarse de verdad, pero de verdad de verdad, Pepe el padre dice así: Usted, Mary, me ayudará porque de lo contrario clavaré sobre una tabla y por las cuatro patas al perro, y también clavaré por las manos y por los pies y sobre la misma tabla a su hijo, después pondré la tabla con ellos clavados en lo alto de aquella loma. Mary replica así: Esas hembras se aparean a varios machos casi al mismo tiempo y no hay padre fijo para las criaturas. No le daré a usted mi ayuda. Y Pepe el padre brama así: Usted, Mary, me ayudará porque de lo contrario picaré en pedacitos y con la hélice del avión los cuerpos ya muertos del perro y de su hijo y no podrá resucitarlos ni un médico chino. Y desde el cielo lanzaré los pedazos. Mary replica así: Las hembras en celo son las culpables. No le daré a usted mi ayuda. Y Pepe el padre dice así: Usted, Mary, me dará su ayuda porque de lo contrario conseguiré dinamita, la pondré en los cimientos de su casa y la haré explotar para abrir grietas en el suelo de donde brotará fuego y las cornetas de los bomberos anunciarán el derrumbamiento de su techo y la muerte del perro, de su hijo, de su marido y de usted. Mary replica así: Usted carece de pruebas paternales para pedirme o exigirme ayuda. No le ayudaré a usted. Y así es como Pepe el padre se encoleriza, le llamean los ojos, le tiemblan los labios y abre la caja de zapatos que iba a tirar al río. Pepe dice de esta manera: ¡Nadie puede esconder las marcas personales! ¡Todo se conoce un día! En la frente llevamos escrito de qué testículos procedemos. Vea usted si estos cinco rabimochos blanquinegros son o no hijos del perro Mantequilla. Tómelos ahora y bótelos o críelos usted, no me importa. Esta es la primera partida de dos alumbramientos. Dentro de

seis meses le dejaré la segunda partida ante la puerta y le juro que no será en un pesebre. Verá el lunar de canas en la frente del recién nacido y comprenderá definitivamente que para algo son las marcas personales. Además, alguna vez en la vida los machos debieran asumir a sus hijos. Basta ya con que las hembras sean las únicas que cargan con la culpa y con las crías. ¡Basta ya de mostrar brillos exóticos como si fueran luces reales, cuando no son más que vulgares manchas blancas! ¡No hay quien las esconda, Mary! ¡Confiéselo alguna vez a Joseph! Así puede Pepe el padre descansar, pero con dolor pensando que ha perdido su Paraíso y para recobrarlo deberá apartar las aguas como hiciera Moisés Cabrera el día de la inundación frente a su casa, cuando colocó aquellos ladrillos para apartar las aguas. Así lo hará Pepe el padre aunque muchos muchos muchos otros se aprovechen de la brecha abierta para irse caminando tras ÉL en busca del suelo prometido. Así lo hará porque está escrito. Y así será.

La Habana, diciembre del 90

LA CHANCLETA ELECTRONICA

El gordo Gilberto Dionisio Hernández Covarrubias es un superdotado. Alcanzó a los treinta años de edad la cima de lo que un ser humano de por estas tierras desearía con el alma: tener de modo permanente un pie en el suelo y otro en la escalerilla de un avión que vuela raudo más allás de las fronteras nacionales. Y siempre regresa. Por eso no se queda en ninguna parte. ¿Para qué?, si viene que revienta de regalos que le han hecho empresarios de todo el mundo y que él disfruta más cuando los envidiosos de aquí “Adentro” quieren arrancárselos con los ojos. En este momento, el adiposo proletario tiene más horas de vuelo que cualquiera de las azafatas más viejas de las más viejas líneas aéreas del mundo. Si alguien lo ve con los cachetes rosados y a punto de reventar, los tiros de los pantalones cercanos a las rodillas, los zapatos rebosantes por sus grandiosos pies, las múltiples cadenas doradas alrededor del cuello de toro, la ultracolorida vestimenta y la verborrea profusa y difusa, tendrá al instante la impresión errónea de encontrarse delante de un comemierda. Pero no, Gilberto Dionisio Hernández Covarrubias le sabe un mundo a los negocios... y a sus jefes, para quienes trae siempre un recuerdo apreciable.

El caso es que Gil, como le dicen cariñosamente sus colegas, es comprador internacional de una empresa nacional y se la pasa todo el tiempo averiguando-probando-trayendo-comprando modelos de los más inefables aparatos. Como es bastante inteligente el muy condenado, jamás se arriesga (en grande) en la adquisición de equipos, partes y piezas, y antes de emprender uno de sus memorables viajes, "sufriendo lo indecible", según sus propias palabras a amigos y vecinos, pues deja atrás "la fauna y la flora amada", lo primero que hace es comprometerse con que a la vuelta --si todo sale como él lo planifica-- donará al Estado sus aparatos particulares de televisión, video, estéreo, nevera... Y siempre regresa cargado, pero, ay, con el riesgo pintado en la sonrisa franca, pues qué de disgustos se lleva la esposa si uno solo de los equipos presenta el más bobo de los defectos.

No ha tenido sin embargo problemas con los condones saborizados; al contrario, el de gusto a menta hizo furor entre los camaradas y con la esposa misma, capaz esta última de apreciar la genialidad en su marido..., porque la verdad es que los de sabor a fresa le provocaban molestias en la garganta.

¡Y qué decir de aquellos preservativos con la lucecita en la punta para guiar en la oscuridad al poseedor del adminículo hacia el objetivo deseado, además de música instrumental en el anillo gomoso de la base!

Tampoco, hasta ahora, nadie lo acusó de ser un estúpido cuando regresó, por ejemplo, desde Burundi, saltando en un solo pie por la alegría de la baratura, con aquel pelador de cocos grandes. (No lo compró para cocos chicos, porque éstos pueden pelarse hasta con los dientes.)

O cuando trajo, a modo de prueba, guantes para los pies y calzados para las manos.

O consoladores de diferentes medidas de longitud y grosor, que pueden comerse fritos o crudos antes o después.

Todo lo anterior estuvo bien pero en lo que Gil sí que se coronó como tiburón de las altas finanzas fue en el negociazo de las chancletas electrónicas, artefacto sumamente eficaz en el apachurramiento de las asquerosas cucarachas.

Resulta que en uno de sus habituales negocios-paseos por los cinco Tigres Asiáticos, "El gordo", además de agenciarse un precioso equipo de video computarizado (obsequio del vendedor de una afamada industria

electrónica) suscribió un pre-contrato con el mismo vendedor, por la compra de cien mil chancletas si la prueba de una sola era satisfactoria.

Y con la bendita chancleta de ensayo bajo el brazo izquierdo y el video computarizado bajo el brazo derecho, Gil descendió por la escalerilla del avión, luego de un vuelo meteórico, con media sonrisa y los ojos metidos en cifras astronómicas. Ya en la casa, a su sabichosa mujer le bastaron dos horas de sueño del marido para traerlo a la realidad con movimientos pélvicos y preguntas cariñosas de todos los colores. Tomasa no creía en que aquel aparato tan frágil fuera capaz de matar una sola cucaracha trotona.

Pero lo cierto era que cada una de las supermodernas unidades exterminadoras --en compras al por mayor a la empresa fabricante-- podría adquirirse por sólo diez dólares, y era una ganga que no podía escapársele de entre las manos.

"La gorda" bajó del montón de carne masculina echado en la cama supercóncava y observó mejor el artefacto: era una pulida caja de formica en cuyo frente aparecía una chancleta plástica que simulaba cuero de alta calidad, sostenida por muelles y flejes de acero. El semicalzado tenía cierta actitud agresiva contra el suelo. Parecía un juguete mal hecho, salvo por el cable trenzado y el tomacorrientes "macho" para instalarlo en la red.

Ella decidió estudiarse el manual técnico adjunto:

a) ...con resistencias eléctricas y adecuadas químicas, en contacto ambas, Electronic Chanclet emite efluvios que atraen a los insectos indeseables.

b) ...la microcámara de circuito cerrado y el detector ultrasensible localizan el paso cobardón de las cucarachas y activan el mecanismo mortal...

c) ...cuando la Electronic Chanclet se lanza exterminadora...

Desnuda y con las dos tetas colgándole como chirimoyas en sazón, Tomasa no necesitó más para comprender que el negocio de las chancletas matadoras de cucharchas elevaría a Gil al mismísimo cielo. Así que de cabeza tiró al pobre marido al suelo. Y medido por el magnífico reloj pulsera masculino (obsequio de alguien a cambio de la suscripción de uno de los tantos contratos), además de rigurosas observaciones técnicas hechas por la fiel esposa, "El gordo" comprobó que el catálogo no mentía en cuanto a los 6 chancletazos cada 1 segundo, de modo que el artefacto golpeaba 360 veces por

minuto. Y considerando una o dos cucarachas por cada chancletazo, serían casi 400 bichos a la basura.

"Pero la exactitud es lo correcto", observó Gil, y anotó 360 insectos aplastados en 1 minuto; como es lógico, en 1 hora llenaría varios sacos pues despacharía 21,600. Y si continuaba la "producción" cucaracheril, en un día habría eliminado 518,400, de modo que a los seis meses no quedaría uno solo de esos asquerosos bichos en miles de kilómetros a la redonda, porque podría inaugurar un cementerio particular con las 93'312,000 cucarachas despanzurradas.

"¡Y tantos bicharracos de esos no hay en todo el territorio nacional!", se dijo gozoso. Imaginó entonces lo que ocurriría al desembarcar los cien mil aparatos proyectados; en poco tiempo exterminarían, por lo menos en el amado país, al más nauseabundo de los compañeros del hombre desde que éste abandonó la caverna, bicho que pretende ir más allá del mismo hombre después de una inútil guerra atómica porque dicen que sobreviven a las mortales radiaciones.

Cierto era que, desde el punto de vista económico, la adquisición de las chancletas implicaba un considerable y súbito gasto. En un abrir y cerrar de ojos volaría UN MILLON de dólares del erario público. Algunos funcionarios tacañones pondrían el grito en el cielo. ¿Pero acaso las millones de cucarachas no venían haciendo una guerra sorda contra la depauperada economía del país, de la que nadie hablaba porque nadie veía? ¡Devoraban tejidos de todas las calidades y tonalidades, a obreros y a dirigentes! ¡Se comían papeles de contemporáneos con música y letra archivadas, que ningún artista con sentido común se atrevía a cantar, además de papeles antiquísimos que tampoco tenían valor pero estaban igualmente archivados! ¿Y qué me dicen de los discursos extemporáneos, los mismos, los de siempre? ¡¡Horror!!, ¿¿ se los comerían también??

Así, Gil arribó a la conclusión de que la suerte de las cucarachas estába echada, y con todos los argumentos en las manos se fue a ver al jefe inmediato superior. Este otro miró dubitativo el artefacto, y el hábil agente de compras aprovechó para lanzar una de sus últimas barajas sobre la mesa:

Con la entrada de esta tecnología de punta, el país se pone a la altura de las naciones más desarrolladas... Es inadmisible continuar a la zaga en el

control de los seres vivos que nos rodean, y poniendo rostro de mártir ofreció su hogar para la primera prueba técnica de la Electronic Chanclet.

Ya en su casa la instaló en la cocina, al lado del cubo de la basura. Y como los dos miembros del sensible matrimonio no cabían en la puerta, al mismo tiempo, para saciar curiosidades, Gil y Tomasa montaron guardia por turnos de media hora, parados al principio y después con las sobrealimentadas nalgas encima de cómodos asientos, al tiempo que masticaban, por puro placer ético, trozos diversos de lo que fuera. La verdad es que los bostezos llegaron antes que las cucarachas, mientras la esbelta chancleta se mantenía agresivamente enhiesta...

Fue desde la cama, en ese duermevela de algodón, que oyeron la batalla de la Chanclet contra las cucarachas. Y a juzgar por la cantidad de zapatazos, soñaron encontrar casi quinientas cucarachas fuera de circulación. Pero no se levantaron, dejaron que la calculada tecnología asiática peleara contra la exuberante naturaleza latinoamericana y caribeña, a ver quién podía más. Aunque sabían de antemano el resultado del pleito. Empezaban a disfrutarlo.

Temprano en la mañana corrieron hacia la cocina como elefantes en paños menores, y quedaron descorazonados por la decepción. Alrededor de la Electronic Chanclet había un insecto perfectamente muerto y otro herido. Los dos gordos se miraron sin comprender, pero al momento se les vio la mayor satisfacción del mundo: ¡No había más cucarachas muertas, porque en la cocina de ellos no había más cucarachas vivas!

Con aquellas conclusiones auto-alentadoras, y promesas de los amigos en reponder positivamente sobre el aparato, Gil y Tomasa lo prestaron a cuatro matrimonios, quienes informaron cuatro días después de sólo diez insectos ejecutados en apariciomes nocturnas. "El gordo" y "La gorda" montaron el número de la abstracción mental, tratando de encontrar el fallo, cuando ella emergió de las abismales tinieblas femeninas para decir:

Pipo, hace poco fumigaron por donde viven ellos.

Y como la sagaz esposa comprendió que la "prueba técnica" no era digna de tenerse en cuenta, sugirió a Gil, con mucho tacto, la elaboración de un concienzudo informe al jefe, en el que debía extenderse sobre "futuras e indudables muertes de miles de millones de cucarachas y el beneficio económico que con toda seguridad ello traería al país".

El jefe, que vivía convencido de que las oportunidades son calvas para que uno las agarre por el cabello restante, entrevió un triunfo resonante, y quién sabía si la decisión de aprobar semejante convenio comercial lo empujaba hasta el asiento de jefe de departamento o de viceministro o... O... O. Por tanto, añadió cualidades sobrehumanas al humilde equipo, y dijo --como si las palabras le pertenecieran, cuando en realidad las había escuchado a Gil y éste a "La gorda" talentosa--, cual verdad irrefutable, que "debemos comprar este ingenioso equipo, por el que nos otorgan seis meses de garantía, tiempo en el que matamos todas las cucarachas y como las chancletas no tienen por qué seguir funcionando, pues ahorramos dinero al no pagar por piezas de repuesto innecesarias".

Efectivamente, ocurrió como Tomasa había previsto: por doquier se escuchaban chancletazos e inesperadas rachas de silencios, unos a ritmo aciclonado y otros en la espera fructífera. Así pasaban los días y el número de cucarachas aplanadas subía como la espuma. Los partes diarios se daban a conocer a través de noticieros de radio y de televisión. Fue necesario, incluso, establecer la Dirección Nacional de la Chancleta Electrónica y dentro de ésta el Departamento Técnico en el que colaboraban los más sesudos ingenieros. La causa de tal creación se debió a la gran cantidad de dificultades técnicas en los chancletazos. Pero en definitiva en cada lugar la gente resolvía; lo hacían con paciencia y audacia en sus localidades y la DINACHEL sólo se encargaba de arreglar aspectos vitales en el ingenioso mecanismo.

Las cosas iban de maravillas, hasta que una buena tarde un vocero de DINACHEL informó en rueda de prensa que "la última cucaracha criolla tiene su puñetera vida contada". Tales palabras indujeron a los fabricantes de matacucarachas e insecticidas, en general, a poner punto final a sus producciones:

"Los frascos con líquidos y los paquetes con polvos entristecen en el mercado y eso nos quita las ganas de trabajar", expresaron en rueda de prensa los dos jefes de las dos líneas productoras. Al mismo tiempo los fabricantes de chancletas de cuero, goma, plástico y madera también se reunían para llegar al lamentable acuerdo de cerrar sus industrias, pues "todo el mundo sabe --aseguró con llanto en los ojos una de las más viejas obreras-- que las chancletas son, principalmente, para matar cucarachas... Y si hay una máquina

motorizada que las revienta, ¿pues qué hacemos nosotros aquí?" La pobre y arrugada mujer quitaba las lágrimas de sus ojos con un paño tan blanco como sus cabellos.

Por ese simple motivo miles de trabajadores abandonaron sus labores, hasta olvidarlas. Las industrias cerraron sus puertas, callaron sus máquinas y cesó la expulsión de humos a través de las chimeneas.

Al mismo tiempo, las Electronic Chanclet sonaban en toda la nación, moviéndose vertiginosamente arriba-abajo-arriba-abajo-arriba-abajo.

Mas, a través de una primera traumatizada chancleta comenzaron los divorcios técnicos de las microcámaras y de los detectores y de las resistencias eléctricas, de modo que la infeliz enloquecida no atinaba un golpe a derechas, ni a izquierdas, y a ésa le siguieron miles. Parecía una conspiración chancletera. Los muelles y los flejes de acero saltaban desencuadernados en medio de una sinfonía ejecutada por un loco.

¡Que claros estuvimos al no aconsejar la compra de las piezas de repuesto...!, deslizó Tomasa en la oreja de Gil. Estos aparatos capitalistas modernos son tan sensibles que terminan siendo una mierda.

Lo cierto fue que de la noche a la mañana, sin aviso previo, dejó de existir coordinación entre todos los elementos de cada máquina. Y aquella cucaracha criolla, la única y la miedosa pero glotona y paridora, se volvió atrevida en la búsqueda de alimentos: nada ni nadie la detenía. Y se la veía poner huevos hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste, de los cuales surgían pequeños bichos dispuestos a vengar las memorias de sus parientes ancestrales.

Los insectos se multiplica ron con entera libertad por todo el país, y lo que había sido posible salvar mediante un simple chancletazo seis meses atrás, desaparecía ahora a toda velocidad bajo el imperturbable ejército de bichos. Era desesperante observar cómo las cucarachas devoraban libros y ropa y alimentos y hasta discursos largos casi al mismo tiempo de ser producidos.

Las cosas iban de mal en peor, hasta que Anastasio Suárez, musculoso obrero de la construcción, fabricó una sola chancleta con recortes de un neumático de su propia bicicleta. Presentó el objeto algo feo y peor picado en una importante reunión de inventores en su empresa, donde ganó el premio principal por los resultados económicos. Pasó al municipio, a la provincia y,

por último, al evento nacional. Allí, como demostrara el humilde creador, el efecto económico sería considerable en todo el país si cualquiera empuñaba una chancleta igual a la suya con la mano derecha, la elevaba a la altura del hombro --como lo mostraba él-- y la dejaba caer con fuerza para eliminar una sola cucaracha cada día, demostración que hizo ante las cámaras de la televisión. (Y todos los presentes aplaudieron con verdadero entusiasmo.) Por ese fantástico logro de carácter técnico le otorgaron el más importante de los premios, le sacaron fotos y bellos escritos en todos los periódicos, así como videos en los noticieros de la televisión. La prensa nacional llegó, incluso, al delirio de comparar a Anastasio Suárez con Cristóbal Colón, "porque cada uno por su rumbo, descubrió un camino y un destino".

¡Por cosas como estas es que yo me voy de este país, carajo!, murmuró entre dientes una de las tantas personas que pasó halando hijos y maletas ante la pantalla de un televisor en el aeropuerto internacional. Pero a nadie de los de aquí “Adentro” les importó el ácido comentario del que se iba para “Afuera” porque durante meses no se habló de otro tema en el territorio nacional que de la "revolución tecnológica casera en el arte de despachar cucarachas", mientras en el anonimato de una cálida habitación capitalina, donde se columpiaban gangarrias ultrasónicas, Gilberto Dionisio, abajo, era alentado por Tomasa, arriba, en medio del pesado coito, a que en el próximo viaje por allá “Afuera” no perdiera la oportunidad de traer muestras de aquellas ubres de vaca, las que son de plástico y que se rellenan de agua, ésta se calienta mediante resistencias eléctricas y cuando ordeñan las tetas en los puntos de distribución a la población, ante los mismos consumidores, pues la gente cree que se trata de leche de verdad aunque posea color transparente y ningún sabor...

La Habana, noviembre de 1984

AUTODESPEDIDA INTOLERANTE

Justa es esa mujer que vive en la casa de la esquina. Digo la flaca que no tolera una pajita en los ojos de sus vecinos. Menos aún en los suyos propios. Quizás por ello se le ha endurecido el hígado y han empezado a escasearle los cabellos del todo canosos... Al parecer, hoy es un mal día para ella pues debe ir al hospital. Allí piensa que no va a salir por sus propios pies y se dice que

pondrá en práctica la buena idea o nadie agradecerá su virtuosismo, ése del que ella hace gala ante todos. Por ese motivo llama a Luisito, el sobrino solitario y ojeroso, para que venga con la radiograbadora y un cassete virgen. Susurra entonces en un estertor que regrese en media hora.

El joven se aleja lloroso. Se agacha en el oscuro pasillo del hospital.

La tía no es de malos sentimientos, piensa él. Sólo esa rectitud algo incómoda...

Él presiente el fatal desenlace. Desea permanecer lejos y a la vez acercarse.

¿Para que mi tía desea ese aparato, ahora que la vida le abandona?

Permanece un gran rato en medio del fuego de la intriga. Al final, la curiosidad puede más que el dolor y para la oreja al lado de la ventana: escucha un murmullo matizado por entonaciones súbitas en algunas paradas del discurso de la tía. ¡Sí, Justa graba su voz a pesar de la agonía!

Luisito está sumido en la incertidumbre, supone que la “acción” de la tía va a tocarlo a él de algún modo. Y es cierto, pero de qué horrible manera.

Al fin, la señora procura por él. Luisito corre a la habitación entre las enfermeras y el médico. Es testigo de cómo la tía voltea los ojos. Pero casi con la última energía pide que el sobrino se acerque. Se lo dice con el dedo índice engarfiado. El joven pega la oreja a los labios descoloridos de la moribunda, escucha doce palabras, nota el rápido apagón de la vida y se va con el aparato bajo el brazo, mientras las piernas de goma no responden a su mandato.

A cada momento frena el terco dedo índice a medio centímetro de la tecla PLAY. Es que aún escucha la ronca voz de la tía al borde de la vida, diciendo así: "...y quiero que todos lo escuchen, pero prohibo que nadie lo oiga ahora".

Horas después, la malsana petición y la tremenda curiosidad empujan a Luisito al cementerio con la enorme radiograbadora al hombro. Todos se molestan al ver semejante armatoste destinado únicamente a parasitar el ambiente con la música ruidosa,

José, el viudo, mira furioso al sobrino político y piensa que los jóvenes de hoy en día tienen los sentimientos retorcidos. "¿Cómo se le ocurre traer ese aparato al entierro de la tía, con lo que ella lo quería a él? Desconoce, naturalmente, que la voz de Justa echará a volar a través del viento detenido

del camposanto. Por desconocer eso ha pagado veinte pesos a uno de los despedidores de muertos para que diga cuatro palabras sobre la difunta aún sin haberla conocido. Y seguramente se expresará de esta manera: "Esta buena señora, Justa González Pérez, se nos ha ido definitivamente en medio de la consternación de quienes la comprendieron y amaron hasta el minuto final..., y bla bla bla..."

La gente camina silenciosa tras el cadáver dentro del sarcófago. Se escucha únicamente el ronco zumbido del motor del coche fúnebre. El cementerio está de fiesta. Los difuntos dentro de las fosas no hacen ni los más pequeñitos sonidos, ante la expectativa del nuevo habitante al Reparto Bocarriba. Y todos asoman únicamente los ojos y las orejas para conocer al nuevo habitante.

Llegan ante la tumba y ya los sepultureros tienen la losa del panteón corrida para depositar el sarcófago en la última morada de Justa.

Hay un momento detenido, ése en el que las personas permanecen congeladas como en una inmensa fotografía, el cual es aprovechado por Luisito para decir a todos que su tía no quiere oír, ni en el más allá, la voz de cualquier desconocido hablando bien o mal de ella.

Lo último que mi tía me ha dicho en su lecho mortuorio fue: "Grabé mi duelo y quiero que todo lo escuchen..."

Los murmullos y las sorpresas están en todos los rostros. Cesan las lágrimas y unos a otros se miran sin comprender. El joven carga la radiocassetera y la coloca sobre el mármol de que está hecho el panteón. La gente alrededor está admirada de la fuerza de ánimos de Justa en sus últimos minutos. El viejo despedidor de duelos es el único de mal carácter. Muestra su desaprobación cuando saca del bolsillo, en la gastada chaqueta, el billete de a veinte pesos que José le diera. La ética profesional le impide tomar dinero por un trabajo no realizado. Y sin decir palabra, se lo devuelve al viudo para irse del cementerio en busca de un muerto digno que no trascienda su triste papel de difunto.

Luisito presiona entonces la tecla PLAY y comienza el panegírico en la voz de la propia muerta:

José, marido mío, sé que estás aquí y a tí te duele mi muerte como le duele a los demás. Vinieron a cumplir conmigo. Reconocen de esta manera

mi virtud mayor, que es no callar nada. Precisamente por eso, antes de que me convierta en polvo, quiero que sepas que yo lo sabía todo: siempre supe que tú me corneabas con Ángela. Ella estará aquí, seguramente, con el cornudo de su marido, quien es una lástima de hombre, porque con lo sanacón que es bien pudo buscarse una mujer a su nivel y no tan puta, aunque así es la vida y no tiene remedio...

Hay risitas, intercambio de miradas, comentarios leves, y alguna que otra voz se eleva para decir que la barrabasada debe terminar ahí mismo, alguien tiene que apagar el aparato. Mas, nadie se mueve.

...aún así yo te quise mucho, José, pero ni mi muerte permitirá que me calle las verdades que llevo dentro, incluso en momentos en que ya no respire. Sé que tendrás ganas de romper este aparato o apagarlo. A otros les dará por lo mismo. Pero mi última voluntad es que se escuche mi voz hasta el final. Respétenme ese deseo...

Angela y su marido, mientras tanto, han dado pasos hacia atrás, como borrachos, y salen del grupo. La gente los observa con ojos endurecidos. Tampoco José escapa de las miradas severas.

...a través del cual me gustaría que escucharan otras quejas. Quizás no les gusten y prefieran seguir viviendo sin conocerlas, pero no puedo permitírmelo. Dicen que la discreción es un arma de combate, pero cuando uno se muere no sirve de nada ser discreto, porque la vida es una sola y la muerte es demasiado larga y triste para los que nos morimos. Prefiero que me recuerden en sus casas cuando hoy regresen a ella...

Muchos de los presentes aprueban cautelosos las palabras de Justa, y algunas mujeres se suenan las narices.

...Quiero decirle a Antonio, el carpintero, que es un degenerado. Me cobró cien pesos por hacerme un mueble de cedro y era madera de pino barnizada; creyó que yo era boba. Eso mismo pensó su mujer, porque la pintura para la casa que me vendió estaba echada a perder. La tuvo tres meses en su hogar después de robársela de su centro de trabajo. Son cosas que no se hacen con los vecinos que decimos querer...

El viejo carpintero y Domitila, la esposa, quienes antes habían mirado con odio a Angela y su marido, retroceden cabizbajos ante la desaprobación del grupo. La cadenciosa voz de Justa, con angulosas inflexiones en nombres y

hechos, llena el amplio espacio, donde no se mueven ni las hojas de los álamos. Sólo los gorriones gorjean en estridente persecución.

...Porque no hay nada más cierto que un día tras otro y a los hechos los debemos llamar por su nombre, no importa quien los haga o lo que sea. Por ejemplo, el viejo Pedro Manuel tiene dos perros insoportables que cagan y mean en todas partes, y ladran a toda hora, y nosotros los vecinos no podemos ser tolerantes con eso. Es una desgracia que Pedro Manuel viva sospechosamente solo con esos animales y no haya tenido hijos, porque no anduviera con unos bichos tan cochinos...

Pedro Manuel, un anciano ya jubilado, no puede creer lo que escucha. El sí tiene hijos y son precisamente esos dos perros que lo acompañan en la vejez; son su verdadera familia íntima y no va a permitir que alguien, por muy difunto que sea, diga semejante ofensa. Sale del grupo lanzando vapor y profiriendo horrores en voz baja.

...Pero este viejo enclenque, digo Pedro Manuel, que a todos parece bueno como un pan, da dinero a Mileydi y a Suleyki, las hijas de Fernando y Margarita, para que se desnuden y verlas nada más. No le interesa tocarlas ni hacer otra cosa, aunque tampoco pudiera porque ya no puede...

Las dos muchachas, sus novios y los padres de los cuatro jóvenes se encolerizan, y hasta maldicen haber dejado de trabajar para escuchar las mentiras de "una chismosa que vivió detrás de las ventanas inventando calumnias".

Ese grupo abandona el camposanto pitando como un tren. El resto de los dolientes y sus solidarios han empezado a disminuir más aún con el pretexto de no enterarse de las intimidades de los demás.

...Y hablando de edad, recuerdo a esa vieja puta que decía ser amiga mía, pero es el ser más envidioso del mundo. Cada vez que pasa frente a la casa le echa mal de ojo al jardín y las rosas se secan. Estoy hablando de Ana Luisa, que ha tenido veinte maridos y de cada uno se ha hecho abortos. Uno de los maridos es mi hermano Eustaquio, de quien dijo ciertas cosas que sería mejor no repetir. Pero tampoco callar. Por eso las digo a medias: se acostó con él una vez para que le resolviera el arreglo del refrigerador en el taller que Eustaquio administra y después dijo a Bertha, otra deslenguada, que mi hermano es dulce y cariñoso, pero no un hombre en la cama. Ana

Luisa es ligera de fondillo y, lo que es peor, también lo es de lengua...

¡Nada de eso es verdad!, grita una mujer a través del llanto convulso. Es la tal Ana Luisa. José y Eustaquio se pasan las manos por los rostros, y al abrir los ojos ven una trombra de patadas y puñetazos al aire.

Ana Luisa, despeinada como una loca, sin los zapatos de tacones altos y con el borde de la falda sobre los muslos, vuela furiosa hacia el ataúd. Trae intenciones de sacar el cadáver de la caja, abofetearlo y arrastrarlo. Se le meten en medio, casi la atan de manos y pies y salen del cementerio bajo una lluvia de maldiciones que brotan de sus bocas. José, el viudo, es quien más alto las dice. Quedan sólo diez personas alrededor del sarcófago, incluyendo, como es lógico, el padre y el hijo sepultureros.

...Por eso me doy cuenta de que la vida debe vivirse sin orgullos vanos y también sin tolerancias. El tolerante no tiene dignidad y sin dignidad no se puede vivir. Hablando de tolerancias, les digo que fui demasiado benévola con ese ladrón de mi cuñado, quien siempre viene a la casa a llevarse medio litro de leche y nunca lo paga. El sabe que no miento, y si lo hago que jamás llegue al cielo. La muy zorra de su mujer no conoce la clase de marido que tiene: es un vividor...

Estos otros abandonan el helado cuerpo de Justa y dejan a sólo ocho personas complacidas con la muerta, limpias de polvo y paja.

Luisito tiembla, y mira medio bizco a su alrededor por si encuentra una piedra para lanzarla a la radiograbadora. No hay ni siquiera una sola hoja de álamo en el suelo. El muchacho tiene razones para sentirse mal: la tía debió mencionarlo como agradecimiento por toda la ayuda desinteresada que él le prestó durante años. Debió dejarle por lo menos la miserable cuenta de ahorro.

...Y éste se parece a ti, Luisito, mi querido sobrino, a quien quiero aconsejar: por favor, no sigas masturbándote tanto y búscate una novia. Te metes en el baño y estás ahí dos horas haciéndome esperar. Yo te he visto, Luisito, mirando fotos de revistas, dobladas y redobladas que pones en el suelo y te masturbas delante de la tasa sanitaria. Eso es una cosa muy fea que no puedo admitir en nadie...Y por eso precisamente es que no te doy en herencia el dinero que tengo, porque comprarías más revistas... Prefiero pagar a lo curas y que digan en la iglesia misas rezadas y cantadas por mi alma.

El muchacho echa a correr por las callecitas del camposanto. Va llorando, avergonzado, escuchando las risas siniestras de los sepultureros. Los otros que resisten al lado de la radiocassetera y de la muerta, tienen rostros graves pero se sienten ligeros de culpas: Justa no se mete con ellos, porque nada feo hay en sus conductas.

...Como tampoco se puede admitir que un hombre como Antonio se dedique a estafar a las personas decentes, pues trajo ajíes, tomates, ajos, cebollas y otras hortalizas de la finquita de su hermana para venderlas como oro... Aunque debo hacer justicia con él, porque no había nada de eso en el mercado. Pero qué caras las vendía, dios mío, y si fuera a ser justa de verdad debo decir que estafó a todos... Aunque quienes le compraron fueron sinvergüenzas y guanajos a la vez, porque la mayoría le robaba mientras él vendía. Se iban metiendo las cebollas, los ajos, los ajíes debajo de las blusas y en las carteras... El pobre, está casi ciego, pero sigue siendo un aprovechado...

Quienes quedan allí son, precisamente, Antonio, su esposa y las amas de casa compradoras, quienes sienten la ofensa como dardos envenenados. Y abandonan el cadáver a los sepultureros. Los dos hombres rompen el monótono atardecer con fuertes carcajadas. Han visto muchos muertos y saben que el único jodido en este mundo es el que lo abandona.

Como ningún doliente permanece para escuchar la voz de Justa, deciden salir rápido de su cadáver, porque hace mucho ellos han dejado de creer en las últimas voluntades de nadie. Luego arrancarán con la radiocassetera y en el mismo casete grabarán lo último en ritmo salsa. Por eso agarran las sogas para bajar el ataúd a toda velocidad.

Mas, la voz de la difunta sigue inalterable:

...Pero no tan degenerados como Emilio y su hijo, a quienes conozco desde hace mucho y sé que querrán lo mejor para mí. Yo sé que ustedes, sepultureros de mi alma, me bajarán suavemente y no se robarán mis flores como hacen con los demás muertos, para venderlas a otras personas a las puertas de este mismo cementerio; y traen pinzas para arrancar los dientes de oro de mis colegas los difuntos... Pero conmigo se se les acaba el negocio, porque me hice la dentadura postiza para cuando llegara este momento. Yo sé que ustedes viven igual que los vampiros, chupándoles el dinero a los

vivos a costa de los seres queridos...

Naturalmente, Emilio y su hijo, par de viejos entre los cuales no se sabe ya quien es el padre, maldicen a Justa y saltan del panteón, tiran el cubo con la mezcla de cemento y arena, sueltan las sogas y se limpian las manos contra los pantalones.

-¡Yo mismo me caigo a patadas si bajo a esa muertaemierda! -exclama uno de los dos. Y se van diciendo barbaridades de quienes debieron morirse cincuenta años antes de inventarse las grabadoras.

...Pero yo sé que ustedes harán su trabajo decentemente y me enterrarán como dios manda. Viví en un mundo bueno y espero que lo disfruten. Diviértanse, porque seguirán mis pasos. Ahora no lloren por mí...

El aparato sigue funcionando en la más absoluta soledad, con el piar de gorriones como fondo musical.

...y vuelvan a sus casas a vivir el breve momento del paso por la Tierra. Pero háganlo como yo, que dije las verdades a todos y ya ven como me acompañan en un día tan señalado para mí, haciéndome el honor por esta virtud mía. Gracias, familiares, amigos, vecinos... Los espero.

La Habana, 1981

BATALLA ENTRE ANGELES

Media hora después, Carlos sintió hastío. El angelito bueno aleteaba en su oreja izquierda y el malo le rondaba la derecha. Cada cual arrimaba la brasa a su sardina. El bueno, que era serio, respetuoso y cumplidor, le proponía irse a dormir; el otro, todo lo contrario, le sugería quedarse. Lo cierto es que Carlos es buen muchacho, pero no pazguato. Y en la fiesta no había una mujer sola que pudiera interesarle. Sus compañeros bailaban con las esposas o la novias, o hablaban de política o de béisbol. Los angelitos seguían intrigando y lanzándose miradas flechudas por encima de la cabeza del joven. Él tenía sólo dos opciones: irse o quedarse, y estaba en esa intangible cuerda floja de la indecisión.

Iba y venía por el patio con una cerveza en la mano izquierda y la derecha en el bolsillo del saco. Era agradable pasar los dedos por el lomo de un ratón blanco que momentos antes le regalaran para su sobrino. Había venido por la casa de un amigo, había visto la cría de cobayos, la celebró y el amigo le regaló el ratoncito. Aquel bicho lo empujaba a irse de la fiesta de fin de año en su centro de trabajo. No iba a quedarse allí, con un ratón entre las manos. ¡La que se arma si el roedor salta al suelo!, piensa él. Mejor se va ya. Esta es la peor de las tragedias para un joven como él: estar enamorado del Amor y faltarle alguien a quien dedicárselo con palabras bellas, nacidas todas donde mismo nacen los sentimientos buenos.

Miraba la alegría en las caras y los cuerpos de todos y la sentía como ácido en el corazón cuando, de pronto, se electrizó: ¡Cómo no la vi antes!

El angelito bueno dijo así: *Retírate a tiempo*. El malo clavó su tridente y ordenó: ¡*Sáltale arriba*! Allá, alejada del grupo, aburrida, una linda mujer era destrozada por la soledad. Trazaba líneas húmedas sobre la mesa. De repente, ella levantó el rostro y a él le pareció que miraba desesperanzada hacia la puerta.

Carlos empezó a retratarla: el cabello suelto caía sobre sus hombros desnudos y las mejillas dejando libre una ceja de curva amplia. Los senos menudos y en punta adornados por una blusa relumbrona. Su perfume llegaba a él unido al olor dulzón de la cerveza y al de la roja pintura de labios sobre el borde del vaso de cristal. La cintura breve y el ligero movimiento del cuerpo, aunque desganado, encima de la silla que rechinaba.

El angelito con alas de paloma decía: ¡*No, no*!, y el de alas de murciélago decía: ¡*Sí, sí*! El joven miraba a ambos lados y no sabía qué hacer, pero vio urgencia en la mirada de ella al pasarla por encima de todos y al ponerse en pie.

¡¿Se va de la fiesta?!, gritó Carlos para su propio asombro. Otros se volvieron hacia él y se le heló el ímpetu.

Ve con dulzura, pero mejor no vayas, suspiró el angelito bueno. ¡*Acaba con ella*!, ordenó el otro.

Carlos no sabía cómo entrarle, pero esa muchacha no podía írsele. Y sin escuchar a los consejeros, se acercó a ella.

Hace calor, dijo. La joven no movió un músculo del rostro y él pensó acudir a los angelitos, quienes repitieron: *Vete* y *Quédate*. Él meditó en que cualquier actitud podía ser buena y también fracasaría, y por tanto debía hacer algo diferente Por eso la observó: ella estaba en pie, de pequeña estatura pero más seria que una tuerca.

¿Fuma?, preguntó él tendiéndole la cajetilla.

No.

Bueno, présteme esos fósforos.

Ella tomó una cajita de arriba de la mesa. La mano bien arreglada lo impulsó y el perfume impregnado en los fósforos lo catapulteó.

Muérdela. *Amala*. Carlos miró indeciso a uno y otro lado.

Yo espero a una persona, mintió él. ¿Usted también?

Sí, ¿le interesa?, dijo en tono agrio.

No, perdone. Y no se moleste, por favor.

El de alas de paloma suspiró y el de alas de murciélago rechinó.

No lo estoy, respondió segura. Es imposible.

¿Cómo que imposible? ¿Qué cosa es imposible?

Enojarme. Es imposible enojarme.

Oiga, todo es posible.

Se equivoca, hay cosas totalmente imposibles.

Los consejeros revoloteaban apurados. Vivían aferrados a las orejas del joven desde que era pequeño y le ordenaban las mejores y las peores acciones, pero él nunca terminaba nada para bien o para mal. Ahora miraba inquieto a todas partes. El hijo de Manolito el oficinista trazaba rayas y bolas con un

bolígrafo en un papel; Carlos lo miró sin verlo y caminó un poco, terminó dando media vuelta por detrás de ella, momento que aprovechó el angelito del tridente para ordenarle que apretara una teta a la muchacha. El levantó la mano derecha y el otro sugirió que se la frotara con la mano izquierda y sonriera. Hizo esto último y volvió a quedar serio al lado de allá. Ella torció el cuello y le observó. Dijo así:

No quiero discutir sobre ese asunto.

De acuerdo, pero le digo que todo es posible.

La muchacha se enderezó y, de frente, examinó a Carlos. A él le pareció una gatica dispuesta a saltar.

No la amarás, dijo uno. *La amarás*, dijo el otro.

Carlos vaciló por los augurios.

¿Y si le pido algo, usted sería capaz de hacerlo o buscarlo y dármelo?, atacó ella, al fin, aún de pie mientras él se acodaba en la mesa y miraba en derredor. Detuvo sus ojos en la joven y le sugirió que se sentara pues no sabía si besarla brutalmente, ya, ahora mismo, o sacarla a bailar con las más bellas frases como le aconsejara uno de los pequeños en sus orejas. La gente seguía en lo suyo, lejos de ambos.

Responda a lo que le pedí, apuntó ella, muy seria, dispuesta a zanjar la cuestión y arrancar de una vez. ¿Es capaz de buscarme cualquier cosa?

¿Es un reto?

Tómelo como quiera, detuvo sus palabras, al parecer para medir el efecto y continuó. ¿Sería capaz de complacerme?

Bueno, depende..., porque...

La muchacha se echó a reír, forzadamente, lo que provocó en Carlos peores molestias que una picada de avispa.

Entonces no puede demostrar su tesis de que todo es posible, dijo ella sin haberse sentado. Me voy.

¡Diga qué desea! ¡Ahora mismo lo tendrá!, saltó él a pesar de los consejeros, pues pedían *menos sinceridad* o *más suavidad.*

¿Ahora mismo?, ella se detuvo y lo miró a los ojos.. ¿Está seguro de que puede complacerme en lo que yo desee y ahora mismo?

Bueno, pida lo que quiera.

La muchacha esbozó una sonrisa leve, mirándolo de lado, convencida de

que iba a desarmar a ese tonto. Los mustios ojos de él lo decían todo, pues en ellos se veía el triunfo de ella. Carlos sintió temor por la posibilidad de que le pidiera algo absolutamente imposible.

Quiero una flor.

¡Ah, lo más fácil del mundo! Y hubiera querido correr pero los angelitos ya lo levantaban por las orejas para llevarlo entre los compañeros de trabajo, a quienes miró bien: ni una flor. *Con una de plástico es suficiente, y si tiene espinas pues mejor*, dijo uno; *Llévale una rosa encarnada y que la poesía se concentre en ella*, dijo el otro. Pero hasta la calle no paró. Todos se confabulaban contra él. Ni una simple margarita en los canteros de cemento sobre las aceras. La muchacha se había dado cuenta de la ausencia absoluta de flores en kilómetros a la redonda y por eso era la petición. En eso pasaba una pareja de jóvenes. El muchacho lo saludó. Carlos respondió maquinalmente ¡y vio que la muchacha llevaba una rosa prendida al cabello negro y largo!

Es una pena quitarle una flor a una mujer, dijo el angelito bueno. ¡*Arrancásela con los dientes*!, silbó el malo. ¿Qué hacer?, mas ya estaba encima de la pareja y halaba al amigo para un lado, diciéndole que su vida dependía de una flor. Los jóvenes quedaron boquiabiertos, se la dieron y Carlos no tocó el suelo a lo largo de las oficinas y el patio para terminar posándose y jadeante de la emoción frente a la muchacha que continuaba sola y en pie, seria, con la cartera bajo el brazo.

Aquí tiene. Todo es posible.

Ella tomó la flor, sonrió, y los angelitos saltaron, uno contento y el otro airado.

Él se sentó y miró cómo ella contemplaba los pétalos, se los llevaba a la nariz, aspiraba su fragancia, cerraba los ojos y comenzaba a pasarlos por el rostro.

El de alas de murciélago dijo: *No pierdas la oportunidad de meterle la mano*; el de alas de paloma sugirió: *Menciónale la palabra amor y verás*. Pero ella no dio tiempo a Carlos a ejecutar cualquiera de las dos acciones:

Yo le dije que hay cosas imposibles. Lo que pedí era tan fácil.

Pero fue posible o...

La muchacha no replicó. Quedó quieta, mirando un punto. De pronto, se sentó, lo encaró.

Ten cuidado, es una víbora, afirmó el del tridente; *Desconfía del otro consejero*, aseguró el emplumado. Carlos abrió sus ojos como platos: ¿Hacia dónde dirigir los pasos? Y decidió variar el rumbo de la conversación, que la joven hablara primero:

Mire, voy a demostrarle que hay imposibles, dijo ella.

¿Usted es un imposible?, preguntó él a pesar de la decisión de variar.

Puede ser, tal vez, casi seguro..., sonrió. ¿A usted le gusta la poesía?

Muchísimo. Usted es poesía sublime.

Los angelitos lo miraron con odio y le gritaron: ¡*Blandengue*!, ¡*Empalagoso*!

Gracias, contestó ella riendo. Muchas gracias. A mí me gusta la poesía de Becquer, de Gustavo Adolfo Becquer... A ver, ¡quiero conocerlo en persona!

Carlos titubeó ante los consejos opuestos y optó por frotarse las manos, con lo que ella quedó perpleja. Él dijo:

¡Qué casualidad!, exclamó teatralmente. Estuve leyendo sus poemas hoy mismo. Era un poeta romántico del siglo pasado, era español... ¡Pero yo no tengo una máquina del tiempo!

Por eso le pido conocerlo personalmente.

Carlos se mordió los labios por sugerencia del malo para darse tiempo a pensar, mientras el bueno decía que no se decidiera por el consejo del otro. Ponía su atención a todas partes. La contagiosa música de los Van Van, que antes le impedía concentrarse a fondo, ahora le originaba la mejor idea de la noche. Por eso se iluminó completo, cerró los ojos y respiró una sola vez:

-Yo soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy símbolo de la pasión;
De ansia de goces mi alma está llena;
¿A mí me buscas? -No es a tí; no.

-Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
Puedo brindarte dichas sin fin;
Yo de ternura guardo un tesoro;
¿A mí me llamas? -No; no es a tí.

-Yo soy un sueño, un imposible,
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible;
No puedo amarte. -¡Oh, ven; ven tú!

Terminó entusiasmado y abrió los ojos. Quiso comunicarle un poco de ardor, pero ella, con el tono más natural del mundo, preguntó:

¿Y dónde está Becquer?

¿No lo vio? Estaba aquí mientras yo recitaba su poesía.

Así no fue como le pedí conocerlo.

Todavía puedes irte sin problemas, recordó el ángel emplumado. ¿*Por qué no le aprietas una nalga*?, preguntó el otro con tono de mando. Carlos decidió huir de allí y también sentir en la palma de la mano la presencia del glúteo femenino.

Oiga, usted parece irse del mundo.

¡No, escuche!, exclamó él, avergonzado. Los hombres están presentes en lo que hacen. Cuando hablamos de una persona desaparecida, cuando admiramos algo que hizo es como si lo tuviéramos delante, incluso mejor. Si Gustavo Adolfo Becquer hubiera estado aquí de cuerpo entero, usted no le conocería tan bien como después de haber leído o escuchado lo que él escribió.

¡Qué ingenioso, eh!, exclamó ella. Carlos se ruborizó, negó el halago, pero la vanidad le impidió decir una palabra. A eso se unía que los angelitos ordenaban: *Métele el pie por abajo*, *Hazle una seña amorosa*. Ella seguía acariciando su rostro con la flor, y dijo:

Le pediré un imposible de verdad.

Carlos hizo gestos a un compañero de que necesitaba par de cervezas, urgentemente. No quería perder el impulso. Los angelitos volaban inquietos sobre las orejas masculinas. Presentían un desastre.

Pida, pida, dijo él.

A ver, yo quiero..., miró la larga mesa de madera en la que había platos, levantó el mantel y registró debajo. Entonces alzó el rostro. ¡Yo quiero ver un ratón!

¿Un qué?

¡Quiero ver un ratón!, dijo con tono triunfante.

Figúrese usted..., dio vueltas a la cabeza, se la rascó. *Te embarcaste por estúpido*, dijo uno blandiendo el tridente; *No la conseguirás*, afirmó el otro. En el corazón de Carlos se apagaba el ímpetu, pero miraba su reloj, se palpaba el bolsillo de la camisa. Ella reía alegremente.

¿Está buscándolo?

Pues sí. Carlos se paró sin mirarla, después la observó riendo burlona.

No, no salga de aquí. ¡Quiero ver un ratón ahora mismo!

El de alas de paloma dijo que no siguiera por ese camino; el de orejas de piquitos gritó que la abrazara con bestialidad. Para asombro de los angelitos y de la muchacha, Carlos exigió silencio. Metió la mano en el bolsillo del saco. Extrajo el roedor blanco que dejó en la mesa. Ella soltó un grito y se puso en pie. El animalito corrió asustado, palpitándole el corazoncito. Varios compañeros miraron hacia acá. Uno se acercó rápido, preguntó qué sucedía y Carlos dijo que nada. El otro se dio cuenta del juego y regresó a lo suyo. Carlos acabó de comprender: ésta era la muchacha que Giraldo iba a traer sin compañía; él podía seguir. Los angelitos hurtaban sus cuerpos ligeros detrás de las inmensas orejas del joven y gritaban que se fuera sin ella y que se la llevara. Carlos tenía intenciones de hacer eso, o sea las dos cosas.

De lejos, la muchacha lo miró a él y luego al ratón que movía los bigotes. Se acercó cautelosa, y mordiéndose los labios estiró el brazo y el dedo índice de la mano derecha para pasarlo por el lomo del roedor.

Usted es tremendo.

¿Todavía cree en imposibles?

Guarde ese bicho, por favor.

Carlos atrapó al ratón y lo devolvió al bolsillo. A los angelitos también les palpitaban los corazones, pero por algo diferente. Preveían el desastre y decían: *Es igual a todas, no sigas*; *Sigue pero no la dejes entrar en tu alma*.

Tiene cada cosas, dijo ella sentándose.

¿Yo? Usted es la que se pone a decir que hay imposibles.

Pues los imposibles existen. Hay cosas que cuando se rompen no tienen arreglo.

Es mala, dijo el bueno; *Es buena*, afirmó el malo. Carlos aceptó las dos versiones, mas no pudo contenerse para angustia de los consejeros y replicó a la joven:

Estaban vendiendo el otro día pegamento para cristal, plástico, porcelana...

No me refiero a ese tipo de roturas, aclaró ella con cara de recordar momentos desagradables. Hablo de las roturas espirituales... Cuando el amor se rompe es imposible componerlo.

¿*Ves que no es buena*?, preguntó el malo; *Se nota que no es mala*, dijo el bueno. Carlos asintió primero al hombro derecho y después al izquierdo, pero no dejó de decirle a ella que ya comprendía.

¿Qué comprende ahora?, inquirió la joven. ¿Es usted uno de los que comprende algo?

Hay días que sí, dijo él riendo. Mire, sí es posible componer el amor. Cada uno de nosotros está capacitado para amar más de una vez. Cuando amamos de nuevo nos parece que es más fuerte y más hondo... ¿Usted no se ha enamorado más de una vez?

Sí, algunas...

Puah, sin pudor, dijo el emplumado; *Tan descarada*, rechinó el amurcielagado. Parecía raro, era la primera vez que los consejeros coincidían en años de aconsejar a Carlos. Él se apresuró en hablar, hasta la interrumpió.

Pues enamorarse de nuevo es la forma sublime de componer o pegar el amor, porque donde realmente se rompe es dentro de uno.

Usted es gracioso.

Y sepa que cada ruptura de relaciones en una pareja es un acto de superación para cada uno, porque es aprendizaje... Cuando yo sea viejo amaré con la memoria, con mis vivencias y con el corazón.

Ella suspiró y lo observó enternecida, aunque un poquito socarronamente.

¡Uy, si hasta poeta es! Tiene razón, pero le aseguro que existen imposibles.

Carlos apuró el contenido de la botella y la invitó a beber otra cerveza, aún cuando los angelitos le advertían que *Es bruta como un burro al revés* y *Cuidado, parece tonta y lo es*.

Ella no había terminado de decir que sí y él ya corría por entre la gente para ya regresar con botellas en las manos.

Tome, ¿no está convencida de que todo es posible?

Le dije que no.

Qué difícil eres, mujer, pensó Carlos atisbando las aguamarinas preciosas que no debían mirar solas el mundo. Los angelitos armaron un aspavientos terrible en las orejas del joven. *Ingenuo, márchate ya*; *Cretino, lárgate*. Carlos reflexionó que algo les unía por primera vez en la vida para advertirle a él de aquella manera, pero dejó a un lado la reflexión pues su corazón bajaba una pesada ancla en el mar encrespado de sentimientos. Dentro de él, en medio de la fuerte tempestad nacía "Algo" ceremonioso. Y él, ajeno a ese nacimiento, se dijo por simple curiosidad que tiraría la última piedra a ver si daba en el blanco; si no, pues a la casa.

Mire, usted sabe que la Luna ya se puede alcanzar, que las estrellas están cada día más cercanas al hombre, que el hombre va trocando todo lo que creía imposible en posible. A él le parecía estar dando en el clavo, ya la sentía bien convencida y añadió: Pero pienso que usted es escéptica.

Ella estaba como abstraída, aceptando callada el chaparrón de palabras, cuando saltó de pronto:

¡Ahora sí que no tiene escapatoria!, dijo riendo, con la vista recta sobre los ojos de él. Fíjese..., quiero... A ver, quiero que usted me traiga, que me dé... Fíjese bien, quiero que me dé sin salir de aquí... ¡un elefante!

Entonces la muchacha lanzó una carcajada tan fuerte que los angelitos corrieron aterrorizados al fondo de los oídos de Carlos, quien se cohibió y pensó en que era el momento de abandonar el lugar antes de salir derrotado en la pelea, porque se puede perder ante una mujer pero nunca el honor. Sentía sin embargo que empezaba a mirarla de muy distinta manera.

Ella seguía en lo suyo:

Sí, un elefante que yo pueda tocar. ¡Que yo pueda acariciar con estas manos!, exclamó separando los dedos y mirándoselos. También miró a Carlos a través de ellos.

Usted quiere ganar de todas formas.

¡Deme un elefante, vaya!

Eso es muy difícil.

Difícil no. ¡Imposible!

Los angelitos temblaban en sus guaridas. Ocurriría algo mucho peor que un simple convencimiento femenino, lo sabían. Carlos miraba a todas partes.

La gente bailaba o conversaba y el niño seguía garabateando en un papel con un bolígrafo. Él volvió su atención a la muchacha sin saber qué decir, mas comprendió que a esa altura del contrapunteo tenía que ser audaz o irse, simplemente.

¿Qué me da si le pongo un elefante aquí, ahora mismo?

Fue la primera vez que él la vio vacilar, pero ella no se detuvo. Estaba confiada del tremendo imposible.

No sé... ¿Qué quiere? Pida.

Mmmmm, quedó muy serio, y a pesar de advertencias tan aplastantes como que perdería la libertad o estaría encadenado, él dijo: La quiero a usted.

Ella comenzó a repasarlo de arriba abajo, como si lo viera la primera vez. El también la miraba. La risa se les había ido de las caras. Uno de los dos ganaría y de ese pequeño triunfo dependía que cesaran en sus soledades, pensaba el joven mientras los angelitos preguntaban a dúo por qué seguía tirando piedras si ya había decidido lanzar la última hacía rato. El pidió silencio y la muchacha lo contempló extrañada por la petición insólita como si hubiera alguien más cuando en realidad estaban ellos dos solos, apartados de los demás. Paseó luego la mirada por encima de los bailadores, sobre la enredadera en paredes y tapia, los contrastes de luz y sombra, el niño que garabateaba... No podía desandar el camino.

Pero a ver, ¿dónde está ese elefante? Diga algo.

Calma, calma.

Lo observó todo, de nuevo: allí dibujaba el hijo gordo de Manolito el oficinista, la tapia, la gente, el baile... ¡Un momento, tenía el triunfo en la punta de la nariz!

Muchacho, estás a tiempo de irte, dijo el malo con voz dulcísima; ¡*No seas burro y lárgate*!, gritó el bueno con tono que infundía pánico. El joven apretó indeciso sus labios y miró a la muchacha, largamente, embobecido. Mientras, los angelitos revoloteaban frenéticos; eran arrojados de las guaridas y uno clavaba su tridente en la rara criatura que nacía allí y comenzaba a crecer; el otro la mordía por todas partes. “Aquello” crecía incontrolablemente dentro de Carlos.

El joven se levantó de la silla, pestañeó indeciso ante la muchacha y, al fin, caminó hacia las oficinas para regresar con un papel. Se sentó al lado de

ella. Suspiró. Sacó el bolígrafo y dibujó un elefante chiquitico con pelos en la punta del rabo, lleno todo de roscas, parado en sus cuatro patas, y largas pestañas. Ante el asombro burlón de ella, él tomó un dedo femenino de la mano derecha y lo pasó por sobre el dibujo.

¿Ve el elefante? ¿Puede tocarlo? Tiene trompa y ojos y todo lo demás.

Ella negó con un gesto al tiempo que echaba una alegre carcajada.

A la vez, el tridente y las mordidas hacían sangrar la desconocida criatura, que no cesaba de crecer en el interior de Carlos.

Pero no es como los de verdad. Los elefantes de verdad son enormes, dijo la muchacha.

Carlos sonrió más embobecido aún y los angelitos se vieron en los bordes de las orejas masculinas. El rarísimo ser crecía a gran velocidad y sus heridas sanaban como si nadie lo hubiera mordido o punzado. ¡*Vete, vete, vete*!, exclamaban a dúo los consejeros. Pero Carlos ya apartaba su silla y se ponía en pie.

Usted es descreída, dijo a la muchacha. Y en la vida necesitamos creer en lo que dicen los demás, aunque sea por un tiempo.

Tiene razón. Pero si creo, entonces me engañan. Con los trastazos he aprendido a desconfiar.

Eso está muy mal. Nunca desconfíe de una persona mientras no le demuestre de lo que es capaz.

Usted es autosuficiente, aseguró ella sonriendo para suavizar la afirmación.

Es cierto, soy autosuficiente. Si no lo fuera, de qué manera podría encarar ciertos hechos que parecen imposibles. Uno tiene que estar convencido de que podrá resolverlos, de que todo es posible.

Está bien, eso está muy bien, ¿pero dónde está mi elefante grandote?

La batalla en el interior de Carlos era terrible. El rarísimo ser se tragaba a los angelitos, a uno por las alas y al otro por el tridente. El joven, entretanto, terminaba de separar la silla, caminaba diez pasos hacia atrás y se agachaba. Ella seguía observándole medio burlona.

Las patas comienzan aquí y por allá está la barriga, dijo él apuntando con el bolígrafo, dispuesto a rayar en la tierra. La trompa vendrá quedando por allááááááááá...

Los angelitos estaban casi ahogados y, muriéndose del susto, preguntaban:

¿*Qué es lo que nos traga*? *No tiene ojos, oídos, manos, pies, barriga*...

Fue cuando la extraña criatura habló la primera vez:

Pero veo mejor que ustedes dos, oigo más, lo toco todo, corro como el viento, me voy a lo profundo, subo a lo más alto y me alimento de lágrimas y de risas; hago fuerte al débil; ennoblezco al zafio; enternezco al agrio... Y vivo mucho si hay comprensión.

¿*Cómo te llamas*?, interrogó el angelito bueno.

¿*Quién eres*?, indagó el malo.

La muchacha reía con ganas y Carlos continuaba agachado.

Párese, venga acá, dijo ella.

El se puso en pie y caminó hinchado, preguntándole a ella cómo veía su elefante. A la joven se le terminaba la risa y se mostraba desarmada. Carlos se acercó y ella fue a decir su propio nombre, pero él casi le tapó la boca con la palma de la mano derecha, lo que provocó en el par de consejeros cierto regocijo.

No vamos a desaparecer, suspiraron.

Momento, momento, afirmó el joven. No he terminado... Hay imposibles.

¡Ay pero si tiene alma de discutidor, le gusta estar a la contraria! ¿Quién lo entiende?

Tú me entiendes, dijo Carlos y los angelitos concluyeron sus días absorbidos por el ser blanquísimo, desde cuyo fondo preguntaban quién se los tragaba. Los imposibles existen.

¿Cómo usted me va a discutir eso? ¡Acaba de demostrarme que no existen!

Entonces él se acercó, mirando al fondo de las dos aguamarinas preciosas.

Sí, chica, es imposible que nuestra amistad se rompa ahora, que el sol deje de alumbrar mañana... ¡Es imposible que todo sea como antes...!

¿*Quién eres*?, preguntaban muy débiles los consejeros, disueltos ya en el interior de la “Cosa” sin forma que Carlos jamás tuvo aunque le pareciera haberla conocido varias veces.

Ella levantó una mano, la deslizó por encima de la mesa, apretó la del joven a su lado y, con voz enronquecida, temblorosa, dijo bajito:

Llámame Elena.

Pues yo soy el Amor.

Ciego de Avila, Cuba, 1979

EL PERSONAJE DE NOVELA

Para Gardenia Miralles,
disfrutadora de este cuento

Mileydi González García tiene diecisiete años de edad y se muere de suspiros por un hombre que no existe. Ella jura sin embargo verlo cada día. Se le representa alto, elegante, con esas inevitables canas en las sienes y los ojos grises. Cuando lo descubre andando por la acera de enfrente a su casa, le entran muchas ganas de llamarlo. Quiere decirle, tímidamente, que es su novia desde hace tres años. Imagina al hombre del rostro serio sonriendo condescendientemente, que le tomará la mano, y la abandonará unos segundos para volver rápido con una rosa, húmeda de rocío, sólo para ella.

Todo eso imagina Mileydi. Pero su deseo no ocurre.

Mileydi vive de suspiros. Con la vista perdida entre los árboles del parque y la novela de Clorín Techado en las manos, sueña a diario. Nada más hojear el pequeño libro, aparece René Rivalta bordeando la esquina, se pierde un instante y reaparece luego, arrogante, montado en su auto, que no es descapotable como en la novela, pero sí nuevo. Al pasar, el corazoncito de Mileydi palpita de susto.

La ingenuidad le impide saber que da vida a alguien que no puede vivir en la realidad. René conoce lo que debe a la muchacha, pero ni aún así la mira. El es tan recio, tan importante...

Mileydi ama ciegamente. No se pregunta de dónde viene este hombre o hacia dónde va. Ella sólo ansía el presente. Llena de ternura, mira feliz la vida y a la gente, tan buena.

Aunque sufre un poquito. Piensa que ese hombre es su tormento y si no se casa con él, no podría hacerlo con nadie jamás.

Es increíble que en tres años, Mileydi no haya descubierto la tremenda aventura: empezó cuando ella no había cumplido los quince, y una amiguita le

prestó esa novela que ya se sabe de memoria. En cuanto comienza a leerla cada día, René salta pequeñísimo de la página once y se va corriendo, desnudo, para crecer en el camino y vestirse con la ropa que Mileydi le imagina a diario, de las cuales él encuentra muchas de pésimo gusto.

La muchacha se extraña de verlo pasar frente a la casa, justamente con la ropa que ella piensa y eso le da pie para creerse amada, porque, más allá de toda duda, una secreta relación se sostiene entre ambos. Sin embargo, ella sólo medita acerca del lugar donde él vive. Nadie sabe de qué sitio salió este hombre.

Pero René Rivalta sí conoce muy bien su propia historia. La trama de la novela es invariable, segura. Es un relato en el que él, como personaje principal, alcanza el definitivo y aplastante triunfo. Por supuesto, es mejor que en la vida real, sin imprevistos, sin riesgos, sin asuntos desagradables. Lo malo es la monotonía. Pero andar entre la gente de carne y hueso es novedoso y, a veces, depara fuertes emociones. Total, si le va mal en la realidad, tiene el refugio de la novela. Por eso camina derechito, sin mirar a los lados, pensando mucho las palabras que va a decir, para no tener que salir corriendo a meterse en las páginas de **El conflicto de Rivalta**.

Pero, lo que son las contradicciones, René le va tomando gusto a pasearse entre las personas reales. Incluso, desea ardientemente trasladar fuera del libro todo lo que posee, hasta el triunfo. El que Mileydi lo imagine sólo a él y su auto le hace temer, aunque lo haya situado de jefe de departamento en una importante empresa. Es cierto que es jefe y los trabajadores lo respetan por la agudeza e inteligencia que ella le inventa. Igual que en la novela, avanza sereno por los pasillos. Sus decisiones son tan oportunas (previa consulta con el director) que nadie osaría contradecirlas.

Rivalta nunca se equivoca, y es lógico porque nunca se arriesga; él es muy disciplinado. Lo que nadie sabe es su tremendo temor a cometer un errorcito. Perder no está en sus cálculos. Por eso anota sólo los triunfos, aunque no hable de ellos; es tan bueno ser modesto y que lo alaben a uno por eso.

La agudeza de René se ha hecho proverbial en la empresa. No hay quien escape a sus preguntas: ¿no tienes una solución mejor?, ¿es conveniente para la economía?, ¿qué fines persigues?, ¿cuál es tu tesis?

El resultado es muy elegante, por las palabras, aunque los hechos no se correspondan. Pero a esa altura del problema, Rivalta no es culpable. ¿Acaso él no dejó entrever la duda salvadora? Todo eso le ha valido para que muchos le califiquen de inteligente y talentoso.

Pero algunos empiezan a descubrirle la deshumanización y la casual oportunidad de sus cálculos. Rivalta se ha dado cuenta y teme que al final se enteren de que él es un personaje de novela. Para temblar, se mete en el baño de los obreros, y llora, rodeado del olor, penetrante y real.

El dilema de quedarse en la realidad o vivir eternamente en la novela lo tiene aterrado. Le gustaría permanecer en la vida, y sopesa constantemente los puntos a favor y en contra. Suda temeroso.

Por todo lo anterior, para quien no conozca la historia, he aquí un condensado de la novela **El conflicto**...:

> René estaba seco por dentro, como un arroyo que una vez fue cantarino. Ya no tenía ilusiones amorosas. No podía amar con todo el ardor de su noble corazón. Padecía callado por aquella desalmada que lo rechazó inmisericorde, cambiándolo por su mejor amigo. Ya no creía en ninguna mujer y tampoco conservaba la amistad de hombre alguno. Solamente dejaba entrar en su manso corazón lo que podía apreciar con sus ojos grises y palpaba con sus hermosas manos de dedos largos y bien formados. En ocasiones, ni así creía. Estando en ese conflicto sentimental, que se aderezaba con su desgraciada situación económica, vio la primera vez a la hija del dueño de una fábrica dedicada a construir maquinarias agrícolas. El estaba sin trabajo frente a la fábrica y ella vino, casualmente, a invitar al papá a un tea party en la piscina de los Monserrate-Carinni. René Rivalta, sin un centavo en los bolsillos, permanecía sonriendo en la fila de los desempleados. Después de cuatro horas de paciente espera, Rivalta salió de la uniforme fila de hombres silenciosos y educados, y se dirigió a otro de los desempleados para regalarle un cigarrillo de su paquete. En eso, el lindo auto de Isabel Montenegro vino rodando y casi atropelló a Rivalta. La joven descendió solícita y ofreció disculpas. El expresó con voz fuerte y rabia contenida que ella debía conducir con más cuidado, dio su espalda y murmuró entre los noventa y siete obreros: "Estas señoritas ricas golpean a uno de nosotros y después nadie nos

devuelve la salud". A la grácil y bella joven le disgustó la forma poco cortés de Rivalta, aunque admiró su porte y ese orgullo correcto de quien sabe darse su lugar. En el tea party pensaba en él y no comprendía cómo cada vez que intentaba alejar de su memoria la figura alta y elegante, bajo burdos tejidos, aquélla volvía con más fuerza. Pasaron nueve días, Isabelita lo olvidó y, cuando fue otra vez a la fábrica, casi lo atropelló en la misma entrada. El había bajado de su motocicleta, comprada con el dinero de los días inciertos, y se encaminaba al interior de la empresa. Los dos jóvenes rieron de la casualidad. René le contó que trabajaba para el papá millonario de la muchacha y ella se enteró más tarde que él había hecho varios inventos y cambios dentro de la fábrica. Alejandro Montenegro sentía un gran aprecio por ese eficiente trabajador, le consultaba problemas de difícil solución y él siempre los resolvía. Una noche el empresario Montenegro tocó a las puertas del modesto apartamento de Rivalta, quien abrió envuelto en una hermosa bata de baño azul turquesa, y se asombró por la presencia del millonario. Lo invitó a una cerveza helada o a un whisky sin hielo. El anciano negó el ofrecimiento. Venía a hablar muy seriamente con él: "Necesito un hombre honrado e inteligente como usted que me ayude en los negocios. Yo no tengo hijos, sólo me queda Isabel. La madre murió en el parto del otro vástago, que también falleció". Y una sombra cruzó la despejada frente del infeliz multimillonario. Pero René Rivalta era un ser humano de tan gran corazón, que no titubeó y a la mañana siguiente se desempeñaba en la dirección de la empresa. Así pudo invitar a Isabel al cine. Allí le dejó entrever a ella su agudeza para criticar los filmes, le habló de poesía, de libros de amor y de ciencia... Isabel lo admiró mucho al principio y, cuando terminaron amándose dos horas y media después en la propia habitación de la muchacha, ella advirtió que viviría eternamente para este hombre. Mas él comprendió sus diferencias sociales; él sabía darse su lugar. A la mañana siguiente ella fue a buscarlo a la empresa y se enteró de que no había ido a trabajar. Pensó aterrada que estaba enfermo, corrió al apartamento y la ama de llaves dijo que él se había marchado hacia el puerto. "Va de viaje a un país lejano", susurró la señora y agregó que llevaba roto su corazón porque una bella y joven rica lo amaba y él

carecía de medios suficientes para asegurarle su futuro. Pero Isabelita Montenegro persistió, porque sólo los amores puros son capaces de enfrentar los más difíciles y peligrosos obstáculos. Además, René Rivalta no la conocía, no sabía de su fuerza interior. Ella voló en el auto, arribó al puerto y se lanzó de su descapotable color beige con motor de seis cilindros y doble fuerza delante y detrás. La muchacha ascendió por la escalerilla, en medio del vaivén de la nave en el agua. En el navío le dijo al capitán que allí iba un polizonte. Todos los marineros se armaron de patas de cabra y registraron cuanto agujero había en el barco. En minutos encontraron a Rivalta dentro de un cajón fuertemente claveteado por fuera, donde el mismo René había escrito con mano apurada una dirección en Calcuta. Ella lloró lagrimas ardientes delante del hombre, ahora de pie, desentumeciéndose, mientras explicaba que quería irse lejos a pasar trabajo y volver rico por su cuenta. El capitán del navío conversó aparte con él durante siete minutos y volvieron abrazados, riendo, con una botella del más fino brandy en las manos y dos copas a medio beber. "Lo ha convencido, dios mío", se dijo Isabel queriendo saltar alegre, pero la buena eduación le impedía exteriorizar sentimientos de cualquier naturaleza. Rivalta confesó que la amaba como a nadie en el mundo y que, por la felicidad de la muchacha, se sacrificaría dirigiendo la empresa de Alejandro Montenegro, viajando a donde debiera viajar, viviendo como exigieran las circunstancias. "No llores más", susurró quedo la voz varonil, al tiempo que tomaba la carita rosada entre las cálidas palmas de las manos masculinas. Pero en el fondo él no comprendía, pues en realidad la frágil Isabel Montenegro derramaba lágrimas de dicha. En el barco se desposaron, el capitán sirvió de juez de paz y allí mismo continuaron hacia Hawai de luna de miel. En el viaje, René le recordó a ella que él era pobre. Isabelita entendió eso y dijo que sí. Al volver de los cuatro románticos meses, el papá de ella les regaló otro auto del último modelo y una pequeña mansión en las afueras de la ciudad para que él, si lo deseaba, pagara con el fruto de su trabajo y el sudor de su frente. Los niños no tardaron en llegar y fueron muy felices.

Mileydi largó verdaderos ríos de lágrimas después de leer la novela las

primeras sesenta y nueve veces. Le parecía incomprensible la terquedad de René y eso la molestaba, pero no deseaba profundizar en la sicología del personaje. Unicamente leía el drama, hasta que, enamorada de Rivalta, sintió celos de la otra. Por eso simplemente lo imagina ahora fuera de la novela, sin que tenga relación con la hija del millonario o "seco por dentro", para un día demostrarle que sólo con amor se puede triunfar en la vida, sin la ayuda de ningún millonario.

Mileydi piensa de esa manera porque su existencia no se parece a la de ninguno de los personajes. Ella sí tropieza con dificultades. Cada mañana, después de abrir el libro y realizar a René, se va al tecnológico de la salud, donde estudia para técnico de nivel medio en estomatología. Allí a veces sufre la angustia de una descalificación, o recibe felicitaciones por un sobresaliente.

Una tarde sale tristísima de la escuela; ha desaprobado un examen importante. Apenas había estudiado por leer una y otra vez **El conflicto de Rivalta**. Toda la noche anterior se la pasó delante de las libretas, con la intención de meterse en la cabeza los conocimientos, pero no podía evitar que su imaginación volara entre pulóveres y pantalones de última moda para que René se viera más apuesto, lo que complacía a éste tremendamente. Ahora obtiene el resultado de anoche. En eso piensa, cuando ve a Rivalta venir en su auto, con el pulóver que le hace juego con sus ojos grises. Pasa sin mirar a Mileydi y ella se echa a llorar.

De pronto, un joven en bicicleta se detiene a su lado y le pregunta:

¿Cómo es posible que llore así una mujer tan linda?

A Mileydi la pena le agacha la cabeza y entra en su casa sin levantarla. Al otro día cree ver al mismo muchacho sentado en el parque. Sí, él le cae atrás mientras ella va hacia la escuela. Y de ahí en adelante hace lo mismo todos los días. Ella mira de reojo la engrasada ropa de trabajo masculina y la bicicleta, y se pregunta: "¿Qué se habrá creído este?" Casi un año dura la persecusión. Hay ocasiones en que ella desea detenerlo y decirle que ese hombre alto, como galán de cine, Rivalta, el del auto, es su novio, y que se va a casar con ella. El orgullo pueril impide a Mileydi ver las virtudes del muchacho. Es que en las comparaciones, René Rivalta sale ganando como en la novela.

Al lado de Mileydi va Luis hablando. Le cuenta todo lo que ocurre en su

trabajo, hace chistes graciosísimos que hasta él mismo ríe, mientras ella permanece fría, distante. Sólo los sábados y los domingos Luis no aparece. Mileydi siente alivio, pero a la vez lo extraña. El muchacho percibe la sutileza del cambio en Mileydi y en cada abordaje le cuenta más de su vida. Es tornero y por las noches estudia para ingeniero. Es huérfano de padre desde muy pequeño, tiene dos hermanos más jóvenes que él, y la mamá pasó mucho trabajo para criarlos porque era el hombre y la mujer en la casa. Dice que le gustan mucho los niños. Hay tal sinceridad en sus palabras que Mileydi se estremece y, a pesar suyo, aunque no le contesta, reconoce que el muchacho es bueno. No puede ser de otra manera alguien que mira limpio.

El asedio tenaz da sus frutos el día que Mileydi hace la comparación con Rivalta, y llega a la conclusión de que Luis posee virtudes que el otro no tiene.

La temprana mañana del "sí" él le entrega una rosa húmeda de rocío. Las mejillas de Mileydi también están húmedas. Esconde la cara en el hombro del muchacho, que la abraza con temblorosa ternura. Permanecen muy callados.

Después, a solas en su cuarto, con la novela en las manos, Mileydi sufre de verdad. Piensa que traiciona a René y le miente a Luis. Todo es muy confuso. Rivalta es tan apuesto y elegante. Y Luis, seguramente, va a sentirse herido si se entera de que ella está enamorada de otro. Mileydi percibe el alcance de su propia maldad, es indigna de que Luis la ame. Pero, a ver, René no la mira siquiera; pasa arrogante y frío por su lado, como si ella fuera Isabelita Montenegro, al principio de la novela, cuando él no tenía trabajo en la fábrica del millonario. Y Luis es tan noble, y le acaricia el pelo con tanta ternura, y la besa. Rivalta nunca la besó. Pero Luis le hace saltar el corazón y los sentidos cuando la besa. Mileydi está muy confundida.

Aun cuando Mileydi es novia de Luis, sigue viendo a René Rivalta todas las mañanas, porque lo primero que hace es abrir la novela y leer un poquito. Cada vez le duele menos que él ni la mire. El amor de fantasía se desmorona. Y es que Luis viene a su encuentro también cada mañana. Ella lo ve fuerte, casi rudo en sus gestos, con ese pelo negro y los ojos que miran con deseos y amor, que al fin decide: Luis es la realidad, lo verdadero.

René comienza a inquietarse. Le preocupa la dejadez de la muchacha. Dos días seguidos faltó al trabajo porque ella no abrió la novela. Y eso que él vive bastante por su cuenta, hasta ha tenido mujeres a espaldas de Mileydi.

Claro, él no las busca: ellas solitas caen en sus redes, o en sus brazos, para decirlo mejor. Por lo menos eso cuenta a quien quiera oírlo. El se deja amar. Es más cómodo y económico en todos los sentidos, casi como en el trabajo.

Los temores de René crecen al escuchar a Mileydi decir que va a quemar la novela. Luis le dice que debe ser tonta para leer novelitas de esas, y ella no lo es. Rivalta va tembloroso de la página once a la doce. Medita acerca de cómo solucionar el problema, pero no se le ocurre nada. Avanza hasta el FIN y regresa sin encontrar arreglo alguno. Quisiera quedarse en la realidad, con imprevistos y todo, porque se aburre en la novelita. Pero duda. En las páginas está lo conocido, el éxito. Desde ayer no duerme pensando que Mileydi le prenderá fuego a las hojas amarillentas, y masculla que la culpa la tiene ese tornero infeliz que la enamoró.

La muchacha amanece un domingo con la novelita firmemente sostenida en una mano. En la otra lleva una caja de fósforos, mientras Rivalta suda copiosamente bajo el sol del patio. Ella camina hacia el latón de la basura allá atrás. Todavía René se jacta de que esta criatura no será capaz de quemarlo, es tan bobita... En eso llega Luis. La sombra del muchacho alivia momentáneamente el calor sentido por Rivalta, pero lo aplasta. Por eso piensa escapar a la realidad. Cargará con el triunfo, la mansión y todo lo que pueda. Se le enfría la sangre en las venas al escuchar a Luis decir a la joven:

"De estos personajes que se creen reales existen muchos. Conozco a uno que hablaba estupideces de ti. El me impulsó a conocerte a pesar de todo. Siempre me pareció un gallo de patio, jactancioso. En la empresa unos lo creen inteligente, pero otros resuelven los líos que él va dejando atrás. Es un jefe de mentiritas, no le pone el pecho a las cosas si no le reportan beneficios. Tremendas discusiones que tuve con él. Ya ves, hace tres días que no aparece por el taller. Dicen que a lo mejor desaparece del mapa".

A René el sudor le corre copioso. Cuánto desearía tomarse un whisky con hielo. No tiene tiempo. Mileydi echa la novela dentro del latón de la basura. El golpetazo en el fondo hace que Rivalta se tambalee. Pero todavía abriga la esperanza de que Mileydi no quemará la historia de su exitosa vida. Allá abajo, pequeñísimo, mira aterrado como ella enciende el fósforo y, casi con placer, prende fuego a las páginas. Todo comienza a arder: la mansión con sus cortinas blancas, el auto descapotable, hierve el agua de la piscina, la ropa

se le vuelve cenizas encima. Lo último que ve René Rivalta es a un hombre que besa a una mujer. Ella le dice en un suspiro: Sí, mi amor, la gente tiene que ganarse la vida.

La Habana, 1987

CONSEJOS MADUROS PARA VIEJOS VERDES

¡No repliques, que soy tu padre! ¿O piensas que por el libertinaje de la juventud actual puedes hacer lo que te venga en ganas? ¡No olvides que sigo fuerte para conducirte por el buen camino! ¿Qué hubiera sido de tí si te dejo en este mundo miserable haciendo lo mismo que los demás? ¡No hables, baja ese dedo! Te hubieras casado con una libertina y estarías lleno de muchachos, divorciado, gastando dinero en manutención para inocentes que no pidieron venir al mundo. Por eso debes agradecerme lo que he hecho por ti al liberarte de todo mal. El mundo de hoy no es el de ayer, y ya en el de ayer había maldad. Qué decir entonces de lo que ocurre hoy, porque con los años la maldad viene en aumento. Por eso no te permití juntamentos de ningún tipo, ni salidas innecesarias a la calle. Así he mantenido en ti un hombre que por desconocer la maldad, tampoco la padece. Todo lo sacrifiqué por ti, dejé por ejemplo de frecuentar hace mucho esos lugares que tu madre denomina equivocadamente de perdición, cuando en realidad son la escuela de la vida y en los que aprendí que la verdadera maldición de los hombres son las mujeres. Y como he penetrado a fondo a muchas de ellas pues impedí a tiempo con la sabiduría obtenida que ninguna te contamine. Por eso y gracias a mí nada malo llevas en las entrañas. El veneno de las mujeres también entra en los hombres por los oídos, porque todas son culpables de enredos a causa de sus palabras livianas. ¿A cuántas no conocí antes y después de tu nacimiento? ¿Cuántas no pudiera yo señalar con enhiesto dedo acusatorio como causantes de las enfermedades que contrajo tu madre? Pero, hijo, tú eres distinto de esa gente retorcida que anda por el mundo. Por eso permito que convivas con nosotros y nos entregues, bondadosamente, cada mes, tu sueldo íntegro para devolvernos de alguna manera la vida que te dimos. Mis sacrificios se ven hoy dignamente recompensados y tienes que agradecérmelo sin replicar, como mismo hace tu madre, quien ya no se queja y acepta mis consejos sin una palabra en contra. Además, tú ya no estás para esas ligerezas, se reirían de ti..., y creo que sabes de qué hablo, ¿no? ¡No repliques, no me vengas ahora con que una mujerzuela se ha fijado en ti! ¿La conoces, te acostaste arriba de ella? Sé muy bien que no, en un día de terquedad no se olvidan los castigos de una vida entera. No digas que es buena y de su casa. ¿Qué mujer de hoy en día no es de la calle? Por suerte, no estaré vivo para sufrir lo que te pueda ocurrir. Todas quieren hacer

un guiñapo de los hombres, que les suelten el dinero y sanseacabó. Además, es muy joven para ti. Busca a alguien que comparta tus angustias y comprenda tu situación. Debe ser virgen -aunque hoy en día es sumamente difícil- para que jamás te haya faltado al respeto. Ahora dices que esa mujer te mira mucho y no sabes qué hacer. ¡Lo que debes hacer es alejarte de ella! ¡El verdadero hombre busca a la mujer y no al revés! Tienes que encontrar una que no sea devota de ningún dios y ese lugar lo ocupes tú en su corazón, que las fuerzas de su organismo sean mínimas para dominarla en la vida matrimonial. El mejor ejemplo de cuanto digo es lo que ocurre entre tu madre y yo: ¡todavía a mis años hago algo antes de orinar! Pero me pregunto qué ocurrirá contigo si no sabes todavía en qué dirección has de trabajar... Escúchame, hijo mío, deja a un lado esos furiosos deseos por el contacto directo y sigue echándote agua bien fría cuando no puedas más, que la desenfrenada práctica sexual es para personas envilecidas. Y lo primero, como es lógico, entrena tú solo. Ahora sí puedes hacer lo que te prohibí hace cincuenta años. Y ríete de quienes no te vieron con una mujer, pues tú mejor que nadie has sabido guardar la pureza virginal para quien la merezca. Ese día gozarás como no imaginas.

La Habana, 1983

EL CAMINO DEL INFIERNO

Lucía se estremeció de la raíz de los cabellos ya canosos a las uñas de los pies sin pintar desde hacía años. No se volvió. Ella lo sabía. Y siguió colando su café en el viejo colador manchado. José había aparecido a sus espaldas hecho un estropajo. La anterior borrachera del hombre, la de ayer sin ir muy lejos, depositó en su corazón suficiente amargura como para gritar que no lo soportaba más.

¡El día menos pensado, carajo, te vas a morir más solo que un espantapájaros!, dijo con voz de relámpago y pensando en la maleta casi lista.

José sonrió bonachonamente y replicó sin replicar:

Nadie se muere acompañado, Lucy de mi alma, observó tierno.

Recostó entonces un taburete al horcón más cercano del portalito trasero de la casa. Y desde allí dijo que había contado a los compañeros de trabajo, mientras brindaban por la amistad eterna, que su esposa colaba café en un colador de tela ya manchado y eso no podía continuar.

Le compraré hoy mismo una cafetera de las modernas, afirmó José a Lucía que había dicho a los amigos. Se los juró por lo que él más quería, que era ella misma. Pero la mala suerte persigue a este buen marido, porque cuando se metió la mano en el bolsillo vió que no tenía dinero.

En esta parte del cuento José se paró tambaleante, el taburete perdió equilibrio y vino a dar contra el suelo, mas él ponía los cuatro bolsillos al revés.

Ya ves, Lucy de mi alma, que no me quedó ni un centavo para comprar esa cafetera. La gente es muy mala; quién sabe si me robaron, expresó meditabundo. Aún así, en el fondo de su conciencia, José no concebía malo a nadie porque para eso se necesitaba mirar mal, en cierta medida, y él era un pedazo de carne con ojos.

Dióse vuelta para recoger el taburete caído y por poco cae él también. Recostó de nuevo el asiento al horcón, aposentó las nalgas y la espalda y meditó acerca de la vida, de los absurdos que se ven a diario.

Vea usted mismo, dijo para sí aunque seguía hablando en alta voz, ahí en el techo se ha abierto un agujero y cuando llueve el agua arrastra la palangana. Mañana domingo lo tapo.

Recordó que otras tantas veces había tenido iguales intenciones, pero es

difícil planificar, amigo mío. Sin embargo, seguía planificando. Por ejemplo, rememoró los paseítos delante de la heladería, goloseando ese chocolate con almendra que tanto le gusta a Lucía, mas por falta de tiempo él no había podido comprar. ¡Cómo hubiera deseado agarrar una tina completa y llegar a la casa exclamando: "¡Aquí tienes, Lucy de mi alma!"

El taburete cedió terreno bajo las nalgas flacas de José pero él no dejó de mirar el cuerpo algo marchito de la mujer, quien había terminado con el viejo colador, bebió un poco de café y ya fregaba otro caldero sin escuchar al marido. Él dijo a ella con alegría en la voz:

Hoy por la tardecita voy a arreglar el cercado, tú verás lo lindo que va a quedar. Y después plantaremos rosas, adelfas y jazmines y cuando florezcan estará todo de lo más perfumado y se verá lo felices que vivimos aquí...

Lucía no pudo aguantarse más. Y con ojos llameantes apretó los puños para andar sobre puras brasas de carbón hasta pararse ante José con las manos atadas por el delantal y evitarse así romperle la cabeza, sacarle un ojo, retorcerle el pescuezo...

¡¡Eso mismo lo dijiste ayer, coño, lo dijiste la semana pasada, lo dijiste el mes pasado, lo dijiste el año pasado...!! ¡¡Hace diez años que lo estás diciendo, coño!! ¡¡¿Y sabes por qué no tenemos flores, ni aire perfumado, ni somos felices aquí...?!! José miró a Lucía sin comprender el estallido. ¡Pues porque, carajo, te la pasas todo el tiempo planificando el futuro! ¡Hace años que planificas y planificas y planificas...!

Ay Lucy de mi alma, lo nuestro es la lucha eterna.

¡¡¿Luchar, eh?!! ¡¡Lo dices fácil, carajo, pero soy yo la que cocina, la que cada día tiene que enfrentarse al caldero vacío y la que tiene que romperse la cabeza a ver cómo lo llena...!! ¡¡Tú hablas y hablas!! ¡¡Lo tuyo es luchar y lo demás es mierda!!

Mas, qué equivocada estaba Lucía, qué poco conocía ella a su José, tan bueno como era él, tan lleno de nobles intenciones, siempre acordándose de la esposa, de sus gustos, de la casa, de querer embellecerla...

“Si existe un infierno, Lucía irá a parar allí”, concluyó dolorosamente el hombre. Meditó sobre la complejidad de la vida: ¿por qué, por ejemplo, ella no era de otra manera y así lo acompañaría a él hacia el Cielo cuando fallecieran juntos. Porque en una pareja que se quiere de veras como era el

caso de ellos dos los dos parten sin diferencia temporal, es la verdad. Y así vivirían en el Paraíso y cantarían eternamente entre animales de cuya fiereza ya nadie se acuerda, tomarían frutos con sólo estirar la mano...?

José suspiró y se miró de los pies a la cabeza estando sentado en el taburete:

"Yo soy una buena persona en toda la extensión de la palabra", pensó de sí mismo como lo hubiera hecho de otro cualquiera. El mejor ejemplo es lo que hizo ayer, que pasó el día entero ideando ese locero-escurridor que tanto le pide Lucía para escurrir los platos. Y su intención principal desde que hoy se levantó, tempranito en la mañana, fue serruchar la madera y armar el mueble. Haría un modelo hermoso y práctico. No necesitaba ni dibujarlo porque lo tenía ante sus mismos ojos. Todo calculado. Mas, de repente recordó que había olvidado traer los ocho metros de cedro comprados por Lucía. Estaban todavía en el aserradero. Por ese noble motivo debió salir a la calle. Iba con las correctas medidas dando vueltas en su cabeza: tendría cuatro pisos, con ranuras en los soportes de los dos pisos inferiores para colocar platos grandes, medianos y chicos, así como las fuentes de ensalada, mientras los pisos superiores servirían para los pomos de azúcar, sal, pimienta, orégano, café..., cuando el sueño hermoso se le disolvió al doblar en la misma esquina. Y todo porque allí estaba la bodega, donde tropezó con esos admirables compañeros de trabajo y la buena intención del locero se quedó para mañana domingo. Pero que a Lucía no le cupiera la menor duda, pues él cumpliría. Palabra de José.

Si tuviera la madera aquí lo hacía ahora mismo, pero ya tú ves, dijo él, sereno, sobre el taburete recostado al horcón.

Ella, de espaldas al marido y con las manos entre la espuma, maldecía los antepasados de José, ¡¡porque, coño, tuvieron los huevos de plomo como tú!!, dijo entre dientes.

El taburete corrió leve en el piso, bajo las nalgas flacas del hombre y él no lo detuvo, "que se acomode el pobrecito". Una vez más se acordó de la matica de rosas que pediría a la vieja Domitila para plantarla en el jardín de la casa y alegrar el ambiente. Mas, qué le estaba pasando a la gente de los últimos tiempos, olvidaban sus promesas o qué. Domitila apenas permanecía en el hogar y él no podía arrancar un gajo de rosas sin su permiso. Este buen

hombre no quería tener nada robado. Debía pedir a Domitila la planta como hace todo el mundo. Así mismo le había ocurrido en su mediana juventud, caramba, cuando Lucía deseó un hijo y él no pudo dárselo. "¿O no sería que ella no pudo tenerlo?", se preguntó José por millonésima vez porque en bondad y comprensión nadie podría igualarlo. Y lo de hacer un niño también entraba en la regla de la virtud del magnífico varón que era él.

"Seguro que por mí no se queda ella sin su muchacho, nada de eso", sentenció el bonachón de José. Mas no iba él a robarse un niño por ahí para que Lucía tuviera un hijo que ninguno de los dos había hecho y que luego serían dolores de cabeza.

Bajo las escuálidas nalgas de José el taburete emitió un quejido, resbaló definitivamente, tiró al buen hombre contra el horcón y le rajó la cabeza como pudiera hacerlo a un melón. Ahí mismo cerró los ojos, dio un último suspiro y, antes de que su alma tomara el camino trazado, pensó que en cuanto se repusiera iba a dar una manito de pintura a la casa para quedar bien con su conciencia, porque ése había sido uno de sus más intensos deseos en los últimos veinte años.

Con ese pensamiento el alma de José se estiró lenta, invisible, medio borracha todavía, y comenzó a ser succionada por ondas extraterrenales que, en vez de elevarlo al Paraíso, lo condujeron al Infierno. No comprendía el bonachón de José que para subir al Cielo debía antes bajar a las grutas llameantes de la Tierra. Pero pocas preguntas se hacía él. Confiaba ahora, como siempre había confiado en todos.

El calor insoportable lo fue invadiendo. No sudaba porque un alma de su constitución física apenas si transpira estando viva, así que mucho menos muerta. Y seguía bajando, bajando, bajando...

¡Pero, caramba, si iba a pie por un extenso camino de piedras preciosas! Pisaba lo más hermoso que alguien pueda imaginar: toda la gama de colores estaba allí, en el camino aquél.

Fue adaptando sus ojos a la luminosidad y se dio cuenta de que las piedras eran grandes y pequeñas, y poseían inscripciones como en las lápidas de los cementerios.

José dejó de avanzar tambaleante, se agachó un momento y quedó anonadado:

11:31 a.m. Día 23 de mayo de 1984 Regalar a Lucy una tina de chocolate. José

Esa misma inscripción se repetía interminable en rocas parecidas; transparentes y oscuras, a través de las cuales se filtraban las llamas de las calderas infernales.

3:03 p.m. Día 7 de abril de 1975. Barrer el patio, arreglar el cercado. José

Esto aparecía en piedras más grandes que las anteriores, de color crema, también iridiscente.

Buscó entonces donde estuviera lo de la cafetera, pero no la encontró. Pensó que había algún atraso en la confección de los letreros, o quizás alguien desviaba para su propiedad particular las piedras que debían de ser preciosas. Al lado de los adoquines, que eran cuadrados o redondos e incluso puntiagudos, estaban los letreros de sus amigos, vecinos y familiares y también de muchas otras personas que él no conocía.

No encontraba el letrero correspondiente a la cafetera, pero cuánta riqueza había albergado su corazón: él era quien tenía más inscripciones. A lo largo de cientos y cientos de metros estaba su nombre escrito en millones de piedras de los más vistosos colores.

José iba de asombro en asombro. Qué alegría por ejemplo le dio tropezar con una enorme mole rocosa, que prácticamente tenía luz propia. Era la más bella por su forma y colorido, de la que cualquiera podía sentirse orgulloso. Era la mejor intención del hombre:

11:58 p.m. Día 14 de enero de 1963 Hacerle un hijo a Lucy. José

Quedó lelo ante aquella obra de arte, era el fruto de sus desvelos, de las preocupaciones masculinas desconocidas por Lucía.

De repente, José vio al final del camino una figura terrífica, recortada a contra luz, de cola puntiaguda y cuernos encima de los ojos rojísimos, que gritó espeluznante:

¡Apúrate, idiota, avanza hacia la caldera de aceite hirviendo que te tengo preparada y no te entretengas más con tus buenas intenciones, que mira como me has llenado esto de piedras.

La Habana, 1988

EL GALLO SENSATO

Todo hombre lleva en su pecho un gallo; las mujeres, una gallina. Esto puede demostrarse con la agotadora vida sexual de Juan Alfonso Amor, desaparecido recientemente sin que se tengan noticias de su paradero. La causa de su pérdida venía caminando desde muchos años atrás.

Juan Alfonso era un tipo simpático, de ojos grandes, espaldas anchas, cuerpo atlético, alegre, rumboso... Pero, curiosamente, él no daba importancia a nada de eso. Basaba sus conquistas en la preciosura con que trabajaba el idioma, en las sutiles miradas que lanzaba a derecha e izquierda para localizar una falda cubriendo par de piernas. Jamás miraba hacia arriba, le bastaba que usara zapatos femeninos y algunas veces ni eso. Poco le importaba que fuera bruta o inteligente, blanca o negra... Cuando montaba en los ómnibus urbanos oteaba el reducido horizonte sobre ruedas y donde veía un posible romance allá iba incisivo. Comenzaba con la más ingenua sonrisa y terminaba haciendo reír a la señalada de turno, a la que entregaba un papelito con los teléfonos de la casa y el trabajo. ¡Cuántas veces no llegó tarde a la oficina por pasarse de parada! ¡Cuántas veces no escapó milagrosamente de que un marido celoso lo partiera en dos al saltar tapias, balcones, rejas, zanjas... desnudo o semidesnudo, para correr en noches de luna llena o sin ella a través de patios o calles, y concluir riendo, nervioso, detrás de un arbusto.

Diariamente sacaba la "Agenda del Amor", como había escrito en las tapas de hule, para hojearla malicioso al ver el nombre de Carmen Luisa (Víbora) y recordar la noche de los perros, que le cayeron atrás y por poco le desguazan las nalgas; gozaba al leer el nombre de Margarita (Lawton), por la vez que la pared derruida cayó a causa de la presión de los cuerpos y se vieron dentro de un tanque de miel de caña; veía el teléfono y la dirección de Susana, y rememoraba la noche oscura en que, entusiasmados, se persiguieron a través de los yerbazales, totalmente desnudos, perdieron las ropas y debieron dar la vuelta a un pueblo de provincia, hasta llegar a la casa de un amigo en la periferia del pueblo y pedirle prestada cualquier cosa para vestirse. La larga lista de nombres, que llenaba unas treinta páginas de la agenda, le evocaba a Juan Alfonso las más sensacionales y apasionadas anécdotas. Las revivía solo o con los amigos en medio de tragos y risas.

Bien al fondo de la casa de su hermana, Juan poseía un cuartico en el que

vivía. Y desde la ventana él veía un inmenso patio en el que había más de ochenta gallinas, ningún pollo y un experimentado gallo de cresta rojísima, espuelas agudas y sonoro canto. Era un animal alardoso, sobre todo cuando a las seis de la mañana lanzaba un relampagueante ¡quiquiriquí!, y bajaba trémulo del palo, hinchado el pecho tornasolado y mirando por encima de las alas a las gallinas a su alrededor. Ellas casi le pedían los favores amorosos y él se daba su lugar; picoteaba el suelo un rato, bebía agua y sólo entonces realizaba la primera sesión productiva del día. Algunas jornadas apenas montaba seis o siete gallinas. El resultado en huevos era un desastre y el viejo Gerardo, que sabía muchísimo de esas cosas, comentó una tarde con su mujer:

Uno de estos días se la voy a arrancar a este vago.

El gallo se lo quedó mirando un instante y corrió a cubrir esa vez cuarenta y tres gallinas. Pero no podía aguantar la mecha, tenía que buscarle una salida al problema. En realidad, Gerardo desconocía los verdaderos sentimientos del gallo, que era distinto de los demás. El ave saltaba a un poste que daba prácticamente a la ventana del cuarto de Juan Alfonso y, muy temprano, de fondillo a aquélla, convocaba a sus gallinas para la faena diaria.

El tremendo ¡¡quiquiriquí!! se le metía a Juan Alfonso por cada oído y él, automáticamente, abría la ventana. Admiraba al cantante plumado. Lejos de sentir odio hacia el ave por tirarle en cara su fiereza de dueño de patio, se le hacía simpático.

Cabronazo, le decía Juan Alfonso acodado a la ventana, vives sin sudar, sin preocupaciones. Tienes más gallinas en cincuenta metros cuadrados que yo en toda la ciudad.

El gallo giraba la cabeza, miraba a Juan Alfonso, entonaba otro potente ¡¡quiquiriquí!! y volaba hacia el patio para observar satisfecho que algunas gallinas ponedoras salían de los nidos cacareando como si hubieran hecho una gran hazaña aunque en verdad se alejaran exclamando en lenguaje gallináceo: ¡Ay cómo me duele, ay cómo me duele! Así andaba el tiempo.

Hasta que una mañana el gallo esperó por Juan. Él ave pretendía algo y Juan desconocía la consecuencias. Voló hacia una pescuezipelada, le dio vueltas con el ala estirada, rozando el suelo, y la cubrió. La gallina corrió erizada, satisfecha, contentísima. Montó en otra blanquinegra, y apenas había bajado ya estaba sobre una rojiza, y después otra, y otra, y otra... Así perdió la

cuenta.

Juan Alfonso miraba maravillado el quehacer del animalito, pero no imaginaba que la espectacular función era dedicada especialmente a él. Y cuando el humano admirador abandonó la ventana, el gallo corrió a esconderse tembloroso desde las espuelas al pico y recostado a las viejas tablas de la cerca pensando que el amor propio tiene sus límites.

La última vez que vieron a Juan Alfonso Amor había salido perfumado de la casa, con intenciones de hacer lo mismo que su colega el gallo. Tuvo sin embargo algunos tropiezos antes de ejecutar el plan personal: cumplir con el horario laboral, pensar en terminos matemáticos, en planes productivos, en reuniones inacabables... Cansadísimo, marcó la tarjeta para su salida y al poner los tacones de sus botas en la calle, la energía vivificante volvió a su cuerpo.

Con la "Agenda del Amor" en las manos, telefoneó a siete mujeres y quedó en verse con dos a la misma hora. No fue una locura, qué va; normalmente se citaba con varias y sólo acudía al encuentro de una. Le daba tremendo resultado, porque muchas quedaban intrigadas-irritadas y en la segunda vuelta venían mansitas.

Mas, ahora, cuando avanzaba hacia el contacto de la elegida, pensó que la vida amorosa se le estaba convirtiendo en una tortura: usar teléfonos, ir al encuentro de la elegida, meterse en un hotel, gastar dinero, llegar de madrugada a la casa, levantarse temprano ese mismo día y arrancar hacia el trabajo, comenzando de esa manera el ciclo del cansancio al amor. Y se arrepintió, quiso ser un gallo, el mismo que lograba en el patio por lo que él vivía sin que trabajara tanto.

A la mañana siguiente, exactamente a las 6: a.m. del 28 de diciembre de 1987, Juan escuchó a la plumada perfección del amor y se levantó a contemplarlo, a decirle:

Dichoso tú que tienes la espuela lista para caer allá abajo.

El animalito se lo quedó mirando con el ojo izquierdo, redondo y rojo, y cantó para Juan un quiquiriquí suave, matizado esta vez de dobles intenciones, insinuador de simpatías mutuas. Juan Alfonso Amor veía sobre el poste un ave plumada y la creía incapaz de pensar, de tener sentimientos; estaba convencido de que al bicho nada le dolía. Pero no se daba cuenta de que aquel gallo era

diferente, con anhelos inconfesados de los cuales nadie tenía conocimiento: deseaba por ejemplo una sola gallina y tres o cuatro pollos que picotearan junto a él y no terminaran, siendo jóvenes todavía, convertidos en fricasé o sopas; o, antes, sobre un plato como huevos fritos o simplemente pasados por agua. El joven deconocía la angustia en que se debatía el gallo.

Si yo fuera un gallo, si yo fuera un gallo, si yo fuera un gallo...

El ave, mirando fijamente al admirador, pensaba:

Si yo pudiera disponer de mi espuela para entregarla eternamente a una sola ponedora.

A ese noble deseo el animal unía la acusación de Gerardo, que le había puesto la carne de gallina. Mas no podía ir contra sus sentimientos.

Yo no nací para este ajetreo, meditaba jadeante, recostado a las tablas.

Y resulta que ahora, frente a él, había un hombre que deseaba ocupar su lugar.

Juan Alfonso Amor y el gallo se miraron con intensidad, pensando cada uno en sus propósitos. La concentración de ambos fue de tal poder que el ave se tambaleó en el poste. Sintió la irradiación de una energía incontrolable que lo hizo sudar bestialmente, por lo que las plumas cayeron y le aumentó el peso corporal. Mientras Juan disminuía de peso por una causa similar, al tiempo que brillaba como un foco de un millón de watts; los pantalones se le rompían a la altura de los tobillos endurecidos y punzantes. Mas no prestaba atención a eso, sólo a que el gallo reducía sus espuelas y las uñas se le ponían pequeñas para convertirse, mediante el rapidísimo proceso, en dedos de persona, a la vez que el cuello bajaba hasta los hombros y del pico y la cresta, ya mínimos, brotaban cabellos negros. Entretanto, de las manos y brazos de Juan emergían iridiscentes plumas, y los labios se le agudizaban endurecidos, los ojos se le redondeaban y enrojecían, y en la frente le nacía una cresta que caía de lado.

Sobre el poste iba irguiéndose el gallo desplumado al que le surgían manos de las alas peladas..., hasta que hubo un hombre desnudo con todos los atributos de la naturaleza, al que aún le quedaban varias plumas brillantes encima de las nalgas... En el suelo, por debajo de la ventana y dentro del cuarto, había un gallo muerto de la risa, que gorjeaba, a medio vestir como un hombre.

El flamante gallo salió de la ropa, voló al marco de la ventana, observó

su ala izquierda, donde todavía se ajustaba el reloj pulsera mostrando las 6: 17 a.m. Miró al hombre parado, descalzo, en la punta del poste y pidió con un desgarrador quiquiriquí que le zafara el reloj del ala extendida. El hombre desnudo dio vueltas a su cabeza, observó las brillantes y combadas plumas al final de su columna vertebral, dio un doloroso tirón de ellas, perdió equilibrio, lo recuperó y saltó a la ventana.

Se miraron otra vez Juan Alfonso, hecho un gallo increíble, y el gallo convertido en un hombre sensato que zafó el reloj, buscó avergonzado la ropa en el suelo, se la puso y vio como el nuevo animal voló al poste, cantó violentamente ¡¡quiquiriquí!! ¡¡quiquiriquí!! ¡¡quiquiriquí!!, con lo que estremeció las hojas de la mata de plátanos en el patio e hizo venir corriendo a Gerardo, que se preguntó donde se había metido el viejo gallo y asombradísimo por la fenomenal velocidad con que las gallinas caían rendidas de amor bajo este otro animal impetuoso que no perdonaba a ninguna; prácticamente las ponía en fila. Pero Gerardo pasó de la satisfacción al análisis más profundo y sentenció a muerte rápida a este otro gallo desconocido, porque dijo a la mujer:

Se trepa en todas, en todas, pero en todas... Se ve que a ellas les gusta y estoy seguro de que en una semana serán unas drogadictas de ese nuevo gallo pero entonces ya no podrán más huevos porque el único interés de todas ellas van a ser los movimientos igual que en ese descarado.

Mientras eso ocurría, el flamante hombre había abierto temeroso la puerta del cuarto, descendido los dos escalones hasta el pasillo y perdíase raudo entre la gente en la calle pensando encontrar una mujer con quien tener dos hijos, ser feliz y no comer un solo huevo en toda su vida.

Mas, a una cuadra de distancia de la brutal metamorfosis, vio tres muchachas, quiso piropear una y no supo cuál escoger.

Las tres están muy bien, pensó.

La Habana, 1988

LA IMAGEN DE ESTHER

En los mustios ojos de Esther se ve el llanto de hace una hora. La razón de sus lágrimas empezó hace mucho: siempre le tiran en cara la culpa de la madre, quien no le dió belleza. El padre, tampoco. Hoy Esther se ve acosada por su propia fealdad, la siente como un dolor físico. Mas, el sufrimiento no le impide ser buena y padecer por cualquiera. Su premio es tener dos hijos educados e inteligentes y un marido que vive para ella. José descubrió en su mujer lo que pocos ven en los demás: las virtudes que no se aniquilan al pasar la juventud, el buen corazón hacia los otros... Mas, Esther siente mucho no ser atractiva y no por sí misma, sino para satisfacer los ojos y las manos del marido. Ella hiciera cualquier sacrificio con tal de colmar los apetitos de José, lo ha dicho. Lo malo es que le gusta autoflagelarse, usando para ello un flagelo algo especial. Se encierra en el baño, donde hay un espejo en el que se mira y reniega de sus padres. “¿Pero cómo mis hijos me salieron tan bonitos? ¿Qué me encuentra José?" Siente vergüenza ante las preguntas y le brotan más lágrimas para mirarse a través de ellas. La imagen deformada le hace llorar más aún, por lo que le sigue un temblor y la debilidad de siempre. Entonces se sienta en la tasa sanitaria a maldecir su existencia infeliz.

Esther pasa el tiempo en el baño, sola, concentrada en su angustia, cuando escucha el timbre de la puerta. Grita que esperen, se lava el rostro, recoge el cabello en una cola y va a ver. Dos hombres del servicio de expreso por carretera confirman nombre y dirección y le entregan una hoja para que firme. Después le dejan un paquete en la sala. Esther está sorprendida: no hay remitente, tampoco tiene la menor idea de qué pudiera haber en el alto rectángulo de cartón duro, precintado. Parece normal, sin embargo. Agradece la entrega a los hombres, los despide y decide esperar por el marido para que abra el “regalo”.

Al ir hacia la cocina, lee sobre el cartón la palabra ***FRÁGIL*** y aumenta su curiosidad.

-¿Por qué no lo abro? Me lo mandan a mí, en definitiva.

Rompe la cuerda que atraviesa el paquete, en cruz. Zafa una esquina de la precinta, hala el cartón y confirma que es contenido sólido. Se intriga más. Intenta desgarrar aquella coraza. Imposible. Va a la cocina y regresa con un cuchillo. Al cortar de arriba abajo, a lo largo del rectángulo recostado a la

pared, descubre contenta que se trata de un espejo tan alto como ella. “¿Para que me mire toda, no sólo la cara?” Y de la alegría pasa a la amargura por ese mecanismo de asociación, pues piensa en quién pudiera ser el malvado que se lo envió. Reflexiona en que debe de tratarse de alquien que la odia, mas no concibe semejante idea.

-¿Quién puede interesarse por mí para que me vea de cuerpo entero y compruebe una vez más que soy muy fea? -se dice amargada y lanzando el cuchillo contra el piso. Las gruesas lágrimas corren por sus mejillas.

El cartón está algo rajado y ella ve el espejo. Hay cualquier cosa rara en el cristal, ¿con luz propia?, como una ventana a otra sala igual a la de ella y alguien moviéndose allí... Se le fortalece la curiosidad y con más razón desea ver el “regalo” completo, que a redescubrirse la conocida fealdad. Pues no sin dolor tira al suelo la cubierta. Y ante ella, hermosa, feliz, atractiva, lasciva, hay otra Esther -o es ella misma- que la mira a los ojos de ella misma. Sólo que los muebles encajados en aquella sala son relucientes y bien pintados aunque sean los mismos muebles. El color es uniforme en las paredes de la sala, y los adornos parecen ser mejores. Todo le recuerda esas fotografías brillantes en las que lo feo adquiere de pronto un ángulo interesante.

Observa turbada cuanto la rodea. El espejo le devuelve lo mismo, mas nada es igual.

Ella, Esther María Sánchez, tampoco es la misma que se mira. Acá está insípidamente seria y al otro lado, de modo bien perceptible, sonríe socarrona. Enfrente de la que se cree verdadera, el cabello recogido se le antoja lustroso, con ojos muy expresivos, y más abajo sus labios tienen una sensualidad desconocida; el cuerpo voluptuoso le da envidia a ella misma.

De repente, la verdadera Esther María se descubre feliz como nunca lo ha sido. Y danza ante el espejo. Pero en una de las vueltas piensa que se está mintiendo. Se detiene, se contempla a poca distancia y comienza a avanzar, lentamente. La imagen se acerca a igual ritmo. Así va descubriéndose partes hermosas a cada paso: la nariz no es torcida como pensaba, las orejas no son grandes y sobresalientes, las piernas no son flacas, los senos y las caderas se abultan apetecibles...

Como si observara a una extraña, Esther María se mira a los ojos y medita en qué pudiera estar pensando la otra. Pero se echa a reír al darse

cuenta de lo tontos que son sus pensamientos. La otra es ella misma y la imagen no piensa, o en todo caso lo hace como ella. Para comprobarlo, mueve la mano izquierda y ve que la otra Esther mueve su mano derecha.

-¡Sí, soy yo! -exclama convencida.

Continúa acercándose y recuerda ese feo lunar en el pómulo derecho; concentra su atención allí y lo ve precioso en el pómulo izquierdo. Pero desea mirarlo bien. Para ello pega su rostro al espejo, apoyando antes la mano abierta en la superficie pulida. Y en vez de sentir el frío cristal, recibe la rarísima sensación de otra mano abierta que coincide exactamente con la de ella. Retira la mano, la imagen igual...

Y abren sus ojos, desmesuradamente.

Frente a ella, Esther se mira sorprendida. No comprende. Se pregunta qué sucede. Se observa recelosa a sus mismos ojos. Registra detrás del marco de madera y comprueba que no hay nada. Entonces dice:

-Es un espejo, sólo eso, un espejo común y corriente.

Ríe para sí misma como una niña, persuadida de que sus pensamientos no tienen lógica. Mas, parándose nerviosa ante la superficie pulida, clava la mirada en su entrecejo y acerca, cautelosa, la mano derecha al cristal. Siente del otro lado la mano izquierda que la toca. Empuja leve y recibe igual presión. Aumenta la fuerza y percibe lo mismo.

Es cuando se le ocurre decir:

-Yo soy Esther María y tú eres mi imagen.

Lo dice sin bajar la mano, presionando más. Y más. Y más. Por fin, la otra disminuye el esfuerzo y ella hunde todo el brazo en otro mundo. Reflexiona en segundos que si ha llegado hasta allí, debe seguir, y mete la cabeza y todo el cuerpo, hasta cruzar sobre el marco de madera. Pasa entonces a su sala o, mejor dicho, a otra sala que es más bonita que la suya pero que no deja de ser su sala.

Esther María mira allí dentro a la imagen y observa que el espejo no devuelve esta vez su cuerpo repetido; es, simplemente, como una ventana a la modesta sala de su hogar.

La otra Esther tiene idénticos movimientos, a la contraria, pero con más feminidad. Así, va dándose cuenta de detalles que hacen a la otra más atractiva. Y piensa en su esposo, tan bueno y como la quiere a ella, a pesar de

su fealdad. A él debe pagarle de alguna manera el sacrificio a su lado. Por eso decide en un instante entregar la imagen a José, mientras ella -la Esther que se siente legítima- ocupa el lugar de aquélla. Se pregunta si eso sería una traición. Rechaza tal idea y se dice que los hijos agradecerán el cambio en ella, José la amará más, los amigos lo envidiarán, ella se sentirá orgullosa... De paso, vivirá en un mundo diferente, donde los zurdos de este lado son derechos en el otro; un mundo de un colorido extraordinario, y caminará complaciéndose de lo que ella ha hecho, sin darse cuenta, en una doble vida que jamás imaginó pudiera existir.

Sin pensarlo más pone en práctica la idea: toma la imagen por un brazo, la empuja hacia el espejo, la obliga a atravesarlo y ve como la otra se hunde de espaldas en la superficie pulida mirándose a los ojos.

Contemplándose entonces, moviendo su mano derecha para ver cómo la otra mueve la mano izquierda, Esther se aleja del cristal.

-Ya está -se dice satisfecha.

Piensa que lo correcto, ahora, es esconder el espejo detrás del escaparate para que José no lo vea; a final de cuentas es suyo y él no tiene por qué enterarse.

Después de ejecutar la idea de la escondedera, Esther María se limpia las manos del polvo que había detrás del mueble, cosa muy rara pues pasó el sacudidor por allí hace unos minutos como cada día. Va entonces a la cocina. Lo encuentra todo en su sitio, pero, ay, la loza no está tan limpia como la que fregó hace tres horas, y ni la comida que acaba de cocinar sabe igual aunque sigue siendo la misma.

Sobresaltada, escucha que abren la puerta, con violencia. José entra en la casa dándole patadas a todo y gritando que hoy habrá problemas si la comida está tan desabrida como la de ayer. Maldice a Esther desde la sala por la suciedad de siempre, por esos cartones y sogas allí tirados. A ella le extraña mucho escuchar palabras tan feas en la voz del marido y corre a su encuentro para decirle que lo ama y no podría vivir sin él, su compañero para siempre.

Al verlo, siente repulsión por este otro José que continúa siendo el mismo pero no. Hay un algo en él que le impide a ella acercársele; son las miradas de odio, de reproches en cada respiro, de manos que retuercen el aire y lo ejecutan...

José profiere insultos. Le grita que cómo se dejó crecer las orejas horribles, como empanadillas, y por qué ha enflaquecido tanto, y de dónde sacó las canillas, y ese lunar tan feo, y que, además de superficial en todo como cada día, para colmos es ahora monstruosa.

-¡Dime algo, coño! ¡Y no vuelvas a coger el cuchillo como ayer! -exclama el hombre y ella no entiende. Esther no ha hecho eso jamás, es buena, José la ama, conversan siempre de todo y él la admira por la profundidad con que analiza cada problema.

"¿Cómo mi marido ha podido cambiar de esa manera?", se pregunta aterrada, cuando él se le para delante y la increpa con ofensas más fuertes todavía:

-¡Malditos sean tus padres, que no te dieron ni un poquito de belleza!

Esther llora en silencio, mucho más cuando ve a los dos niños llegar de la escuela; uno le pegó al otro, traen los uniformes sucios y rotos.

-¡Pero qué sucede, dios míos, si mis hijos son modelos y mi marido es un santo! -exclama e intenta reflexionar angustiada.

Levanta el rostro. José tiene la manos a la cintura; los muchachos sucios y sangrantes, detrás; la sala bonita pero carente de calor, del cariño con que ella misma adornó todo. Las fotos y las figuras de yeso y porcelana cuelgan sin vida de las paredes; hasta las flores permanecen en el búcaro de la mesita huérfanas de amor. Es cuando se da cuenta de lo ocurrido: el cambio no fue únicamente externo, mucho menos sólo con ella.

Y de golpe comprende la tragedia: hacia el otro lado ha ido una Esther atractiva pero desalmada, que tal vez en ese momento golpee a sus hijos y haga horrores en la casa.

Esther María se electriza, aparta a José de un tirón, corre llorando al cuarto, saca el espejo y lo recuesta a la pared. Pero el marco resbala y el cristal se hace mil pedazos.

Ciego de Avila, 1980

RECADO A UN MUERTO

¿A que no imaginas de dónde vengo? Pues de saltar sobre tu tumba. Calculé dónde pudieran encontrarse tus “posturas”, palabra que usabas para hablar altanero del colgajo y brinqué con ardor en las puntas de mis pies riendo feliz. La niña me preguntaba para qué golpeaba el suelo del cementerio con frenesí rayano en la locura mas no entendería mi respuesta. Tú sí porque los años no pasan en vano, las deudas tampoco, menos aún el olvido al que nos empujaste para dejarnos caer en la estrechez en que nos hemos visto en esta tierra. No olvides que siempre hice como los cazadores de la Edad de Piedra, quienes dibujaban ciervos en las paredes de las cavernas y atravesaban los cuerpos dibujados con lanzas dibujadas para que el deseo se les convirtiera en realidad viva. Por eso salté sobre tu tumba, porque después de irte, de la manera tan miserable y egoista en que lo hiciste, la única salida que me quedó al lado de mi hija (fíjate bien que no digo “nuestra”) fue matarte en mi corazón, para empezar. Mas, la idea tomó cuerpo cuando la policía vino a buscarme por si te reconocía en el cadáver de un desconocido que encontraron flotando en la costa norte. ¡Pues lo hice! ¡Y te velé! Ya en el cementerio seleccioné un sitio en el que podía dejar caer “tus” restos y salté cada día un poquito más hasta clavarte en el fondo del agujero del que no volverás. Y como mi deseo ha sido tan fuerte como los pisotones que he dado sobre “tu” tumba, para que te los sientas de veras en esa ínfima porción que te cuelga, es por lo que escribo a la dirección electrónica que tu madre tuvo a bien darme, quien me dijo que ya tenías trabajo de no sé qué en un gran almacén en el mismo centro de la ciudad de Miami y en cualquier momento empezabas a enviar algún dinero para ayudarme con la niña... Así pues éste que vas a leer ahora es el segundo motivo del mensaje: no mandes ningún dinero que los muertos no mandan dinero a nadie. Tampoco me llegará porque cuando tú recibas esta noticia ya no estaremos en La Habana. Me voy casada con un hombre en quien confío, con la ayuda de dios y del demonio si se te ofrece, no tener que saltarle encima jamás. No quisiera firmar esta mierda pero debo hacerlo. Así pues, la Mujer que te amó a pesar de todo.

La Habana, 1983

UN HOMBRE HA MUERTO

Mi padre es un hombre de palabras certeras, donde necesita usar dos no pronuncia tres. Lo he interrogado acerca de ese extraño modo de ser, embarazoso para quien permanece a su lado, y me ha dicho: "Piensa mucho, habla poco". El, que siempre calla, dice que las personas callan por dos motivos: porque lo conocen todo y no necesitan decir una palabra, o porque lo desconocen todo y no pueden decir una palabra.

En su lento andar sin ceremonias todavía se advierte la energía del que no espera jamás. Hoy me dijo: "Murió Gabino. Acompáñame".

Caminamos hacia la funeraria sin mirarnos. Pienso en el muerto y se me ocurre que debe de ser un anciano. Llego a tal conclusión por su nombre antiguo y el hecho de ser amigo de mi padre. Soy incapaz de preguntarle quién era.

En el portal de la funeraria la gente hace chistes, ríe.

Entramos. Aquí adentro todos se mueven de un grupo a otro y beben café, fuman, conversan de sus problemas. No hay dolor o por lo menos no se ve.

Continuamos hacia las filas de asientos ante la capilla. En las personas de esta parte hay preocupación, apenas hablan. Se percibe la aflicción.

Seguimos hasta la gente al lado del sarcófago. Se les ve dolidas. No pueden llorar más. Mi padre se inclina ante una mujer, aprieta el hombro derecho de ella y noto el estremecimiento de los dos cuerpos. La mujer agradece sin palabras la presencia de mi padre. Va a iniciar el llanto que no sale y oprime su boca con ambas manos. De nuevo, el viejo aprieta su hombro. Ella se pierde en un pañuelo arrugado.

Mi padre no mira siquiera al amigo a través del cristal. Lo que iban a decirse se lo dijeron en más de cincuenta años de amistad. Da media vuelta y camina recto hacia dos sillas, desde las cuales se puede ver todo, incluso el ataúd.

El dolor es concéntrico en las funerarias. Como las ondas que provoca la piedra al caer en el estanque.

No me acostumbro a la muerte. Jamás se me ha ocurrido que yo mismo pudiera dejar de existir. Está tan lejano ese día que no aparece en mi calendario. Mas, en los años que tengo vividos la muerte ya toco mis

sentimientos. Los tocó endiabladamente fuerte y tan cerca, dios mío, que me puso a temblar: hace poco falleció uno de mis hermanos, y sentí por primera vez la posibilidad de irme de este mundo para no llegar a ningún otro. Con el tiempo desapareció de mi ánimo la sensación de desespero y de vacío. Hoy vivo inevitablemente alegre como siempre.

Pienso en todo eso y también en que estoy velando el cadáver de un hombre que no he visto, ni siquiera ya muerto. Mi padre dice que fue amigo suyo y reflexiono en que debió de ser buena persona, incapaz de hacerle una trastada a nadie. "Basta con que haya sido amigo del viejo", se me ocurre.

En mis piernas jóvenes se mueve la inquietud. El viejo lo comprende, casi que me empuja. Y salgo al portal de la funeraria, bajo a la acera y observo el cielo estrellado y profundo. Es una noche como pocas, sin nubes. Las estrellas permanecen allá arriba, impasibles, y nosotros acá abajo observándolas por turnos en vidas diferentes, o en una sola vida si hablo de toda la Tierra y de la gente que las mira desde hace miles de años.

Me da rabia escuchar a tres individuos. Parecen personas sencillas, pero sus palabras son terribles:

-Era un hijo de puta -ruge un tipo enorme, peludo, parecido a un toro a punto de embestir-. Cuando lo sacaron del hotel ya estaba muerto... A esa edad no se puede andar con muchachitas.

-¿Y qué me dice del hijo que dejó regado, eh? -afirma más que pregunta otro.

-Yo no creo en muertos que salen -interviene uno de gafas con cristales gruesos, con los brazos como aspas en movimiento-. Y como éste no volverá a nacer nadie. No creía en amigos..., ni en amigas.

Los tres se echan a reír y me alejo con rapidez, para que no me rompan la imagen del difunto creada por la sólida amistad de mi padre con él. Camino hasta una columna y no puedo dar crédito a lo que escucho, pero es el diálogo más loco que nadie pueda imaginar. Quienes conversan son un hombre pequeñito y una mujer de facciones amargadas, quienes se interrumpen a cada instante.

-Era tan valiente... -refiere el individuo, con cara de no enfrentarse a una cucaracha-. Me acuerdo de un...

-Para mí fue un amigo de verdad; nunca me cobró los... -dice la mujer,

que es larga como una vara de tumbar mangos.

-El iba corriendo en aquella manifestación y un guardia rural le lanzó un golpe con el machete desde arriba del caballo, pero Gabino se agachó...

-¿Usted sabe qué es pasar hambre? -pregunta la mujer-. Vaya, pasar hambre tiene cara de perro. Gabino nunca me cobró y resulta que...

-Y, oígame, recogió dos piedras, se las tiró al guardia, pero con tan buena puntería que...

En ese punto me niego a escuchar más. Me alejo. Al lado de una pared, con el gentío frente a mí, pienso que nadie podrá dañar mi punto de vista acerca del muerto. Pero a través del muro oigo un vozarrón:

-Era lo que se dice un verdadero cobarde, compadre. Aunque en decencia y desinterés no lo podrá igualar ninguno de nosotros.

-No diga eso -replica una masculina voz de pito-, usted no lo conoció. Era el tipo más tacaño que paren madres.

Comprendo definitivamente que en el único lugar donde nadie hablará del muerto es al lado del viejo, casi frente a los familiares llorosos.

Entro de nuevo en la funeraria, camino al lado de los que permanecen en pie, aparto dos sillas, las vuelvo a unir y me siento junto a mi padre. El no conversa con nadie. Parece dolerle hablar ahora más que nunca. Medito en las palabras de cuantos he escuchado, son contradictorias. No puedo más y acerco mis labios a su oído:

-Papá, hay gente que dice que tu amigo era un mierda, otros dicen que era buena gente. ¿Por qué dicen eso, papá?

-Porque son hombres -responde en un susurro.

Observo los rostros de los que fuman y conversan como si mañana ninguno de ellos siguiera al que está en la caja. Pienso que no nos queda más remedio que resignarnos a esperar ese momento. Mientras, tenemos que vivir. Mas no comprendo a mi padre y le pido una explicación más profunda:

-Papá, dicen que Gabino era cobarde y valiente, que era tacaño y desprendido. ¿Por qué dicen eso, viejo?

-Porque él era un hombre -responde casi inaudible.

Definitivamente, no alcanzo a entender en toda su magnitud las palabras de mi padre.

La atmósfera de la funeraria me resulta opresiva. A causa de un hombre

muerto toda esta gente permanece aquí, olvidando o desatendiendo sus labores. Unos pocos han venido por quedar bien con el difunto; otros, con los familiares; la mayoría, con ellos mismos. Creo que nos molesta morirnos y que pocas personas o nadie vaya a la funeraria. A lo mejor pretendemos pagar por anticipado ese pequeño servicio.

Pero allí, en aquel ataúd gris, hay un hombre que hasta hace unas horas pensaba, sentía, amaba, y no imaginaba morir; tal vez ni sabía que de él existieran tan contradictorias opiniones. Reflexiono en estas cosas y en que ese pobre ser ya no volverá a reír ni a llorar, no se quejará de un perro dolor de cabeza ni suspirará ante una bella puesta de sol. O ante un hermoso trasero. Pienso en todo eso y contemplo el sarcófago y la mujer al lado, que la presencia de la muerte encorva sin compasión; ese dolor ajeno penetra mi espíritu.

¡De pronto, increíblemente, empiezo a sentir lo mismo de cuantos se pegan al sarcófago, cuando advierto un leve movimiento de ésta!

Para mi absoluto terror veo que la tapa se desliza hacia un lado, el muerto se sienta, con los ojos cerrados y los tapones de algodón en la nariz. Hace un esfuerzo, encoge las piernas, se agacha en el ataúd, gira agachado en las puntas de sus zapatos, apoyando las palmas de las manos en los bordes laterales de la madera forrada de tela.

Y de espaldas a la gente, Gabino saca una pierna y la estira para llegar al suelo, en el que afirma la punta de un zapato rígido. Después, saca el otro pie. Ya parado, da media vuelta limpiándose las manos. Y con piernas y torso rígidos se dirige hacia mí por entre las personas.

¡Estoy confundido! ¡Estoy aterrado! Pero todos siguen en la conversadera como si nada anormal ocurriera.

Gabino se acerca. Es viejo pero muy fuerte. Viene serio, con los ojos medio cerrados. Camina alisándose la camisa sobre el pecho y por los lados. También se mira los filos de los pantalones. Creo que se los plancharon para enterrarlo elegante; así oí decir.

Gabino titubea frente a mí. Saca los tapones de algodón de los huecos de la nariz y los une en un solo puño.

El corazón me salta azorado. Quiero correr, pero sigo clavado en el asiento.

Y me dirige la palabra con voz cavernosa:

-Que nada te extrañe del mundo. No sólo de mí, que ya estoy muerto, dicen las cosas más contradictorias. De ti también hablan quienes te conocen. Eso no es lo malo, lo peor es que hay quien no te conoce y se atreve a expresar “verdades" de tu persona que tú mismo desconoces. Te asombras por ejemplo haber escuchado al gordo de la barba que yo era un hijo de puta, ¿no? Bueno, es verdad que me morí porque me dio un infarto, pero no por andar con jovencitas, aunque las ganas me reventaban para que lo sepas. Lo del hijo regado es cierto, y lo reconocí. Ese que me descubrió una falta tan grave tiene dos hijos reconocidos, dice que los quiere pero los trata peor que a animales. Sobre los amigos, con tu padre me basta. Mas, quien afirmó que yo no creía en amigos, ha venido hoy a mi velorio para acercarse más a una de mis hijas; piensa que así ella le abrirá las piernas. A la vieja flaca, es cierto que le presté doscientos pesos; intenté cobrárselos mil veces y siempre me dijo que no tenía un centavo. Al chiquitico que dice que yo era valiente, le puedes asegurar que él no me conoció porque no lo vi jamás. Yo pensaba en el honor, pero primero en la vida. Ese otro que habla de mi tacañería, tiene motivos: me pidió dinero varias veces y nunca se lo presté; él le debe a medio pueblo. Pero sin empaque, ahora de muerto no lo necesito: creo que fui valiente enfrentando la vida. Hay hombres aquí mismo que lo pueden confirmar. Lo malo de esto es la muerte en el recuerdo, no la física pues esa es inevitable. Unos te tomarán como trapo de cocina y otros de bandera. En esos dos bandos continuarás vivo. Lo grave es que nadie te recuerde para bien o para mal. A partir de ese día estarás muerto definitivamente.

Abre el puño, coge los tapones de algodón con las puntas de los dedos, se los coloca en los huecos de la nariz, gira en los talones, zigzaguea por entre las personas, se acerca a su propia caja y se mete en ella.

Mi corazón galopa asustado.

En eso mi padre me da un codazo y dice que todos los dolores tienen sus límites y mañana debe levantarse temprano.

Ciego de Avila, 1977

LA SOLEDAD COMIENZA TEMPRANO

Así fue el sendero a la casa de mi infancia. Del portón de maderos claveteados color de óxido rojo a la puerta de calle. Largo y de ladrillos húmedos, sobre el que mamá me prohibió un paso. De ahí que mis amigas sufrieran mucho, las pobrecitas. A las que no dejaba de contemplar a través de la ventana enfurruñada, hecha de maderos torneados por abuelo.

Y agarrándome a dos de ellos, con la cara entre los palos, vi cómo abuelo se me acercó sin decir palabra. Arrastrando los pies llegó ante mí, con la nube etílica de siempre y el tabaco a medio mascar. Le bastó que me dejaran solo, aquella tarde, para actuar como eran sus deseos y que consistían en abrirme la puerta al camino, a pesar de que me habían acabado de bañar, con ropas y zapatos limpios.

Me fui entonces hacia las enamoradas con sus caras gachas, pobrecitas mías, quienes me miraban dejando escapar hilitos de perfume para atraerme más. Querían tenerme con ellas porque yo les hablaba, cada vez a una sola, lo que de verdad llevo en el corazón. Y cada una pensara que era la única para más perfume y color.

Pero estaban afligidas, lo que me dio impulso. Ya que con tres años no hay obstáculos, la importancia del mundo se concentra en la más pequeña cosa y la atrapamos o se nos vuela. De modo que gracias a abuelo tuve la oportunidad del primer camino, crucigrama de ladrillos rojos que dividía el Mal del Bien, había dicho él mismo cuando lo construía.

Mas no te confíes porque en la mezcla está lo interesante y lo que te hará andar, decía él riendo en serio y yo sin comprenderle todavía la risa con seriedad, y ni siquiera el motivo de su alcóhol. Tampoco sabía en qué parte del camino se había apeado abuela con sus bártulos. Menos aún mi padre, a quien jamás le vi ni siquiera de espaldas, “el infeliz”, decía abuelo sin dejar de serruchar.

Pues tambaleándome salté al fango y anduve al rosal donde todas levantaron sus caritas, tristes todavía porque no acudí al primer suspiro. De ahí que exhalaran sólo un poquito de más perfume, aún cuando quisieran disfrutarme a fondo y dando más de lo que tenían, decían todas ellas ocultando los ojos con sus abanicos de pétalos blancos y rojos y amarillos..., ¡cuando allá abajo ocurrió lo inesperado!

Un fulgor extraño brotó a los pies de mis enamoradas y entre el fango, ante mis zapatos nuevos y pulcros hasta ese instante, lo que me hizo agachar y hundir las manos. Pues saqué aquella luz suponiéndola redonda mas estaba sucia. Aún así le creí importante, a pesar de la pequeñez, y era brillante. Y por tan controvertidas visiones la desembarré en el pulóver blanco, gracias a lo cual vi mejor que era de superficie pulida. Y una vez más la froté con la tela del pantalón corto de color crema claro, quedando ambos hechos verdaderos ascos.

Pero merced a la limpieza vine a descubrir la existencia de un vidrio singular. Y desde entonces comprendí que no hay manera de asear un cuerpo usando otro ya inmundo, para que luciera mejor, como en verdad empezó siendo mi cristal redondo, azul y cóncavo, dueño de transparencia mágica.

Lo llevé al ojo derecho y el cielo grisnegro tornó a azulpastel para alegrarme el corazón por el buen sol. Lo mismo que hizo de Pepe Cascarrabias, quien iba en su carretón desvencijado, traqueteante y oxidado, pues no lo haló nunca más el pobre animal que había sido cojo y tuerto, medio muerto ya. También de Pepe brotaron cabellos donde hacía mucho no había, igual que la risa diáfana acompañada de dientes buenos y sombrero nuevo. Todo eso junto a la yegua, un primor de lo acabada de hacer. Muy juiciosa ella pues ponía una pata aquí y otra allá cual bailarina recién graduada, que me hacía volar de puro embeleso. Hechizo del cual salí por un grito que desgarró el aire pasando a mi lado:

¡¡¡Pero qué haces ahí, muchacho maldito!!!, exclamó mamá acercándose veloz. Y sin pérdida de tiempo la enfoqué para venir ella a enternecerse más rápido de lo que imaginé, con el amor saltando de sus poros. Igualito al vapor en caldera ebullente, aunque no quemaba, es la verdad. Era la esencia del querer la que venía empujándola hasta cargarme en sus brazos fuertes. Y decir a los cuatro vientos, girando como en vals sonoro:

¡A disfrutar de cake y refrescos!

¡Limpio ahora tus manos y pies!

¡No importa lo sucio que estés!

¡Para que andes con zapatos frescos!

¡Qué la alegría de hoy será cierta!

¡A pesar de que me ponga a arder!

¡Y nada me la echará a perder!

¡Ni nadie con su manera muerta!

Luego abrasó al padre con ojos volcánicos y él le devolvió igual cantidad de lava ardiente. Comprendí entonces algo y para siempre y que sería el principio de toda la soledad: no se toleraban pero no disponían de nadie más a quien tolerar. Abuelo decía que me había llegado el momento de salir al mundo como él había hecho y mi madre afirmaba que el mundo debía venir a mí, como le había enseñado su madre.

Mas yo miraba a través de la magia encontrada, por encima del hombro de mamá, el desordenado camino de abuelo que era la eterna mezcla compasiva armada de impiedad, cuando todo se me fundió en una sola cosa virtuosa como diamante que antes fuera carbón, sin pizca de maldad.

Lo mismo a la izquierda como a la derecha desaparecían aquellas partes oscuras colmadas de dobleces, además de las puntas hirientes tan desagradables como peligrosas para quienes las portan y sobre todo para los que las sienten. Por eso el mundo me empezó amable, de miel y merengue para mi espíritu risueño pues usaba el cristal y nada me engañaba.

Las flores por ejemplo no rieron más tras sus abanicos de pétalos y ablandaron las púas, ocultando además sus lágrimas de rocío, tan falsas todas ellas.

Empezó a ser todo tan lindo gracias al cristal -a pesar de los criterios encontrados de mi madre y su padre- que los años se alargaron como un solo día cálido, colmado de personas bellas iguales a sus acciones.

La primera escuela fue un eterno juego de aprendizaje. Allí, otro niño propinó tremendo golpe a mi nariz y logró que se me pusiera grande, toda roja y con dolor sincero. Pero la ropa del otro quedó bien manchada de mi sangre y sabría él a partir de entonces las consecuencias de una pelea, si se le ocurría herir al contendiente, con lo que vine a descubrir -a través del cristal- que no había gente mala en el horizonte, sólo conflictos para ver lo buena que me empezaba la vida, aun cuando algunos de aquéllos se mostraran difíciles de entender.

Por eso cada día fue de batalla generosa, lo mismo enamorándome de muchachas que desenamorándome de ellas. Muy lindo todo, con la brillantez que otorga mirar alto y siempre lejos, porque cada noche lavaba el cristal azul,

redondo y cóncavo para que las imágenes distorsionadas no me empañaran las mañanas. Luego me iba a la cama dejándolo ahí, al lado. Y a seguir la vida azul y lisa.

Pero una tarde, medio hombre ya, caminaba al encuentro de mi primera novia, la última mujer de mi vida, el amor eterno, la madre de todos mis futuros hijos, y la encontré besándose con mi mejor amigo.

No lo creí y me acerqué, acomodando el ya débil cristal sobre las pupilas para verles bien las caras y demostrarme a mi mismo que mis ojos mentían.

Fueron ellos, sin embargo, los que me vieron, sin vergüenza alguna, abrazados todavía, como al desconocido en la esquina. O quizás peor, igual que a un perro.

En sus miradas me fue imposible descubrir la chispita de rubor, sino de calor y contentura que me enloqueció.

Corrí a la casa, pasando veloz sobre el camino de ladrillos rojos y entre las flores, haciendo caso omiso de sus llamados y sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

Ya ante la mesa del comedor me arranqué el cristal, llorando todavía.

Abuelo se acercó, curioso, con el eterno tabaco entre sus dientes disparejos y la nube etílica alrededor.

Le confesé entonces:

¡No quiero vivir más!

Pues qué bobo eres, replicó él apoyado en su risa sin fondo. Mira desde hoy hacia atrás y también a los lados para que te vaya mejor por delante.

Pero sus palabras no aliviaron mi furor por culpa del nudo en la garganta. Y trabé el tenedor entre mis dientes para evitar arrancarme los ojos, la causa del mal, horrible sentimiento que me acompañó a la cama esa noche. Y en la que tuve cuidado de guardar bajo la almohada el cristal, para entonces una muy delgada lámina que era cóncava todavía y con su poquito de azul. Allí lo hallaría hasta en el sueño con el que pudiera tenerlo bello como cada día. Y así seguir con él, sin manchas, ni siquiera empañado de lágrimas que dejan huellas.

Entonces la noche se me acercó lenta y en la cabeza sin vidrio que hermoseara mi dormir apareció el camino de abuelo, mas lleno de piedras y de

ausencias que de presencias y de curvas con huecos que carecían de fondo.

Hasta que al día le empezó la luz difusa como de lluvia que jamás cae, la cual quise embellecer y para ello busqué el cristal.

Debí tirar sábanas y almohadas, mantas y colchón...

Pero no lo encontré, nunca más, lo que provocó mi más temprano desgarrón.

Y con desconsuelo miré a través de la ventana el camino de abuelo. ¡Qué puso una increible nota de alegría en mi corazón!

Había diversidad de colores igual que de movimientos y de sentimientos, con risas y lágrimas, fragancia y hediondez de gente alta y gorda y fea y blanca y negra y bonita, lo que a la vez me hizo entristecer por el matiz de una nostalgia nueva que ya me empezaba a durar y que me empujaría a preguntar adónde se había ido aquel cristal con el que hoy quisiera mejorar este atardecer.

La Habana, 1990

DOMINGO APEA A DIOS DEL CIELO

Mientras las calles de Ciudad de La Habana hervían de gentes dispuestas a trasladar sus quejas hasta el mismísimo confín del mundo, un hombre pequeño e insignificante hacía la más increíble hazaña de la historia de la Humanidad: él solito apeaba a Dios del cielo. Serio y sin asomo de rabia a pesar de los sufrimientos, Domingo Cotillón rezaba otra vez, aproximadamente a las siete de la mañana de un diáfano comenzar del día:

-Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Tenía las manos en plegaria sobre el pecho, adoloridas las rodillas y un rictus amargo se dibujaba en sus labios. Ante él, colgando de un clavo en la pared había un cuadro con la imagen de hombre que tenía mirada bondadosa e inteligente, de largos cabellos blancos y barba tupida, también canosa.

-...hágase, señor, tu voluntad así en la Tierra como en el cielo, no nos dejes caer en la tentación, mas ¡líbranos, Señor! Ampáranos de todo mal... Amén, Jesús.

Y otra vez Domingo bajó sus párpados. Delante, la imagen no perdió un solo movimiento del ferviente orador. El ojo inmenso, sembrado en el pecho de la figura, venía calentándose desde hacía mucho rato.

Después de cada rezo Domingo Cotillón intentaba contar la espeluznante historia:

-Dios Todopoderoso, se me destroza la vida que Tú me diste. Socórreme, por favor. Necesito fuerzas para continuar en el mundo injusto. Antier descubrí que la niña tiene siete meses de... Pero eso no importa porque ella es inocente..., es pecadora y dice no importarle. ¡Estos jóvenes, dios mío, ya no son como antes! ¡Pero ayúdame en lo que me duele de verdad!

Fuera de la casa se escuchaban voces como por altoparlantes.

Domingo volvió al rezo. Era la novecientas noventa y nueve vez que lo repetía:

-Padre nuestro que estás en los cielos... Al concluirlo, arrodillado, las lágrimas humedecían el rostro con barba como la de un enfermo de gripe. Repitió el rezo. Y desde el ojo enorme se escurrió un potente rayo de luz que se elevó blanquísimo, fulgente, hacia el techo, de donde empezó a caer un tejido vaporoso, en cascada lenta, suave. Mientras, Domingo Cotillón permanecía inmóvil. Con el corazón a mil. Mas, sin explicárselo, la paz iba

adueñándose de todo, haciendo bello lo feo, armonioso lo chocante, sublime lo ridículo... Hasta que sintió un goce poco terrenal en su alma. Con el alma en vilo, respirando apenas, vio que envuelto en la tela también bajaba un hombre, desnudo, sin calzoncillos siquiera, imponente en su mirada que él sentía como un bálsamo.

Domingo se movió inquieto en su genuflexión.

-No temas, hijo mío -se escuchó una voz como salida de una caja musical-. Levántate, no te dueles más de tu pesar.

Domingo intentó ponerse en pie pero perdió equilibrio.

-¡Ay, mis rodillas!

-Ya no tienes dolor y tu alma está sosegada -escuchó otra vez la melodiosa pronunciación.

A Domingo le pareció que la voz no salía de la boca del hombre suspendido a varios centímetros del suelo. A su oído había llegado un sonido semejante al musicar del arpa; sintió que todo él era quietud. Y, efectivamente, pudo ponerse en pie; no había inflamación.

¡El milagro estaba hecho! ¡Estaba el Todopoderoso en cuerpo y alma allí, delante de él, de Domingo Cotillón, un simple servidor de Dios!

-¿Qué es esto, Jesús? -balbuceó ensimismado mirando aquel cuerpo como de su estatura, facciones bien hechas, y ojos... ¡como los de ningún humano!

-¿Por qué clamas por mí, hijo mío? -preguntó el recién llegado sin moverse del sitio en que se había posado.

-No lo puedo creer, Santísimo, Usted aquí, en esta humilde casa..., con el reguero que hay.

-¿Cuál es tu pesar, pequeña criatura que he criado?

-¡No puedo creer esto!

-Cuéntame tus cuitas, siervo de mi reino!

-¡Alabado sea Dios!

-Anda, ven sin miedo a Mí.

-¡Estaré volviéndome loco o soñador!

Cotillón hablaba agitado, con ambas manos sobre las sienes.

-Acaba, pequeña criatura. Tengo mucho que hacer en el Universo. ¿Cuál es tu problema?

Como si despertara de un profundo sueño, Domingo volvió a la realidad de su apartamento en la calle San Francisco, en Centro Habana, y se fijó en el señor barbudo que tenía delante.

-Yo..., yo... Esta, mi hija es... ¡No, lo peor es que mi vergüenza está...!

-Tómate las cosas con calma. Habla igual que si se lo dijeras a tu esposa amada.

Cotillón abrió desmesuradamente los ojos y dijo: "La muy degenerada", pero no siguió porque el Todopoderoso se interesaba en la murmuración. Domingo tuvo miedo a que le fueran descubiertas malsanas intenciones y entonces Dios no le ayudara. Calló un momento para ordenar sus pensamientos. Algo le decía a Domingo que el Santísimo no sabía nada.

-Mire, es que mi hija tiene la barriga así y yo necesito...

-No, oveja lastimada, éso me lo sé de memoria. Confiésame el otro problema.

-Bueno, recé tanto que no puedo tragar -gimió Cotillón llevándose la mano al cuello.

-¿Tu dolor es físico, hijo mío? ¡Ve al hospital!

-No, Dios mío, es dolor espiritual.

El Que Todo Lo Ve elevó una mano y la pasó muy cerca de la frente de Domingo.

-Entiendo, pequeño ciervo. Pero cuenta, pongamos freno a los desenfrenos libidinosos.

Cotillón no había entendido nada. Aspiró, sin embargo, y ya iba a contar la vergonzosa historia cuando miró el reloj.

-¡Las siete! ¡No sé cuántos días hace que no voy al trabajo por llamarlo a usted!

De fuera llegaba la algarabía a los oídos de ambos. Eran consignas coreadas por miles de gargantas, himnos y marchas.

-Creo que ese aparato está algo adelantado --dijo el Todopoderoso, que sabía aunque no se había acostumbrado al tiempo de los hombres. Sus ojos buscaron otra máquina de medir el tiempo.

-En verdad te digo, pequeño ciervo, que no estás prevenido. ¿No posees otro aparato?

-¿Radio o televisor? -preguntó Domingo espantado-. ¿Para que la voz de

esos impíos entre en mi casa?

-¿Y papeles escritos? ¿No compras papeles escritos, pequeño y lastimado mío? --indagó el Todopoderoso, aunque ÉL sabía.

-¿Periódicos, dice Usted? La voz de esos malvados no entrará en mi casa para blasfemar contra Usted.

Dios mostró complacencia con un movimiento de sus manos blancas y cuidadas al posarlas, como palomas mansas, una en su pecho y otra en la cabeza de Domingo. Mas, escuchóse así su bondadosa voz:

-Entonces, no sabes nada acerca de esos que denominas tus enemigos..., fariseos. ¿Es o no es así?

El Santísimo sabía la respuesta y fue a aconsejarlo de lo necesario que es conocer a los enemigos para saber cómo actúan y prepararse para la defensa, cuando detuvo las palabras y únicamente murmuró:

-He creado al hombre desnudo y él solo se me basta ahora.

La reflexión del Todopoderoso apenas rozó un oído de Cotillón, quien además no se había acostumbrado a la presencia de Dios. Sólo miraba inquieto, temeroso, señalando acongojado que ya era muy tarde y le pasarían raya roja en el libro de entrada de su centro de trabajo. El Que Todo Lo Puede sugirió frenar el tiempo, toda actividad humana, y así Domingo podría contarle sus cuitas sin que posteriormente le sucediera algún percance.

Mas, para su propio asombro, como culpa que llagaba su piel, Domingo se descubrió dudando de la palabra divina y hasta sintiendo pena por el viejecito barbudo delante de él. Por eso negó el ofrecimiento y puso como pretexto la posibilidad de que en ese momento estuviera naciendo "un ser bondadoso e inteligente, igual que Usted, mi Señor, o intervinieran quirúrgicamente a alguien bueno de corazón". Lo cierto es que Cotillón quería demostrar a toda costa cuán maravilloso era de alma para así obtener la ayuda clestial, en caso de que el viejecito fuera realmente quien decía ser.

-¿Bueno, cómo haremos entonces, criatura que he criado para mi esparcimiento?

-No sé, Padre mío.

-Bien, pequeño ciervo, vayamos hacia tu centro de trabajo y por el camino me lo cuentas todo.

Domingo sí estuvo de acuerdo con esa idea y sonrió alborozado. ¿Quién

le iba a decir a él que el Creador caminaría por las calles a su lado? Estaba orgulloso de haber bajado a Dios del cielo, él solito, coño, sin la ayuda de nadie más. Anticipaba pequeños episodios de la gente viéndolo a su lado y lo tendrían en cuenta, lo respetarían; hasta lo envidiarían. Y lo mejor, su sueño se haría realidad.

De súbito, la omnipresente voz lo sacó de las meditaciones.

-En verdad, criatura, creo que no haré contigo como una vez hice con Job.

Cotillón miró al Todopoderoso después de ladear la cabeza y pensó: "¿Por qué me dice eso? ¿Quién es ese Job? ¿Él ha bajado para ayudarme o qué?" Pero tales detalles eran minucias. Lo importante era que ÉL estaba allí, a su lado, y porque Domingo lo había apeado.

Contentísimo por el triunfo futuro y ya a punto de salir a la calle que hervía de gente vociferadora, Cotillón observó mejor a Dios y pensó en los Comités de Defensa de la Revolución, en los miembros del Partido Comunista, en los policías de la PNR, en los milicianos de la Tropas Territoriales, en las mujeres cubanas afiliadas a la Federación, en los estudiantes burlones de secundaria y preuniversitarios, asociados todos en la FEEM, en los jóvenes comunistas de la UJC, en los niños pioneros metidos de cabeza en la asociación *José Martí*, en los trabajadores controlados por sus sindicatos, en las amas de casa, en los perros, en los gatos... (¡Nadie, coño, nadie actuaba como electrón libre, nadie se quedaba fuera del potaje!) Y Domingo Cotillón sintió escalofríos en la mismísima médula espinal: el Todopoderoso andaba con ropas celestiales, diáfanas como la luz divina, largas quedejas, barba hirsuta, sandalias de tiritas...

"¡Qué va, así este tipo no camina conmigo ni de aquí a la esquina!", reflexionó el mortal que lo había bajado.

-¿Cuál es tu nueva congoja, criatura mía?

-Es que..., perdóneme usted, pero debe pelarse y afeitarse --dijo Domingo en un suspiro y con los ojos vueltos hacia el techo.

-¿Pelarme...? --preguntó Dios a la vez que pasaba sus dedos por el níveo cabello de manera un tanto rebuscada, con la dejadez de quien no le importa mucho lo que los demás piensan.

-Sí, Padre mío, es preciso --y, tendenciosamente, Domingo movió la

cabeza--. Porque..., porque nos cogerían presos. ¡Usted no sabe cómo está la cosa!

-¿Y quién me pelaría? ¿Quién pasaría una mortal navaja sobre estas inmortales barbas?

Cotillón se llevó una mano al pecho, sonriendo y puso al desnudo la doble camada de dientes semejante a la de los tiburones. Dijo que él había sido barbero y el Todopoderoso insinuó que había conocido a muchos haraganes en el mundo creado por ÉL, y casi todos eran barberos "haciendo así con las tijeritas todo el santo día ¡chas! ¡chas! ¡chas!, y habla que te habla".

Seguidamente le espetó a Domingo:

-No tomes a mal mis palabras, un tanto burlescas, pero quien las impulsa de la boca hacia afuera no quiere el mal para los barberos. ¡Venga ese pelado!

Domingo Cotillón saltó alegre en los dos pies. Buscó el finito peine de barbero y las tijeras afiladas. Hacía varias semanas que no le entraba una alegría tan grande. Su corazón palpitaba gozoso, como cuando se había enamorado de Rosa, siendo jóvenes los dos, y pasaba treinta veces por el frente de la casa de la muchacha; estaba alegre como aquellos días.

¿Quién le iba a decir alguna vez en la vida que él cortaría las barbas y los cabellos celestiales?

En un santiamén, con un paño alrededor del cuello, sentado en una silla y una almohada bajo los glúteos todopoderosos, Dios terminó siendo un hombre común en apariencias.

Domingo se retiró un poco, le miró las dos patillas, las comparó, hizo un pequeño corte en una de ellas, volvió a separarse y entonces sonrió satisfecho. Como todo buen profesional entre los fígaros, Cotillón acercó un espejo al rostro de Dios, que se mostró complacido. Se paró y dio dos pasos. Domingo le miraba la vestimenta, ladeba la cabeza a uno y otro lado, calculadoramente.

-Creo que debe usar algo más a la moda; vaya, pantalón y camisa.

-¿Crees tú, ovejitita de mi reino? -preguntó en un tono que a Cotillón le pareció algo ingenuo y le hizo pensar si no se trataría de un farsante.

-Sí -respondió Domingo, dubitativo. Entonces recordó haber visto una camisa azul de miliciano y un pantalón verdeolivo, allá en el baño, que le pareció eran del bellaco y fariseo que ahora andaba con su mujer, la bienquerida y odiada Rosa. Le traería ambas prendas al Creador, éste se las

pondría y serían lavadas de todo pecado, "pero de tal manera será la limpieza --pensaba Cotillón--, que el fariseo no volverá a mirar jamás a una mujer, porque abandonará la maldad de la carne, se retirará del campo de batalla, dejará a Rosa tranquila" y él, Domingo Cotillón, entrará nuevamente en "su propiedad" como amo y señor.

Cotillón corrió al baño y allí dentro, frotándose las manos, rió pensando que era un tipo durísimo, preparado para enfrentar lo que fuera. Agarró la ropa y regresó a la sala. El Todopoderoso se la puso, abrió los brazos y caminó mirándose. ¡Como si aquella camisa y aquel pantalón fueran de ÉL!

-Bueno, virtuoso mío, tiempo es de que pongamos nuestros pies redentores en esos polvorientos parajes --dijo Dios señalando la puerta. Al oír eso, Domingo fue a abrirla pero reparó en los pies celestiales, quedó pensativo unos segundos y exclamó:

-¡Oh, Señor, qué pensarían de mí si lo ven a Usted con esas chancletas caminando a mi lado!

-Soy Yo el que las lleva puestas.

-No, Padre Santo, en este país la gente es muy malintencionada y no se puede andar así. Dirían cada cosas de usted...

-Bien --dijo Dios y suspiró--, ¿qué propones?

No había terminado de hablar, cuando Domingo ya estaba de vuelta con unas botas rusas. Venía contentísimo, pensando que lavaría el traje completo del pecador que había "arañado su terreno".

-De una calidad tremenda...--dijo Cotillón con los labios encogidos; Dios captó la ironía. Cogió las botas y antes de ponerlas en el suelo se las llevó a la nariz, por lo que comentó:

-¡Qué olor más fuerte! Me recuerda el cuero de Satanás.

-¡Sí, sí! --exclamó Domingo dando brinquitos--. ¡Las hacen unos hombres muy malvados que no creen en ti, mi Señor!

El Todopoderoso acercó las botas a sus ojos, palpó el material, lo dobló, lo mordió, lo estiró, le dio candela, metió par de zapatazos y finalmente sonrió satisfecho.

-Me lo imaginaba --dijo el Creador.

-¿Comprobó que son infernales?

-No -negó la imponente figura-. Están hechas para los bestias.

El pecho de Cotillón ardió de la rabia, pero no quería decirle nada. Dios plantó las botas en el suelo, las desamarró y se las puso. Luego dio varios pasos. Sonreía infinitamente, como cuando hacía a Adán y a Eva. Indicó entonces la puerta para salir y mientras caminaran que Domingo le contara su problema. Pero Cotillón palpó sus bolsillos, comprobó que llevaba las llaves, menudo para pagar el ómnibus y el carné de identidad... ¡Ahí mismo se volvió asustado!

-¡Si un policía le pide el carné de identidad se va a buscar un problema, Dios mío!

La algarabía aumentaba en la calle. Parecía que el mundo entero se hubiera reunido allí. ¡Fidel, seguro, a los yanquis dale duro!, coreaban miles de personas. Domingo Cotillón y el Todopoderoso seguían ajenos a todo.

-¿Qué nuevo cuento es ese, criatura que he criado para mi regocijo?

-¡Sí, sí! ¡Usted no sabe cuántas angustias hemos tenido en estos últimos tiempos! ¡Nadie puede dar aquí dos pasos sin el maldito carné de identidad! Por eso yo querría que usted me ayudara a...

Y no terminó la idea porque le pareció que era muy pronto. Se llevó entonces la mano al bolsillo de la camisa y sacó un estuche de plástico:

-Este es el carné de identidad del que le hablo.

Dios lo miró un momento, sosteniéndolo en su diestra, levantó la siniestra y ya tenía allí otro carné de identidad. Domingo no salía de su asombro y fue una prueba mucho más fabulosa que la de multiplicar panes y peces.

-Déjeme ver cómo Usted quedó en la foto --pidió Cotillón, sonriendo, dando a entender que aquí las cosas funcionaban mal o no funcionaban nada. Pero al abrirlo, ¿qué vieron sus mortales ojos? Era una copia del mismísimo carné de Domingo, la que le recordaba su vulgar ocupación: auxiliar de oficina, categoría "C". Y, resentido, le dijo al Creador que esa libretica de color azul debía llevar los datos de cada persona, del mismo Señor Santísimo en este caso.

Dios mostró al instante el documento y había pegada una foto suya en la página correspondiente. El espacio dedicado a la ocupación: **Creador del Universo**. Centro de Trabajo: **El Cielo**. Cotillón estuvo a punto de soltar una carcajada, pero, calculando que podría herir los sentimientos celestiales, le

explicó en cambio que allí debía estar escrito algo creíble.

El Todopoderoso pensó y pidió a Domingo que le recitara ocupaciones:

-Médico, ingeniero, abogado, arquitecto...

Y el inmortal personaje las iba negando.

-Mira, oveja baladora, deseo una ocupación de los mortales que sea muy muy común.

Domingo entristeció, le molestó la extraordinaria modestia del Todopoderoso. Y comenzó a recitar: Barrendero de calles, bodeguero, despachador de boletos para trenes, fritero, florero, limpiabotas, sereno, tarugo de circo...

-¡Para, para en esa ocupación! --dijo Dios con la mano levantada--. ¿Sereno? ¿Uno anda cuidando cosas por las noches, solo, sumido en meditaciones profundas, metido de cuerpo entero en los pensamientos propios? ¿No es así...? -Cotillón asintió descorazonado- Perfecto, oveja mía. Sugiéreme centros de trabajo donde pudiera realizar esa noble labor.

-Bueno -Cotillón habló con desgana-, allá en mi empresa hay una plaza vacante.

-Pues ahí mismo.

Cotillón abrió el carné: Dios era sereno en la Empresa de Bienes Materiales, la plaza le había sido adjudicada por capacidad disminuida debido a una cojera, y hacía veinte años que trabajaba allí. Estaba en una anotación especial. Domingo revisó las hojas. El nombre apuntado era Jehová-Dios de la Santísima Trinidad.

-No, no -negó muy serio-, si lo cogen por ahí le van a meter una multa. Nadie creerá que Usted... es Usted.

El Todoperoso elevaba sus hombros, dando a entender que no le interesaba.

-Sí, sí, Altísimo, necesita un nombre común y corriente como los de todas las personas.

-¡Ah, oveja baladora! Dime nombres de mortales.

-Pues..., Pedro, Pablo, Chucho, Jacinto, José, Anastasio Somo... ¡Perdón, es que me... -Cotillón hizo un vago gesto con la mano sobre la cabeza-. Tomás, Dioscórides, Luis, Estanislao...

-¡Para ahí mismo, oveja baladora! Me gusta ese... Ya está.

Y Domingo leyó: Dioscórides Paz do Céu. Algo no entendía Cotillón, pero siguió para lo de la edad y vio que decía: Eterna. Explicó entonces que la gente tiene años. El Altísimo dio un paseíto por la habitación, crujiendo las botas rusas bajo sus pies. Y terminó preguntándole a Domingo:

-¿Cuántos años tiene tu pecador cuerpo?

-Cuarentiséis.

Otra vez Cotillón abrió el carné y esa era la edad de Dios. Pero siempre averiguó lo de los apellidos escogidos por el Todopoderoso. Este respondió que conocía todas las hablas del Universo y no deseaba que apellidos sin símbolos acompañaran su nombre. Por eso dijo así:

-Paz es calma, sosiego, tranquilidad, concordia, amistad y muchas otras cosas buenas..., mientras que Do Céu es Del Cielo, en portugués, en el original.

-Está bien, Padre Nuestro, que mira la hora que es; me va a coger tarde.

-Nunca te apures, siempre llegarás -sentenció el Señor con sabiduria milenaria.

Cotillón abrió la puerta y una mañana radiante iluminó las barriguitas empinadas y las caras de ambos. Parecían hermanos. Cualquiera hubiera dicho que habían salido del mismo vientre materno, incluso del mismo óvulo. Pero lo que no sabía Domingo, que el otro sí dominaba al dedillo, era que Jehová está hecho a la imagen y semejanza del hombre que lo invoca y no al revés. ÉL se sonrió. Y Domingo pensaba: "¡Coño, como este tipo se me parece al Quijote ese de que habla la gente!" Y pasaron al lado de algunas personas, que aumentaban en cantidad a medida que se acercaban a la parada de ómnibus en la calzada de San Lázaro. No se veía ningún vehículo, sólo multitudes con cartelones. Esperaron media hora y Domingo empezó a soltar vapor, estaba desesperado, no llegaría a tiempo a su centro de trabajo. Se acercó a una viejecita de aspecto venerable y le preguntó dónde se habían metido los ómnibus. Retrocedió asustado pues la anciana le preguntó de sopetón que cómo no sabía nada, lo llamaba antipatriota, cretino, loco, que si había caído en un paracaídas en La Habana, y muy ofuscada le dio la espalda. Domingo y el Todopoderoso no salían de su asombro. Otra vez, con temor visceral, averiguó qué le sucedía al transporte urbano. Dos muchachos lo miraron de arriba abajo y preguntaron si había llegado a Cuba en ese momento, que cómo

no sabía nada, que si era marciano.

Domingo regresó al lado de Dios y le dijo:

-Este país está lleno de locos, pero lo peor son las guaguas que siempre están atrasadas.

-¿Qué pena estás rumiando ahí, oveja baladora?

-¡Ay, Dios mío, es la...!

-¡No me digas así! Tú mismo dijiste que yo podría tener problemas si la gente conocía mi identidad. Recuerda por tanto que mi nombre es Dioscórides Paz do Céu

-Sí, Padrenuestro.

-¡No me llames así, topito celestial! Dioscórides Paz do Céu. Recuérdalo. Dioscórides Paz... -repitió el Creador mirando a todas partes.

-Sí, Diosco... Dioscórides... Este... mire, llegaré tarde al trabajo.

-No te preocupes, oveja baladora. No permitiré ninguna afrenta a un mortal que cree en Mí.

La multitud en Infanta enfilaba hacia Malecón llevando cartelones disparatados, según Cotillón, en los cuales se leían absurdos únicos en la literatura mundial: "Patria o Muerte", "Socialismo o Muerte", "Muerte al Invasor"...

-¡Muerte por aquí y muerte por allá! Aquí todo el mundo quiere morirse o hacer otra cosa... Nunca gritan algo así como ¡Gozar o dejar que te gocen!

Pero a Domingo Cotillón no le interesaba la política; él sólo quería contar su vergonzosa historia y luego pedirle ayuda a Dios, pero gimoteaba con que un Consejo de Trabajo no se lo quitaría nadie de arriba por llegar tarde o no acudir a la jornada laboral.

El Todopoderoso, en cambio, escuchaba sorprendido a tres jovencitas que le parecían creyentes y vírgenes. Una de ellas clamaba sumisa:

-Santa María sin pecado concebida, déjame pecar sin concebir.

Dios se quedó boquiabierto. Meditó sobre el asunto y terminó diciendo:

-¿Esto es libertad o libertinaje? ¿Cuántos no hay por este mundo mío así, que no son partidarios de la libertad pero practican el libertinaje? Estas jovencitas no se parecen en nada a las vírgenes santas allá en lo alto; aquéllas cierran los ojos, los oídos y las piernas, el cielo alrededor transcurre lento o rápido y ellas permanecen estancadas, impenetrables... Estas, en cambio, son

vivas, francas, en constante movimiento...¡Caramba, y no precisamente Magdalenas pecadoras, a las cuales les es suficiente confesar y lavan sus pecados! ¿Cuántas vírgenes iguales, muy santas ahora, se pasearán por mi reino? ¡A donde he llegado, Dios mío! -el Creador miró a todas partes: ¡Hasta ÉL estaba cayendo en olvidos!

Cotillón lo miraba extrañado y empezó a presentir un futuro arrollador.

Los grupos de gentes en Infanta se hacían más compactos. Con cada segundo llegaban más y más grupos. La voz por los altoparlantes indicaba hacia dónde debían ir todos. Se concentrarían en Avenida Malecón.

Domingo había empezado a contar que "el perverso aquel maltrata a Rosa, con lo buena que es ella, pero si la bondad celestial me llega, por fin, seré feliz cuando me..."

En Infanta y San Lázaro la voz del altoparlante repetía incansable.

-¡A la marcha todo el pueblo!

Y sin quererlo, sin proponérselo siquiera, el Creador no ponía atención a las palabras de Domingo. No podía. La curiosidad era más fuerte que su voluntad. Él simplemente leía carteles y trataba de desentrañar los sucesos anteriores para dar lugar a esta muchedumbre concentrada.

-Porque --decía Él--, cada efecto está precedido por su causa, según un mortal escritor.

Luego dijo, como si hablara consigo mismo pero en alta voz:

-Y ciertamente, al mundo no sólo conocerlo sino transformarlo, como sentenciara aquel mortal que pensó tanto.

-¿Usted me habla a mí, Señor mío?

-Nada, reflexionaba aquí acerca de cuestiones totalmente terrenales. Algo que sólo compete a los mortales después de yo haberlos criado.

Domingo no entendía el meollo de la cuestión. Pensó que ése no era su problema y decidió atacar a fondo con lo suyo, pero el Todopoderoso abrió los brazos cual Mesías, y dijo:

-Veamos a este bullanguero pueblo que tanto clama al viento de la mañana.

-¿Y mi trabajo y su ayuda a mí, Padre San... ¡Oh, sí, sí, Dioscórides!

-Eres un topito, oveja baladora. Avancemos hacia la multitud arrolladora, y me cuentas tus cuitas.

Echaron a andar por la acera del Parque de los Mártires. El Todopoderoso marchó al encuentro del mar de personas, totalmente compacto, que bajaba hacia Avenida Malecón. Recordó entonces la vez que hizo apartar las aguas y Moisés, a la cabeza de su pueblo, cruzó el Mar Rojo. Mas, éste no era un mar de aguas tranquilas y ÉL lo sabía; no podría abrir una brecha en este mar aunque quisiera, pues no le bastaban las invocaciones espirituales; ÉL lo sabía. Se miró las manos vacías: si las tuviera llenas de objetos materiales abriría en cambio millones de brechas, Él lo sabía.

-Cuenta la congoja que te empequeñece, minúsculo ser.

Cotillón notaba cierto envenenamiento en la palabra celestial y no sabía por qué. Tragó en seco y empezó:

-Bueno, mire --hablaba y se iba sintiendo cada vez más a sus anchas con el Creador al lado-, Rosa arrancó hace una semana con ese malvado... Yo quisiera que ella volviera a mi lado... ¡Me necesita tanto, la pobre, quedó huérfana desde chiquitica y no sabe dirigir sus pasos, está traumatizada... En este país ya conocen mi situación y no comprenden... Vaya, yo quiero... Porque lejos de aquí los dos... Sí, es que nadie sabría la vez que ella me puso los...

Otra vez calló Domingo porque vio que el Todopoderoso había fijado sus penetrantes ojos en la anatomía trasera de una mulata que caminaba con un cartelón; allí podía leerse: "Gusano, lechuza, te cambias por pitusa". Y más abajo decía: Sección Sindical Empresa de Bienes Materiales.

Dios fue a lanzarse febril hacia la mujer, cuando Cotillón lo detuvo por un codo.

-Oiga, Dioscórides, mi problema es... Vaya, Rosa es tan atenta con mis amigos... Ella me sigue amando a pesar de que la obligaron a irse con...

Pero otra vez el Señor escapaba a la voz de Cotillón, quien se dio cuenta y calló. Ya iban por enfrente de Radio Progreso, Dios buscando a alguien con rápidas miradas por entre el gentío y Domingo intentando reconquistar al imponente personaje.

De pronto, la súbita alegría transparentada en el rostro todopedoroso iluminó varios metros a la redonda. Desde ese momento, el Creador no apartó sus ojos de la anatomía trasera de la mulata --ni de la delantera tanpoco--, que movía rítmicamente su cuerpo. El Altísimo se preguntaba cómo no se le había

ocurrido antes bajar a la Tierra y sentir en sus sentimientos ese erotismo terrenal tan conmovedor, el pecado que origina a los hombres y los vuelve tan fuertes y tan débiles.

-... pues, Dioscórides, con su ayuda ella regresaría a mi lado para yo cuidarla... para, después, juntos en otro lugar, iniciar una vida nueva... ¿Usted me comprende?

Pero ÉL caminaba tropezando con la gente, no quería perder de vista a la mulata. Y Domingo estaba molesto por la poca atención que el Todopoderoso le prestaba. Habían llegado a la esquina del Ministerio de Comercio Exterior, en 23 e Infanta. Dios tomó a Cotillón por un brazo, lo condujo al otro lado de la calle 23 y quedaron parados en la acera de Cubana de Aviación, cerca de la fuentecita, y mirando a la multitud enardecida, que esperaba impaciente algún mandato.

-¿Pero qué le sucede a este impetuoso pueblo, embravecido por no sé qué suerte de orden o de desorden?

-No sé... Quién sabe si es por eso de las embajadas.

-Natural que tu mortal conciencia no sepa qué sucede, mi topito divino. ¿Cómo vas a saberlo, si no posees aparatos ni compras papeles escritos?

-No, Dioscórides --se apresuró Cotillón en tono confidencial--, la mayoría de los habaneros vienen metiéndose en las embajadas desde hace una pila de años, y ahora pasó otra vez lo mismo, porque... ¿sabe usted? Aquí hay gente pidiendo su libertad, aquí falta de todo. No hay de aquellos jabones olorosos, ¿se acuerda? Perdón, me parecía que hablaba con alguien de aquí... Bueno, tampoco hay de aquella pasta dental que dejaba los dientes fresquitos; tampoco hay velas para alumbrar a los santos ni a los muertos... A la gente ni le da deseos de trabajar por la falta de desodorante... Dicen que el bloqueo, ¡shtt, el blqueeeo!

El Todopoderoso lo contempló un segundo, le pareció que no tenía por qué meterse en el problema, pero replicó:

-Caramba, Domingo Cotillón, no puedo creer que por la falta de esas cosillas la gente se meta en las embajadas y se quiera ir de esta tierra; tiene que ser por razones grandes... En definitiva, pueblos hubo que andaban de éxodo en éxodo, en busca siempre del suelo donde plantar su casa y criar su simiente. Los que se desarraigan están condenados a rodar como esas plantas

del desierto, secas ya, que desandan impulsadas por los vientos --el Creador no quitaba ojo de la multitud--. Te diré que siempre hubo ejércitos bloqueando pueblos: los griegos a los troyanos; los romanos a los cretenses; los moros a los españoles, y por cierto gracias a eso los peninsulares descubrieron el Nuevo Mundo después de yo hacerle llegar subrepticiamente ciertos indicios a Cristóbal Colón, de ahí que él terminara creyendo en mí... Con muertos de más y muertos de menos, los pueblos siempre han sobrevivido a pesar de faltarles una u otra cosilla. También, de toda la vida, hubo traidores y débiles que quisieron huir del bloqueo y terminaron ensartados en inmisericordes lanzas amigas-enemigas, incapaces de reconocer quién es quién en medio del apasionamiento...

Domingo parecía un perro rabioso y acorralado, y trataba de escuchar al Inmortal con buena presencia de ánimo pero estalló de súbito:

-Como se ve que Usted vive cómodamente allá arriba y que jamás baja... Como se ve que Usted desconoce las razones de unos para irse y las razones de otros para quedarse... Como se ve que después de Usted haber hecho esta mierda --y Cotillón abrió los brazos para mostrarle a Dios las gentes, los árboles y los edificios--, no volvió a meter las manos en la masa que Usted mismo creó... Como se ve que ni usted mismo sabe qué tipo de levadura añadió a la masa, que crece incontrolablemente hacia toda partes y no sólo hacia donde Usted quería... Por cierto, como dice Usted, deseo hacerle una pregunta ingenua: ¿Sabía Usted que dentro de toda la masa con carga positiva para Usted, le ha salido bastante masa con carga negativa para Usted?

El Creador miró asombrado a Domingo Cotillón: jamás imaginó que aquella mansa ovejita fuera a erguirse de tal manera. El otro continuó rabiando entre dientes:

-Mire, tampoco se puede salir a la calle. Nadie puede andar libremente por ahí.

-¿Entonces, este mar de olas bravías, cómo anda hoy por las calles?

-Es que... --Domingo bajó la voz--, la gente sabe mucho... Nos obligan a venir por los CDR de las cuadras, por los sindicatos en los centros de trabajo, por las organizaciones estudiantiles en las escuelas...

-¿Cómo es eso, corderito? ¿Los obligan? No veo a nadie armado.

-Es que todos son milicianos, Dioscórides. ¡Hasta los mismos que se

meten en las embajadas, los que se van en las balsas! ¡Esto es un arroz con mango que no hay dios que lo entienda!

Al tiempo que escuchaba a Cotillón, el Todopoderoso no perdía pie ni pisada de la frondosa mulata con el cartelón en las manos firmes. Revisaba las partes fundamentales de aquella anatomía mortal y comprendía que nunca había visto beldades santísimas como esta, mucho menos una que se moviera con tal feminidad.

-¡Dios mío! --suspiró ÉL y se llevó la mano a la boca.

En una ocasión la mujer no resistió el peso de la mirada por más tiempo y se volvió: vio entonces que los ojos todopoderosos la atravesaban de parte a parte. Fue ahí cuando ella comenzó un ligero contoneo, un inquieto movimiento de caderas y miradas deslizantes entre el gentío a su alrededor. Parecía que algo la había tocado del Señor, y ÉL contentísimo.

-...entonces, Usted primero calmará los nervios de Rosa, que debe tenerlos destrozados porque el malvado aquel la tiene trabajando a toda hora... Si viera lo delgada que se ha puesto, la pobre...

Pero Dios no escuchaba a Cotillón a pesar de haberle pedido que contara el problema. Sólo tenía ojos para la mujer, con la que ya se comunicaba a través de miradas cargadas de mensajes sólo descifrables entre ambos.

-Señor --Domingo tocó con mano espantadiza el brazo inmortal--. Necesito su ayuda, Señor. A pesar de todo, yo tengo tanta fe en Usted...

Dios andaba sin embargo en otras meditaciones.

-Pienso si sería o no prudente prolongar mi visita al Paraíso Perdido, meterme entre los mortales y ayudar a solucionar sus problemas, a transformar con ellos el suelo que pisan...

Domingo lo miraba incrédulo, y Dios seguía:

-Porque veo que son terribles en sus carteles contra las personas honestas, según me has dicho.. Pero los de las calles son tantos y dicen todos lo mismo, que reflexiono si no sería de otro modo... Porque mis oídos que todo lo oyen, y escuchan lo que les da la gana, han percibido cientos y miles de historias, tragedias unas y comedias otras, y algunos de los que se metieron en esas embajadas se parecen a los que hice quemar en Sodoma y Gomorra.

Mas, Domingo Cotillón estaba muy mal en historia y nada sabía de geografía moderna ni antigua; no recordaba el catecismo y apenas si podía

hablar ahora por la furia que le enredaba la lengua y las entendederas.

El Todopoderoso lo miró con desdén y pidió:

-Cuenta, cuenta, cordero...

Cotillón empezó a mirar al Creador de otra manera, pero seguía confiando en obtener la ayuda fabulosa y se empeñó en contar su drama:

-Es que mi fe en Usted, además de su inteligencia y fuerza, harán que ella vuelva al hogar para juntos ir hacia...

-Domingo --lo cortó Dios--, ese no es el único problema tuyo, tú eres un protestante, tú mantienes una actitud larval, nunca erguido...

El Todopoderoso bajó a la calle y se metió en la multitud. Cotillón desesperaba, no sabía qué hacer, vigilaba la cabeza medio calva de Dios y el traje de miliciano que se alejaba y volvía. Le parecía que el Creador buscaba otra vez a la mujer.

-Dioscórides..., Dioscórides... --llamaba Domingo desde la acera--Diosco..., Dioscosito.

Domingo empezaba a acongojarse.

Pero él no, él, ¡él, precisamente, Domingo Cotillón, no se metería entre los barrioteros insolentes!

De pronto, ocurrió un cambio, se desató una fuerza extraordinaria:

¡La denominada marcha del pueblo combatiente había comenzado!

Para Cotillón fue impactante. Miles y miles y miles de personas rompieron a caminar hacia la Oficina de Intereses de los Estados Unidos de América del Norte. El Todopoderoso andaba por allí cerca, buscando a la mulata de nalgas como tumbadoras en contínuo repique. Domingo lo vio y empezó a llamarlo, lastimero.

-Dioscórides, ¡Dioscórides! --y como le parecía que a Dios se le había olvidado el nombre falso, pensó que también lo dejaría allí sin la ayuda. Le daba miedo estar en la acera, porque la gente en la calle había empezado a crecer con cada zancada, eso le pareció a él o que como él estaba en otra dimensión pues la medida de referencia era distinta.

-Dios mío... --gimió entonces.

El Todopoderoso volvió su cabeza y se apresuró en llegar al lado de Domingo.

-Comprobado que hube la pasión terrible de esta gente de decir una de la

tantas verdades, debo informarte, becerro, que mi posición no está en el Cielo.

Cotillón tenía los ojos y la boca totalmente abiertos.

-¿De qué verdad habla Usted, Padre mío? ¿No se da cuenta de que aquí cada cual tira para su bando y que hay tantos bandos como intereses, lo mismo arriba entre unas pocas decenas que abajo entre millones? ¿No acaba de comprender que hay tantas verdades como gentes existen, como días hay en el almanaque, como problemas hay en un día...? ¿No acaba de compreder que usted bajó a esta tierra porque yo lo invoqué para que me ayudara a mí, a mí nada más, coño?

Y calló enfurecido consigo mismo por la pila de caballos que tirara arriba de ÉL. Pero por desgracia Domingo Cotillón era del tipo de gente que carecía del empuje necesario para concluir las peleas que él mismo iniciaba, y terminó bajando la guardia.

El Todopoderoso aprovechó para decirle:

-Te diré una cosa más, mortal que me has invocado, no haré contigo como una vez hice con Job.

-¿Por qué Padre Santo? ¿Quién es ese Job, por favor?

-Ah, crasa ignorancia la tuya. Era un patriarca que perdió diez hijos, sus riquezas, enfermó y se vio arrojado en un muladar. Para recompensar su resignación, lo sané, dupliqué sus bienes y le concedí nueva familia.

-Pero Dios mío, yo lo bajé a Usted... Si no es por mí, Usted no se paseara hoy por estas calles... Gracias a mí devoción, Usted no está ahora en el Cielo o peor aún tan solo allá arriba, bastante aburrido por cierto... Por eso, no me abandone aquí, que yo necesito su ayuda... En el Norte no saben que ella me... Aquí sí lo saben... Allá yo no seré uno de ésos señalados con el dedo índice, porque allá es normal que la gente siga con la mujer si ella le ha..., vaya, sí, con otro se..., ¿me comprende, usted? Ayúdeme como hizo con ese Job. Haga que ella regrese al hogar.

A Cotillón le pareció que la gente en la calle había crecido mucho, tanto que sobrepasaba los dos primeros pisos de cualquier edificio. Y pensó que sólo él y el Todopoderoso conservaban sus estaturas normales. Dios bajó un pie a la calle y creció diez centímetros.

-Necesito su ayuda, mi Señor..., dijo Domingo mirando hacia arriba.

-Cotillón, me recuerdas a un enano que se mudó de pueblo para que no

le gritaran más que era un enano. A los pocos días regresó disgustadísimo del otro pueblo, diciendo que allá tampoco podía vivir porque le gritaban lo mismo.

El Todopoderoso miró a todas partes y recordó con regocijo una de sus más ardientes creaciones, porque la gente avanzaba cual lava ardiente y multiplicada. Domingo al contrario se sintió sobrecogido pues el tumulto y su griterío le trajeron a la memoria, más vivos que nunca, los seres viscerales que subían al barrio residencial, desde los huecos pestilentes, para arrebatarles las canicas coloridas a él y a los demás amiguitos de la escuela privada.

De súbito, ÉL saltó estremecido: había visto lo que buscaba. Y se volvió a Domingo en giro rápido:

-Grandísimo carnero, venado, alce, pusilánime..., no porque quieras irte de esta tierra sino por la razón que esgrimes para lograr ese fin. ¡Yo no soy tu dios!

El Creador se metió entre la multitud. Iba corriendo, alcanzó a la mujer y con gestos muy caballerescos le pidió el cartel. Se miraron y se echaron a reír.

Domingo no cesaba de clamar por ÉL.

-¡Ay, Dios mío, Todopoderoso, Padrenuestro, Espíritu Santo...

Todos pasaban al lado de Domingo y miraban hacia abajo. Casi nadie sabía de dónde salía aquella vocecita. Debían inclinarse para verlo, porque Cotillón les quedaba mucho más abajo de las rodillas.

El tiempo seguía girando, girando, girando, cuando un mulato musculoso se acercó al sitio de la voz, reconoció de qué boca salía, se agachó y puso una mano en el hombro de Domingo; él sintió los callos de aquella mano como lija que raspaba su piel.

-¿A quién llama, compadre?

-A Jehová Dios, que se fue por ahí --decía en un puchero, frotándose los ojos con ambos puños y la cabeza gacha.

El hombre, inclinado sobre él, se echó a reír. Pero le siguió la corriente, preguntándole cuál de todos aquellos miles de hombres sería Dios. Domingo dijo que no veía porque todos eran gigantes. El hombre miró alrededor:

-¡Mucha de la gente que hay por aquí es altísima de verdad -admitió el mulato musculoso de buena gana--, pero muchísimos otros y que son la inmensísima mayoría son altísimos de mentira!

Y riéndose, el hombre suspendió a Cotillón por encima del mar de cabezas. Domingo señaló al Todopoderoso:

-¡Aquél...! ¡Aquél del cartelón con la mulata al lado, el de la calva y el traje de miliciano!

El hombre se fijó bien en la persona señalada, colocó a Domingo en la acera y soltó una carcajada.

-¡No coma mierda, compadre! ¡Ese es Dioscórides Paz do Ceu, el sereno de la empresa!

La Habana, 1981

EL DIABLO QUIERE SER BUENO

Sólo piedras decoraban el lugar. El trino de los pájaros extraviados y la limpidez del aire le daban una nota diferente, borrando en parte la soledad y la aridez. De repente, en ese sitio la tierra dio un zapatazo y se abrió en pavoroso hueco de donde surgió amoníaco y azufre. Los sismógrafos detectaron el epicentro del temblor telúrico y las agencias internacionales de noticias transmitieron al mundo entero la información como una más.

Lo cierto es que allí había aparecido el Diablo.

Lucifer llegó cual toro horrendo que echaba fuego y humo por las fauces. Movióse colérico y de las pezuñas saltaron millones de chispas. Avanzó pesado hasta un montículo, dejando en cada sitio la marca abrasadora de sus patas. Un peñazco se le interpuso y del resoplido que dio lo hizo añicos. Entonces observó sereno el pequeño pueblo en la planicie reverdecida: camiones, autos, carretones y personas a pie o en bicicletas se movían como habían hecho casi siempre y seguían haciéndolo hasta ese día terrible.

Alrededor del demonio comenzó a girar vertiginoso un remolino que oscureció todo. Crujientes y desgarradores sonidos pudieron oírse a varios kilómetros, luego el cielo negro de unos instantes tornó a una luminosidad que hería. En lugar del toro de cuernos agudos había un hombre alto, delgadísimo y de piel blanca pero como tostada por el sol. Medio calvo era y con pequeños ojos incrustados en la cara bajo las pobladas cejas.

Era viejo el Diablo y por eso sabía mucho; había decidido subir a la superficie de la tierra por primera vez para meterse entre los seres humanos y juzgarlos en vida.

"Después de muertos es fácil hacerlo", se había dicho.

Maldijo una vez más a su Padre Celestial por haberlo concebido ángel, bajo el nombre de Luzbel, tan lindo, para transformarlo después en criatura amarga. Conocía lo bueno y lo malo, mas sólo ponía en práctica la maldad pues para eso existía, también para cargar con las culpas eternas. Nadie hablaba bien de él. Mucho había oído decir, por los diferentes canales de información de que disponía, sobre su cruel manera de tratar en el infierno las almas indefensas. Bastante sabía acerca de la opinión que de él existía entre los vivos. Cuando par de creyentes y viejos se despedían expresaban recíprocos: "Vaya usted con dios" o simplemente se decían “Adios“, que es lo

mismo que decirle a uno “Ve hacia Dios“. Pero si eran enemigos, simples conocidos o personas que por primera vez chocaban, decíanse: "¡Vete al Diablo!" Y así, pensaba él, no podía continuar ni la vida ni la muerte.

En las catacumbas terríficas, al lado de las calderas repletas de aceite hirviendo que cocinaban almas y más almas aterradas, el Diablo concibió el plan. Lo concibió porque se dio cuenta de que el Padre Celestial lo había creado por puro egoísmo de su parte, además de colocarle el oscuro reino de la maldad, allá abajo, hacia lo negativo, donde es malsano el aire y donde, en modo alguno, es imposible establecer el lado positivo de las cosas. ¿Para qué entonces hacerles juicios a las almas, pesarlas..., si todo en ellas está perdido? De paso, y por contraste, el Máximo Hacedor de Todas las Cosas, el Magnánimo, el Que Está en lo Alto resplandeciendo por siempre, el Bueno... ennoblecería más aún pues ni una mota de polvo empañaría sus nobles acciones.

El Diablo no era bobo. El sabía. Si enfrentaba en la misma superficie de la Tierra a cada individuo, persona por persona, cambiaría la visión que de él tenían todos. Así, también escucharía los problemas de la gente y se metería dentro de cada uno, haría realidad los deseos de todos. ¡Sería igual a Dios!

"Seré justo alguna vez en mi larga existencia de torturador", se confesó a si mismo.

Y echó a andar loma abajo.

En el paso elástico de aquel hombre larguirucho la gente advertía un temperamento de fuego. Puro nervio denotaban sus movimientos. No reía jamás, y tampoco miraba hacia atrás cuando alguna mujer pasaba por su lado aunque llevara pantalones estrechos y poseyera voluminosas nalgas. Esto último hizo que dos bebedores en un bar de esquina repararan en él. Los individuos habían agotado los temas de conversación y el dinero en sus bolsillos.

-No parece de este mundo, tú --dijo uno de ellos después de mirar al Diablo y el otro lanzarse a reír como trueno desencadenante de la peor tormenta:

-¡¡¡Jajajajajajajajajajajaja!!!

Lucifer escuchó eso y otras millones de palabras en el momento, mas prestó atención a los dos bebedores. Ellos continuaban observándolo. Las

mujeres seguían pasando y el Demonio no las miraba por ninguna parte. Una de ellas incluso se sintió molesta por la falta del piropo, tan común y necesario como el aire que respiraba.

El Diablo concentraba su atención en los dos hombres, quienes llegaron a la conclusión de que era un loco recién salido del manicomio o un enfermo al que le habían dado el alta del hospital. En la barba rala podía verse la convalescencia, también en los ojos afiebrados.

-Fíjate bien, tú --dijo el negro chiquito--. Mira las uñas largas de ese tipo, mírale las orejas con los piquitos así para arriba... Ese tipo se me parece al Diablo.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajajaja!!!

El demonio escuchaba sorprendido. Estaba molesto consigo mismo por haber sido incapaz de esconder su magra figura en un disfraz mejor, pero ya no podía solucionarlo, salvo que desapareciera a los dos borrachines y eso no quería hacerlo él. Deseaba de buenas entrañas alegrarle la vida a las gentes. Por eso oyó los ruegos de una mujer:

"Dios mío, que no se vuelva a ir con otra, haz que vuelva a mi lado, que me lleve dentro, que me ame con locura, que me lleve dentro, que me ame con locura, que me lleve dentro con locura..."

Lucifer decidió comenzar su era de diablo bueno con aquella infeliz. Y en vez de pasarle el mensaje al Todopoderoso, localizó él mismo al hombre amado a tres kilómetros de allí, lo vaporizó en aquel sitio y lo corporizó al lado de la mujer. Inconsciente de lo que sucedía, ella se vio empequeñecer e ir fluyendo rapidísimo, como gas líquido, hacia el interior del hombre, que quedó loco en un santiamén. El Diablo fue feliz. La primera vez que actuaba por su cuenta y ya se sentía satisfecho de verdad.

--¡Se acabó la era del Diablo malo!

Y seguía atendiendo a los dos bebedores.

-Me la juego contigo a que ese tipo no trabaja en ninguna parte --dijo el gordo y grande.

-Eso lo sabe cualquiera, tú. Pero vaya, a que nunca ese tipo ha visto una mujer encuerá --añadió el negro chiquito.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajajaja!!!

Y las risas atrajeron a varias personas.

-Yo diría más bien que ese flaco nunca se acostó con una hembra --replicó el gordo y grande.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

El Diablo rechinaba de rabia. Apenas unos minutos en la tierra para hacer el bien y ya lo injuriaban de aquella manera. Tuvo la buena idea de darles una lección y para ello se les acercó.

En la vestimenta un poco extraña y en sus zapatos pasados de moda los borrachos también creyeron ver un guajiro que por primera vez venía al pueblo, y volvieron a lanzar estentóreas carcajadas.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

El Demonio había concebido tal atuendo --de guayabera blanca y pantalón de corduroy rojo-- para no llamar la atención y le pareció que eso mismo lo delataba. Lo peor eran los zapatos, unos matacucarachas que había visto en los pies de un alma atormentada

¡Qué encabronamiento tenía el Diablo consigo mismo y con toda la humanidad! Pero no, él había ascendido a la superficie de la Tierra para provocar un giro de 180° en los pensamientos de las gentes y no que le siguieran temiendo y maldiciendo.

Entonces caminó resuelto hacia los hombres. Estos se dijeron en voz baja que venía a pedirles un trago. Automáticamente le dieron las espaldas.

La cólera del Diablo salía por sus ojos como brasas de carbón, y por las escuálidas mejillas rodaban lágrimas hirvientes.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

-¿De qué ríen, buenos hombres? --preguntó detrás de aquéllos, que volvieron a reír estruendosamente.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

-De nadie en particular --dijo el negrito--. Pero si le duele algo, vaya al policlínico.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

El Demonio observaba callado a los dos impertinentes. Le hubiera sido fácil disolverlos en una tremenda tempestad de truenos y rayos o desaparecerlos en silencio. Pero... ¿perdería su paciencia con los dos primeros humanos que le dirigían la palabra voluntariamente?

Tenía que poner en práctica toda su sabiduría de viejo y de Diablo.

Taladró los pensamientos del par de borrachines y le fue imposible sacar ninguna conclusión. Solo vio botellas y más botellas de aguardiente vacías, vasos de cristal rotos, candores luminosos, discusiones estúpidas, palabras inteligentes, amarguras pesadas, dulzuras leves, decepciones tontas, bodas aplazadas, divorcios sin confirmar, dinero que había llegado lento durante un mes y se iba en una borrachera de tres días, mujeres voluptuosas que pedían mucho de todo y ellos apenas podían darles un poquito de nada...

Algo oscuro vio el Diablo en esto último, intuyó que era cosa de la cama, de eso que un hombre y una mujer hacen juntos y jamás solos por su cuenta. Comprendió que de eso, precisamente, él no sabía ni jota. El conocimiento único sobre esa materia era poner en el fuego eterno a los fornicadores, a los adictos a la lujuria, a quienes veían en el natural movimiento de metersacar penes en “huecos” algo así como un juego prohibido y el objetivo único de sus vidas... Pero más allá de tal acto no iba su sabiduría en el asunto. El pobre Diablo había nacido ángel y pasado a demonio que todo lo conoce, mas ese secreto de la procreación, ese suspiro ronco de par de gentes encaramados uno arriba del otro, ese erizamiento de dos seres cuando se aparean como choques de trenes no lo sabía él, ni le pasaba a diecisiete kilómetros de la imaginación... Por esto último no le resultó doloroso desconocer lo que vibra dentro de uno cuando ocurre semejante acto de magia y de tormenta y al instante olvidó el asunto.

Trató sin embargo de meterse nuevamente en las cabezas de los dos borrachos y retrocedió mareado. Ahí mismo y por pura casualidad se dio cuenta de su asombrosa capacidad para averiguar cómo piensa la gente si conversa con ella. Y se acercó más.

-¿Los puedo invitar, señores? --preguntó amable Satanás.

Los dos borrachos se miraron y, gozosos, le permitieron la entrada entre ambos. Palmadas y lisonjas de todos los colores le dieron al Diablo. ¡Qué buen hombre les parecía a los dos, y tan elegante con esa estatura y esa vestimenta!

-¡Porque usted ha de ser uno de esos individuos que ha corrido mucho mundo y le sabe a la vida de verdad!

Lucifer sonreía halagado y decía que conocía poco, pero los borrachos ya bebían entusiasmados gracias a la invitación, alabando el aire inteligente de quien tiene en nosotros dos amigos para lo que sea y no es un tacaño como

esos mierdas que conocemos por ahí...

El Diablo comprendía que penetraba a velocidad formidable en las almas del negro chiquito y del gordo grande. Sonreía para sí, viendo de antemano el triunfo sobre toda la humanidad. Quién sabía si hasta podría revelarles su identidad. Mas, faltaba mucho para ese momento si es que acaso era necesario. ¡Cómo lo respetarían entonces, sí, respeto y no miedo quería él! ¡Porque a una bestia bruta y sanguinaria se le teme, pero a un hombre inteligente y de autoridad se le respeta! Previendo semejante posibilidad, habló de las abismales pretensiones del hombre para permanecer vivo en la tierra, cuando a todo ser vivo le es dado fenecer por la fuerza de la existencia misma.

-Ven acá, mi socio --se volvió el negro y la nube etílica mareó al Diablo--, ¿tú eres de esos que piensan mucho y estudian mucho y también escriben muchísimo...? --y volviéndose al gordo, le preguntó removiéndolo por un codo-- ¿Cómo le dicen a esa gente, tú?

-Estudiosos, compadre.

-No, tú. Digo esos tipos que piensan y hablan de todo y escriben libros sobre cualquier cosa... Y mientras más quieren aclarar las cosas con sus escritos, más las enredan... ¡¿Vaya, carajo, cómo le dicen a esa gente?!

El Diablo no pudo contenerse y recordó a una gran cantidad de filósofos: los nombró con fecha de nacimiento y de muerte.

"Casi todos se están asando allá abajo", pensó. Su veloz memoria revisó la lista de los que estarían en el cielo y rectificó para sí: "Todos se están asando allá abajo".

-Pues usted es un filósofo de esos, vaya, porque le sabe a la vida que ni mandado a hacer.

El demonio movió su cabeza calva, intentando decir que no, que ellos sí conocían a los hombres. Pero los borrachos no escuchaban las palabras de modestia pronunciadas por Lucifer. Bebían condenadamente un vaso tras otro, gracias a la generosa invitación, y él se dijo que debía imitarlos. Llevó por primera vez su vaso de aguardiente a los labios y par de lenguas de candela, como sopletes potentísimos, le salieron por los dos huecos de la nariz. Había olvidado apagar el quemador piloto. El negro se volvió sonriendo y lo miró de arriba a abajo.

-Vaya, vaya, si el hombre es mago.

-A ver, compadre, póngame un huevo ahí y usted sí es mago de verdad.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

Satanás comprendió que todo funcionaba maravillosamente y decidió seguirles la corriente de la magia. Era una buena manera para esconder cualquier cosa rara que podía suceder con él.

-Aquí tienen --dijo Lucifer con el puño cerrado sobre el mostrador. Al abrirlo, había allí un reluciente huevo de gallina.

-¡Ñó, compadre, como si lo hubiera puesto él! ¡Calientico y to'!

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

-A ver, a ver, tú --el negro chiquito se irguió en las puntas de sus zapatos y palmeó con fuerza el mostrador de formica--. ¡A que no pones los dos huevos aquí arriba!

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

Varias personas se volvieron al pasar y comentaron que últimamente aquel bar se estaba convirtiendo en un lugar muy indecente.

El demonio quería ganarse a los dos borrachos y cerró los puños sobre el mostrador. Otros dos huevos hirvientes rodaron sobre la formica.

-No dije esos, tú --y los borrachos empezaron a orinarse de la risa.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

Se llevaron sus manos a las portañuelas que apretaron con furia.

El Diablo no veía motivo alguno para las carcajadas y se mantenía más tieso que una estaca.

El negro corrió al baño y regresó con suspiros.

-Lo mejor del mundo es mear cuando uno se está meando, tú. Esa es la filosofía de la vida y lo otro es jiña de caballo.

-Pues pa' eso son los amigos, compadre, pa' compartirlo to'! Vea usted, ya fue al baño y me dejó con acá el señor. Ahora yo se lo doy a usté y así vamos andando por la vida... No se me vaya, compadre, que me ha caído bien.

El Demonio olía que algo le estaba saliendo mal, pero veía que de todas maneras las cosas marchaban. Ninguno de aquellos seres humanos se había dado cuenta de su verdadera identidad.

-Ven acá, asero --el negro tocó el magro pecho del Demonio--. Fíjate que no digo asere. Un tipo tan duro como tú no es un asere... ¡No, no, es asero! Bueno, dime una cosa ahí, asero..., ¿tú tienes plata pa pagar estos tragos?

Vaya, no es desconfianza. Es que hay mucha gente por ahí queriendo pasar por Diablo y uno es un camaján de la calle pa que le hagan cuentos a uno... Yo sé que tú eres una gente seria, decente, franca, cumplidor, buenagente, porque to eso se ve en la cara del hombre, tú.

Lucifer metió la mano en un bolsillo y, de donde en apariencias no había nada, extrajo muchos billetes azules parecidos a los de la caja contadora. Los ojos del negro y del gordo se desorbitaron.

-Usted es de los nuestros, compadre. No tiene tema en esta vida y ni en el infierno dejaría de servirle, compadre.

-Pocos filósofos de esos he visto yo que le conozcan a la vida como tú, asero... Porque para eso se nace varoncito. El hombre que es hombre tú lo miras y sabes que es hombre nada más que de mirarlo. Eso se ve, se conoce que haz tenido cuarenta hembras cayéndote atrás. Vaya, de mirarte se nota que tú no perdonas a ninguna, asero.

Lucifer recordó la manía de los hombres de santificar a las mujeres que antes hicieron sufrir. Juana de Arco era una de ellas. Santificada la tenían en la Tierra y él la había sumergido en una caldera de aceite hirviendo. Desnuda la puso allí. El cuerpo de aquella joven de dieciocho años no le produjo ni cosquillas al pasar por sus manos. Se preguntó entonces de qué le hablaba aquel borracho y lo único que se le ocurrió responder fue que nunca había estado con una mujer, que desconocía el acto sexual, que no le apasionaba semejante práctica, que no veía nada indecoroso en ello sino neutro, vacío, soso, falto de sal... Deseaba aparecer inocente a los ojos de los hombres para conseguir su propósito de diablo bueno.

Y aquéllos dos recostados a la barra fueron abriendo los ojos:

-¡Pero no me diga que usted cacarea, compadre! --dijo el gordo rascándose el cogote.

-¡No me ofendas al hombre, tú! ¿Qué pasa? ¡Si él tiene ese defectico no por eso va a dejarse de tomar los tragos con estos dos buenos amigos! ¡Porque nosotros somos gentes que lo entienden todo, asera!

El Demonio quería comprender la jerigonza etílica y se le volvía muy difícil penetrar en las neuronas amelcochadas de los dos borrachos. Intentó dar un giro de noventa grados a la conversación, pero no había manera de prevenir las palabras de aquel par, que desde hacía rato no paraban de hablar con él y

de él.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

Y de súbito, Satanás encendió los ojos al rojo vivo. El gordo y el negro dijeron que era lo mejor que habían visto en sus vidas, que ni el Diablo le hacía nada en magias.

Ahí mismo Lucifer se atragantó con par de bocanadas de azufre llameante y en un formidable remolino que surgió de una patada, empezó a trastornar Cielo y Tierra.

Los dos borrachos reían escandalosamente.

-¡¡¡Jajajajajajajajajajaja!!!

-¡Se parece al Diablo, tú! -dijo el negro señalándolo y a la vez brindando por la magia.

-¡Soy el Diablo! -exclamó Satanás, guturalmente.

-Compadre, no le meta más al aguardiente y vaya pa su casa a darse un baño.

El Demonio giraba colérico y los borrachos comentaban que a cualquier comemierda le da últimamente por atravesarse una mazorca de maíz en el cu...ello -en esta parte reían bestiales, señalándose las nalgas- y después dicen que son zeppelines.

Otra terrible patada contra el suelo abrió un pavoroso hueco que se lo tragó. Entonces el negro comentó reflexivo que no se le puede decir la verdad a nadie, porque mira tú lo que le hacen a uno, se van sin despedirse y sin pagar, que es lo peor.

La Habana, 1989

EL ULTIMO CUENTO

Bueno, ya tengo varios cuentos escritos y me parece que con uno más puedo terminar este libro, un seguro éxito editorial. Me envidio yo mismo por lo que se me ocurre. Hace un momento me paré delante del espejo y dije: "¡Soy un cabaaallo!" La imagen sonreía socarrona.

Imagino a la gente aplaudiendo el libro, que es aplaudirme a mí, y vuelo bajito de solo pensarlo. Tengo tal enamoramiento conmigo mismo que en cualquier momento me caigo a besos.

Pero a lo que iba, el último cuento pudiera titularse así:

DIOS Y EL DIABLO SON SOCIOS

y voy a escribirlo de esta manera:

Satanás no se fue por el hueco abierto de una patada ante los borrachines. Por algo es Diablo. No iba él a perder su viaje a la superficie de la Tierra para largarse malhumorado después de una conversación estúpida con los dos primeros jodedores con que se topaba.

En realidad, el Demonio desapareció entre la tremenda polvareda y enrumbó calle abajo para ver el mundo. Dio cincuenta y una vueltas por el pueblo y terminó entrando en una heladería porque necesitaba algo frío para matar la quemazón en el pecho y la garganta. Todo le sabía a azufre. Una trabajadora gastronómica, gorda y prieta ella, hablando como una cotorra, ensartaba la malcriadez de los hijos ajenos con las papas en la bodega y la sospechosa barriga de la hija de la vecina, y no escuchó el pedido de Lucifer. El hirviente usuario repetía el pedido en más alta voz cada vez, hasta que gritó histérico ¡un helado!, y recibió un grito parecido:

-¡Yo no soy sorda, papichuli!

Al Diablo se le enrojecieron los ojos a lo conejo y de un movimiento de mano la convirtió en cerdo vestido de camisa blanca con falda negra. Desgraciadamente, el lacito cayó al suelo, pues el cuello era fantásticamente grueso. Quedó gruñendo al otro lado del mostrador.

Satanás salió de allí soltando llamaradas. Debía serenarse o la acidez le aumentaría. Al pasar delante de un cine vio, en la cartelera, que exhibían La Quimera del Oro y se acordó de lo comiquísimo que le resultaba ver a Chaplin saltar con las manos en los fondillos, mientras lo asaba allá abajo, en sus

predios. Decidió entrar para calmarse pero, horror, la proyección empezó veintidós minutos después de lo señalado, se comieron un rollo y partieron la cinta por tres lugares. La ira se lo llevaba al Infierno. Por eso alargó la huesuda mano en dirección a la cabina de proyección y luego la estiró rápidamente, y en sentido contrario, hacia la pantalla. Al momento el proyeccionista se vio junto a Chaplin, pero tan incoherente y estúpido en sus movimientos que hubiera sido una infamia ponerlo en los créditos del filme.

Más rabioso aún, salió de la sala cinematográfica haciendo visera sobre los hundidos ojos de color negro. Fue cuando comenzó a sentir acidez de verdad; necesitaba urgentemente un antiácido o terminaría con úlcera. El origen de aquel mal estaba en un pequeño defecto del quemador interno y debía repararlo cuanto antes o las llamas le saldrían por la nariz. Y fue al taller de efectos electrodomésticos, en horario de atención al público, por supuesto. En ese preciso instante una mujer baldeaba el local.

-¿Oye, tú, no ves que estoy limpiando? --exclamó al tiempo que intentó mojar los zapatos de dos tonos del Diablo, quien subió sus pantalones de corduroy rojo con ambas manos, dio un saltico, y la dejó hecha un enorme reloj que en lugar de péndulo balanceaba un escobillón y marcaba la hora terrenal de limpiar pisos en los centros de trabajo: 6:00 am.

¡Qué va, Lucifer sufría muchísimo aquel infierno en el pecho! Cómo le hubiera gustado eliminar mezquindades en los hombres, convertir la angustia en flores, lanzar la tristeza a las catacumbas y barrer rencores entre padres e hijos; eliminar incluso las diferencias entre chiquitos y grandes, subiendo a unos o bajando a otros. Pero el diablo son las cosas y menudencias terrenales le impedían elevar el montón de pensamientos para la pretendida revolución sentimental.

La acidez aumentaba y pensó que una cerveza fría le vendría bien, por lo que casi corrió al hotel nuevo, adonde llegó endiabladamente rápido. Subió por los escalones y cuando trasponía la puerta sintió que un tipo grandulón, vestido de azul y con gorra de plato, lo agarraba del codo para preguntarle qué deseaba el señor y advertirle que si no era huespéd no podía pasar.

Reflexionó un segundo. Comprendió que nunca bebería cerveza allí, en el fondo de los ojos de aquel gigantón notó una barrera infranqueable: vio poco cerebro y muchas fuerzas. Por eso dejó escapar una bocanada de azufre y

ante el asombro de tres parejas de enamorados y dos hombres solos -todos socios del portero- dividió al grandulón en cuatro enanos que recibieron una ración de patadas de dos tonos en los fondillos.

De todas maneras, una cerveza con ira es peor que un purgante. No bebería ninguna, sino un simple vaso de agua fría. Siguió hacia el interior del hotel y pidió el líquido en el restaurante. El berrinche le aumentaba por la tardanza, aunque el solícito capitán hubiera ordenado "agua para el señor". Se la trajeron caliente y no lo pensó ni una vez: puso a hervir las jarras particulares de los dependientes, que contenían hielito frappé.

Iba haciendo diabluras y trataría de calmarse. No sufriría por insignificancias.

Pasearía por la calle principal del pueblo, donde está el comercio y la gente se amontona. Allí vería los problemas de cada cual y los solucionaría, pues a eso había venido. ¡Tenía que cambiar los métodos!

Así que iba mirando a todos. Cuánta policromía en pieles humanas y vestidos. Cuántos modos de mirar y de ver. Observó que muchos llevaban por fuera lo que no tenían dentro. La parte mala de Satanás se alegraba, mientras que los nuevos conceptos sobre sus relaciones con los mortales se le hacían cada vez más insoportablemente necesarios de aplicar.

De súbito, un individuo barrigoncito, calvo y con traje de miliciano, avanzó hacia él. Lo reconoció al instante. ¿Qué hacía allí Jehová Dios de la Santísima Trinidad? ¿Lo perseguía a él? No, era ingenuo pensar eso. A su lado andaba una mulata de nalgas opíparas y escándalo en la mirada. Era demasiado terrenal el asunto para imaginar un trabajo celestial del Santísimo en aquel pueblo.

Dios lo saludó por los siete mil años que no se veían. No fue muy efusivo, pero debe reconocerse cierta deferencia de parte del Creador Universal hacia la terrífica figura. Lucifer se puso en guardia. Hablaron del tremendo calor, de que a lo mejor lloviera, de la gran cantidad de gente que andaba por allí, muchas veces invocándolos o maldiciéndolos como si existieran, cuando en el fondo presumían de lo contrario.

-El ser humano es la peor fiera -sentenció Dios como si entonara un himno.

-Lo veo -confirmó el Diablo con tono de voz en el que era notable la

reticencia. El Creador la captó. Se volvió hacia la mulata y, después de presentarla a Lucifer como su esposa, le dijo que siguiera sola porque debía "conversar con acá el señor".

Está bien, dijo ella con risita maliciosa en cuyo trasfondo era evidente la orden, ve temprano para la casa. Y caminó cinco pasos durante los cuales las nalgas, como espesa natilla de chocolate, iban derramándose por las costuras de los pantalones. Al final del quinto paso la mulata giró la cabeza y con todo el cuerpo le dijo a Dioscórides Paz:

Oyeme, sabrosón, acuérdate de que dondequiera que tú te metas yo te voy a estar mirando, entonces soltó una risa muy florida que hizo que un montón de gente torciera el cuello para ver a quién ella tenía por marido.

Jehová Dios de la Santístima Trinidad tragó en seco y el Diablo viró la cara para que no lo viera sonreír. En el fondo, a Satanás lo apenaba el hecho de que El Que Todo Lo Puede se avergonzara como un muchacho cogido en falta. El Creador se vio entonces en la necesidad de decir que "en la casa es diferente, porque allí manda el más fuerte", y agregó con filosofía milenaria: "Todas son iguales".

"Aunque también las hay distintas", replicó Lucifer, que no era ningún tonto. Éste hubiera querido preguntarle cómo se la había dejado montar encima, precisamente Al Que Todo Lo Puede; sugerirle que buscara una más joven y dócil; criticarle aquella mansedumbre, precisamente a quien había sido capaz de inventarlo a él, la concentración de la maldad humana, de la rebeldía a todo trance, de la oposición sin cuartel, del incontrolable deseo de aplastar, de la inteligencia para el crimen y la burla... El Diablo no entendía el vericueto de las razones de Dios y se sintió malhumorado con el Padre Eterno por la incapacidad de éste para aplicar su poder extraordinario...

¿Pero por qué sudo calenturas ajenas?, se preguntó el Maligno. Este no es mi problema.

Jehová había indicado el parque y avanzaron hacia los bancos. El Todopoderoso supo, a lo largo de los ochenta y siete pasos, cuánto había hecho Satanás entre los mortales y los motivos que lo indujeron a subir de las catacumbas. Luego suspiró y también lo hizo Lucifer porque éste último había pensado todo el tiempo que le haría una crítica. De todas maneras no estuvo mal encaminado en sus pensamientos pues el Todopoderoso terminó

recordándole al Diablo que su sitio era el Infierno.

¡Tú no me puedes decir eso!, replicó el de la guayabera blanca y el pantalón de corduroy rojo. Porque en definitiva, ¿qué tú haces aquí si tu centro de trabajo es el Cielo?.

No, criatura que hice para mi beneplácito, dijo Dios con la misma mansedumbre de hacía un instante, yo bajé por la invocación de un creyente.

El Diablo, con un poco de temor enrojecido, comprendió que lo mejor era ir bajito, se conseguía más, y expresó:

¡Bueno, la verdad es que a mí no me llamó nadie, pero, caramba, jefe, cambie los métodos y estimule la espontaneidad!

El Creador Universal reflexionó y dijo que valía la pena analizar el planteamiento en la próxima reunión del Consejo Celestial, mas no dejó de fustigar al Diablo:

Querido Angel Maligno, entre nosotros existe un acuerdo y creo que no lo estás cumpliendo. Tú debes llevarte las almas malas y yo las buenas, pero lo que me está llegando allá arriba es pura mierda.

Lucifer dio rodeos y concluyó diciendo que en tantos años de juicios infernales había ido analizando su código penal y se vió obligado a suavizarlo. Argumentó eso con lo siguiente:

La trusa de mangas largas ya no se usa. ¿Ha ido Usted por las playas, últimamente, Dios mío? No tiene ni idea del asunto. ¡Qué tetas! ¡Parecen gelatinas al sol! El coito por alante es como beber un refresco en cualquier esquina; el otro, ni agua... ¿Qué voy a hacer con los fornicadores, dónde los meto? Las calderas de aceite hirviendo están repletas y el local de las torturas sigue teniendo las mismas dimensiones...

Dios cruzó sus inmortales piernas y aceptó aquellas razones maduradas, mas no dejó de recordarle la sociedad establecida entre ambos:

Porque somos socios en esta sagrada labor de saneamiento, puntualizó para añadir más adelante: Con ciertos arreglos, el trabajo debe marchar como antes.

Lucifer asentía y le bailoteaban los pelitos de las cejas espesas, cuando de repente un...

¿Eh, qué ruido es ése? Levanto los ojos del teclado y miro alrededor. Nadie, nada. Intento seguir escribiendo el último cuento de este libro y escucho un murmullo que es suave al principio.

¿Eeeeh, son voces? ¡Pues sí que son voces de dos personas! ¡Y van adquiriendo nitidez, como si se acercaran a mí...!

Pienso que debo de estar loco, seguramente. Y otra vez me dispongo a entrar en el cuento, cuando, para mi asombro, oigo a alguien hablando dentro de mi cabeza a través de un intenso crepitar de leña ardiente:

¿Vamos a convertir a este escritorzuelo en una albóndiga? Lo muelo y lo cocino.

Otra voz dulcísima responde:

No cambias los modales. Hagamos algo más fino.

Perfecto, dice el otro, **lo muelo más**.

No, Diablo, sugiero realizar una labor elegante.

Se callan, me parece percibir un secreteo, un bisbiseo a la oreja de alguien y nuevamente viene la voz dulce:

Estamos en la cabeza de esta criatura escribidora. Salgamos de aquí por las puntas de las teclas de la máquina de escribir, directamente al papel. Pongamos en práctica lo acordado.

DIABLO: **ASI ME SIENTO LIBRE.** Es la voz de alguien que habla en medio del chisporroteo de sartenes al rojo vivo.

DIOS: LA **INTELIGENCIA ES UN ARMA PODEROSA.**

¿Quienes son ustedes? ¿Dónde están?

DIABLO: **QUEREMOS QUE ESCRIBAS MIERDA.**

¿Quienes son ustedes?

DIOS: **CRIATURA QUE HE CRIADO PARA MI ESPARCIMIENTO, CUMPLE LA ORDEN, POR FAVOR..**

Ustedes no existen, están en mi imaginación.

DIABLO: **LO CONVERTIRE EN CUCARACHA.**

DIOS: **NO, SOCIO, ACTUA CON INTELIGENCIA.** Y de nuevo siento la voz de acento agradable hacia mi dirección: **MIRA, CRIATURA, ¿ES QUE NO COMPRENDES? SI ESCRIBES DE NOSOTROS ES QUE EXISTIMOS. ANDA, ACOMETE LA ORDEN.**

DIABLO: **SI, ESCRIBE MIERDA DE AHORA EN ADELANTE.**

No jodan, por favor, déjenme terminar el cuento.

DIOS: **REDACTA LA EXPRESION EN LO SUBSIGUIENTE.**

¿Ustedes quieren que todo lo que escriba sea malo y nadie lo lea?

DIABLO: **NO, COÑO, ESCRIBE MIERDA.**

¿Se refieren a la literatura?

DIOS: **DE NINGUNA MANERA.**

DIABLO: **QUE ESCRIBAS MIERDA, ESTUPIDO.**

No, por favor **MIERDA MIERDA** Déjenme trabajar **MIERDA MIERDA** No jodan más **MIERDA MIERDA MIERDA** Yo no me voy a meter más con ustedes **MIERDA MIERDA** Perdónenme **MIERDA MIERDA** Ya, carajo **MIERDA MIERDA MIERDA**

¡Ah, bueno..., mierda!

DIABLO: **PERO ESCRIBE MIERDA GRANDE.**

¿Cómo dice usted, que escriba mierda...?

DIOS: **NO, ANIMALITO QUE HE CRIADO PARA MI ESPARCIMIENTO: ESCRIBE LO QUE SE TE DICE CUÁN GRANDE PUEDA LLEGAR A SER:**

¡Ah!

MIERDA GRANDE

Y escucho las risotadas siniestras.

La Habana, 1990